

La degradación de la política / Conversación con Jesús Rodríguez / Auyero: construir una nueva ideología de época / Tatcherianos, los vientos cambian / La Perestroika no es un modelo acabado / Juan B. Justo y la cuestión agraria

82.019

Sobre el Indulto

Macchi / Bufano / Kühn / Franzé / Arfuch / Bosetti / Ortiz / Bossoer
Aricó / Real / Adelman / Marimón

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 19, octubre-noviembre 1989 ▲ 1.200-



CORREO
TARIFAS 1409
ARGENTINO
CENTRAL (S)
PRECIO UNICO 5.187

Fig. § 8

Carlos Macchi

En las vidrieras de algunas librerías todavía se puede asistir a infensivas operaciones quirúrgicas. Músculos, arterias y riñones, todos sospiciosamente planos, se ocultan y revelan en láminas articuladas. Este ingenioso mecanismo arroja por momentos combinaciones poco "anatómicas" que sorprenden al observador. No obstante, cualquier intranquilidad es sospechada de inmediato por la expansión apática de un hombre que ha dejado desmorar su aparato digestivo.

¿Será el mismo, acaso, que soporta resignadamente otros actos de exhibicionismo biológico en los colegios?

La ilustración científica es ya un texto autónomo y los signos visuales cobran vida y manipulan las ambigüedades de la imagen. Se permiten incluso dibujar ganchos que sostengán la piel a la lámina, evitando de este modo que vuelva a su lugar, otorgándole una posibilidad de movimiento que de hecho no posee. ¿De dónde provienen estos códigos y convenciones? ¿Cómo nace la ilustración científica?

Desde los orígenes mismos de la civilización, la imagen fue acompañando textos y relatos, explotando no solo su riqueza expresiva, sino el propio carácter descriptivo y narrativo, su posibilidad de testimoniar situaciones, hechos y actos. Conocemos bájoreales epéticos que nos muestran ceremonias públicas y escenas de la vida cotidiana. Encuentramos ejemplos similares en Sumeria y más tarde en la antigüedad clásica, en donde se cristaliza todo un repertorio de alegorías que heredará el occidente cristiáno.

Del mismo siglo proviene la *Monstrorum Historia*, de Ulises Aldrovandi, re-

En la hermosa serie de tapices de Bayeux (siglo XI) vemos un curioso caso de narrativa. Como sabemos, estas imágenes desarrollaron, en su extensión, el relato de la invasión normanda a Inglaterra. Junto a representantes de naves y ejércitos contorneará la figura inequívoca de un cuerpo celeste con cola. Es como (posiblemente el Halley) aparecerá pintado por Giotto dos siglos más tarde, utilizando el mismo tipo de convención.

A lo largo de la Edad Media la imagen, privada de realismo perspectivista, asumió un papel ilustrativo y didáctico, las miniaturas que adornaban los textos bíblicos debían ser "leidas" simbólica o alegóricamente, (hermenéutica visual). Ya en el góticoreaparece un naturalismo que llevará posteriormente al libro científico del renacimiento. La ilustración se subordina a criterios de ordenamiento y clasificación. Se imprimen tratados que pretenden dar cuenta de todos los minerales, especies vegetales y animales, y las distintas razas que pueblan nuestro planeta. El Bestiario, el Arca Numerandi de John Holywood y el Lapidario, mandado a compilar por Alfonso X, son algunas obras ricamente ilustradas. En 1657 se edita en Basilea *De Re Metallica*, de Jorge Agricola. Sus páginas, profundamente pobladas de grabados, inauguran una modalidad de ilustración casi digna de la Encyclopédie de Diderot: cortes de la tierra en donde se representan la extracción de minerales y su posterior procesamiento; todo en una sola vista.

El material gráfico de este número fue tomado del libro de Federico Ratzel, *Las Razas Humanas*, Tomo I, Barcelona, 1888-España.

cuento de extravagancias étnicas como el *Homo pedibus aversis*, un hombre con el pie hacia atrás que habitaba supuestamente en Escitia, cerca del Volga.

Sin embargo, si queremos rastrear el origen de la imagen científica tal cual hoy la conocemos, debemos partir de la estrategia del saber elaborada por los autores de la Encyclopédie a fines del siglo XVIII. Es aquí donde la vivencia de un "tiempo objetivo-d", desde la ciencia, modifica los sistemas de clasificación especiales (taxonomía) en temporales (evolución). La información se organiza y estructura siguiendo los brotes del árbol del conocimiento y la ilustración científica nos muestra también la génesis del objeto industrial.

Hoy en día, la autonomía de la imagen en los medios y una técnica cada vez más sofisticada nos hacen contemplar aquellas máquinas de la Encyclopédie como simples e infensivos juguetes.



Portada: Mujer de un caudillo de Puapua, Samoa.

Epígrafes

Pág. 5. Mujer curda.

Pág. 6. Mujer salinga de Luzón, Filipinas.

Pág. 9. Un guerrero completamente vestido y equipado.

Pág. 10. Dos náufragos.

Pág. 11. Mujeres de las islas Sandwich.

Pág. 13. Joven chino (superior)

Pág. 13. Esclava nubia (inferior)

Pág. 14. Un joven de Queenzlandia.

Pág. 15. Una negra schilluk.

Pág. 16. Muchacha siria de Damasco.

Pág. 17. Mujer esquimal de la Groenlandia.

Pág. 18. Tipos de la costa de Loango.

Pág. 19. Mujeres de las islas Tonga.

Pág. 20. Comerciantes indostanos.

Pág. 21. Un guerrero samoá, vestido de tapa.

Pág. 22. Un beduino.

Pág. 24. Tipo eslavo.

Pág. 25. Tatuaje de los igorotes: a, dibujos en las pantorrillas, c,d en la región abdominal.

Pág. 26. Un nubio.

Pág. 27. Hombre y muchacha de Nubia.

Pág. 28. Un negro de piel manchada, de las costas de Loango.

Pág. 29. Una negra de Loango.

Pág. 30. Aparatos para hechizos, dados, etc. de los médicos cafres.

Pág. 32. Mujeres del rey gaika Sandili.

Sumario

2 Carlos Macchi: Fig. § 8

3 La Ciudad Futura: Sobre el indulto

4 Sergio Bufano: La degradación de la política

5 Augusto Kühn: Una perspectiva socialista plural

Un balance de la transición

8 Javier Franzé: Algunas cuestiones para el resistido balance

10 La Ciudad Futura: Conversación con Jesús Rodríguez

12 La Ciudad Futura: Queremos construir una nueva ideología de época. (Diálogo con Carlos Auyero)

15 Leonor Arfuch: El primer relato público del horror

19 Giancarlo Bosetti: Thatcherismos, los vientos cambian. (Conversación con Ralf Dahrendorf)

22 Guillermo Ortiz: La preistoria no es un modelo acabado

24 Fabián Bosco: ¿"Gramsciano" quién?

26 José Aricó: Recordando a Máximo

26 Juan José Real: Pars parva fui

27 Pablo Ibarra [Juan José Real]: Murió ayer Federico Pinedo, el último de los grandes liberales argentinos

28 Jeremy Adelman: Juan B. Justo y la cuestión agraria

Ensayo

28 José Adelman: Juan B. Justo y la cuestión agraria

32 Antonio Marimón: El signo Menem

La Ciudad Futura

B. Mire 2094 - 1º (1039) Tel. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godío, Antonio Marimón, Gustavo Merino, Guillermo Ortiz.

Comité Asesor: Emilio de Ipola, Jorge Dotter, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kars, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán, Héctor León.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi

Diseño y Servicio de Ilustraciones: Laura Rey.

La Ciudad Futura recibe todo su correspondencia, cheques y giros en Caja de Correos Nº 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires.

Composición e impresión: Gráfica Integral, Albaracín 1955. Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior. Distribuidora Río IV, California 2587. Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Punto Sur, Julio A. Roca 751, 4º C, Cap. Fed.

Nº de Registro de la Propiedad intelectual: 150268.

Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: u\$s 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jiribegui.

E todos modos, el discurso gubernativo pro-indulto olvidó enunciar por qué el militar constituye un problema hoy en la Argentina, en qué consiste y, por otra parte, cuáles son las fracciones enfrentadas que hay que reconciliar, si ellas—en el caso de existir—involverán a la totalidad de la sociedad civil, y qué es lo que está en estadio bélico que urge pacificar. Asimismo, descuidó explicar en qué medida no es inconsciente con su propio objetivo de pacificación el no incluir en el indulto a quienes con el mismo desprecio por la sociedad civil y las instituciones democráticas

Ese día del 8 de octubre pasado se presentó, implausiblemente, debilmente endebilitado, ante la mayoría de los diarios anunciantes, en primera planas mudas y triunfantes, que los indultos presidenciales ya habían sido. La noticia, desprovista de toda novedad, venía a redoblar la atmósfera endomingada del domingo 8. Que lo que da circularidad vacía, pesadez y ceremonia impresa había en ella.

Cuando decisiones como la del indulto despijan a la política de tal modo de los matices, desarropóndala de toda sutileza hasta tornarla literalmente obscena, se tiende a sus críticos la tentación de responder con igual frontalidad. Es que obligan a nombrar lo nombrado, lo nombrable, esto es, lo obvio. Por esto la cuestión central en torno al tema del indulto puede encontrarse interrogando no acerca de si hay razones o para qué esta medida sea tomada, sino sobre cómo es que se han producido las condiciones para que tal decisión haya encontrado viabilidad, y cuáles serán las consecuencias de la misma en términos ético-sociales. Es decir, preguntar qué grietas, ambigüedades o contradicciones emergieron en la sociedad civil y en la situación política dando paso a esta restauración. Interrogar por la existencia o no de razones que justifiquen el indulto implicaría problematizar lo obvio; suponer, al menos por el instante que tome tal examen, que las puede haber.

Si bien comporta una minuciosidad de la cual se podría prescindir, apuntemos no obstante algunos elementos sobre la manera en la que la medida es presentada por el gobierno. Por un lado, se la justifica por la necesidad peritorial de solucionar un problema, el militar, heredado de la anterior administración; por el otro, se la defiende como el necesario gesto de grandeza para iniciar el camino de la reconciliación y pacificación nacional. No queda claro entonces si el indulto constituye una solución irremediable, no deseada, a la cual el gobierno se ve poco menos que sometido, o si por el contrario se trata de una iniciativa característica de un nuevo tipo de política. Este doble discurso, destinado a arrojar a lo que el gobierno presume serán los beneficios de la medida y a desclarar el pasivo de ésta sobre la anterior administración, vuelve pura guño retrógrado el argumento presidencial según el cual los costos políticos de la medida serán asumidos unilateralmente por el Poder Ejecutivo. Tal vez se pueda llamar a esto "estrategia discursiva".

No sólo las sensaciones del retroceso en el tiempo han sido recobradas indebidamente en estos días. También algunos hechos atestiguaron ese retorno. Resarcimiento, por ejemplo, aquel despropósito despreciado por la sociedad civil que practicaron con predilección en sus choques los aparatitos del terrorismo estatal y guerrillero. Se hizo público cuando representantes de uno y otro grupo recomendaban, complacidos, el perdón a sus respectivos ex-enemigos. Este gesto, que se pretendía investir de grandeza, no era más que un viejo episodio de aquello que tenían de común la sociedad civil del que ambos sectores se valieron para realizar en los años de violencia. El conjunto de la sociedad, otra vez, aparece puesta de costado y obligada a pagar las consecuencias de esa conducta.

D e todos modos, el discurso gubernativo pro-indulto olvidó enunciar por qué el militar constituye un problema hoy en la Argentina, en qué consiste y, por otra parte, cuáles son las fracciones enfrentadas que hay que reconciliar, si ellas—en el caso de existir—involverán a la totalidad de la sociedad civil, y qué es lo que está en estadio bélico que urge pacificar. Asimismo, descuidó explicar en qué medida no es inconsciente con su propio objetivo de pacificación el no incluir en el indulto a quienes con el mismo desprecio por la sociedad civil y las instituciones democráticas

La tutela como premio?

Sobre el indulto

que los carapintadas ya perdonados, un buen día decidieron asaltar el cuartel de La Tablada y, acometidos con el mismo aventureísmo monárquico que Vaca Narvaja o los Perdía, líderes organizaciones terroristas, insistiendo en la representación de la fuerza. Quienes sustentan esta postura en favor del indulto, deberían percibir que detalles como éste, en tanto pueden inducir a sospechar que hay preferencia ideológica en la distribución de los perdones, empañan su vocación de construcción de trascender la sujeción del poder

sólo impacta inyectando una dosis de legitimidad a aquella sustitución de la política por la guerra sino que también, y con un mismo nivel de gravedad, recolocando el poder militar en el lugar de tutor de la política civil. La fuerza, que es la que impone la legitimidad a la autoridad, no sólo porque no solo por esto. No sólo porque coloca lo civil-democrático a la altura de lo militar-autoritario, intentando legitimizar el pasado y restaurar esa lógica de la tutela que es la que ha mantenido la fuerza misma en que la medida ha sido tomada, imprimiendo el pronunciamiento de la sociedad (el procedimiento por el cual emblemático de esta lógica tutelar). La vía utilizada, la monopolización de la decisión en el Poder Ejecutivo (elección de la figura del indulto), es, al igual que la medida en sí, también una intromisión del pasado en el presente y en el futuro. Esta vez ese pasado remite al siglo XIX, época que genera la figura del indulto, coherente con el sistema restringido de gobernanza entonces vigente. Si bien el figura es hoy legal, por arcaica se ha vuelto ilegítima en la medida que es contradictoria con la democracia de masas abierta en el país hacia 1916. Son los valores, los sentidos que no juegan en lo que la lógica de autoritarismo, en tanto una decisión personal, privada, que había desplazado con el juicio a los comandantes y a los jefes guerrilleros en el marco de la democracia política recuperada. No tiene por qué haber acuerdo, claro está, pero sí de debate. Pero si se intenta perdonar aquello, se debe explicar qué es lo que se está exculpando, además del por qué. Nada de esto ha sucedido, ni podrá suceder, precisamente por el silencio en que se ha abatido sobre aquellos episodios. La negativa del lamento gobernistas armadas a abrir un debate democrático como requisito para poner su postura pro-indulto, ha privado a la sociedad de conocer el objeto que se perdonaba, es decir, qué es lo que se indulta de las conductas violentas. Este vacío ha sido ahogado en la retórica escolar de la pacificación.

No sólo las sensaciones del retroceso en el tiempo han sido recobradas indebidamente en estos días. También algunos hechos atestiguaron ese retorno. Resarcimiento, por ejemplo, aquel despropósito despreciado por la sociedad civil que practicaron con predilección en sus choques los aparatitos del terrorismo estatal y guerrillero. La condena no puede formularse en términos instrumentales, como gusta evaluar la dureza y también buena parte de la izquierda, es decir, interrogando si "sirve o no sirve". El indulto es éticamente inadmisible, insostenible; porque intenta legitimizar la guerra como sustituto de la paz, la fuerza como método y fin; la política como bien suntuario que sólo sirve en la medida en que no existe en una sociedad conflictiva, porque a partir de allí todo se resolverá por la violencia y el terror. Y, como ya se señaló, el modo que se eligió para adoptarla es igualmente insoportable éticamente, en tanto se ha apoyado en la imposibilidad de obturar el pronunciamiento democrático de la ciudadanía.

Este carácter central que toma la evaluación desde la ética es, precisamente, lo que neutraliza los sentidos que la medida inten-

ta consagrando. Porque no se puede indultar la experiencia colectiva de condena al terrorismo.

No obstante, habrá que interrogarse sobre el grado de sedimentación que exhibe la cultura política organista-corporativa desde la cual hoy se dispone esta medida, la cual conlleva el intento de resurgir negativamente los juicios a las juntas y la vocación de trasformar la sujeción del poder

militar en la sociedad democrática. Sin embargo, la sociedad civil, aún rechazando el autoritarismo que es la base del indulto, ha querido transformar la representación de la fuerza, la atmósfera que rodea la medida, no sólo por esto. No sólo porque coloca lo civil-democrático a la altura de lo militar-autoritario, intentando legitimizar el pasado y restaurar esa lógica de la tutela que es la que ha mantenido la fuerza misma en que la medida ha sido tomada, imprimiendo el pronunciamiento de la sociedad (el procedimiento por el cual emblemático de esta lógica tutelar). La vía utilizada, la

monopolización de la decisión en el Poder Ejecutivo (elección de la figura del indulto), es, al igual que la medida en sí, también una intromisión del pasado en el presente y en el futuro. Esta vez ese pasado remite al siglo XIX, época que genera la figura del indulto, coherente con el sistema restringido de gobernanza entonces vigente. Si bien el figura es hoy legal, por arcaica se ha vuelto ilegítima en la medida que es contradictoria con la democracia de masas abierta en el país hacia 1916. Son los valores, los sentidos que no juegan en lo que la lógica de autoritarismo, en tanto una decisión personal, privada, que había desplazado con el juicio a los comandantes y a los jefes guerrilleros en el marco de la democracia política recuperada. No tiene por qué haber acuerdo, claro está, pero sí de debate. Pero si se intenta perdonar aquello, se debe explicar qué es lo que se está exculpando, además del por qué. Nada de esto ha sucedido, ni podrá suceder, precisamente por el silencio en que se ha abatido sobre aquellos episodios. La negativa del lamento gobernistas armadas a abrir un debate democrático como requisito para poner su postura pro-indulto, ha privado a la sociedad de conocer el objeto que se perdonaba, es decir, qué es lo que se indulta de las conductas violentas. Este vacío ha sido ahogado en la retórica escolar de la pacificación.

Este carácter central que toma la evaluación desde la ética es, precisamente, lo que neutraliza los sentidos que la medida inten-

ta consagrando. Porque no se puede indultar la experiencia colectiva de condena al terrorismo.

No obstante, habrá que interrogarse sobre el grado de sedimentación que exhibe la cultura política organista-corporativa desde la cual hoy se dispone esta medida, la cual conlleva el intento de resurgir negativamente los juicios a las juntas y la vocación de trasformar la sujeción del poder

militar en la sociedad democrática. Sin embargo, la sociedad civil, aún rechazando el autoritarismo que es la base del indulto, ha querido transformar la representación de la fuerza, la atmósfera que rodea la medida, no sólo por esto. No sólo porque coloca lo civil-democrático a la altura de lo militar-autoritario, intentando legitimizar el pasado y restaurar esa lógica de la tutela que es la que ha mantenido la fuerza misma en que la medida ha sido tomada, imprimiendo el pronunciamiento de la sociedad (el procedimiento por el cual emblemático de esta lógica tutelar). La vía utilizada, la

monopolización de la decisión en el Poder Ejecutivo (elección de la figura del indulto), es, al igual que la medida en sí, también una intromisión del pasado en el presente y en el futuro. Esta vez ese pasado remite al siglo XIX, época que genera la figura del indulto, coherente con el sistema restringido de gobernanza entonces vigente. Si bien el figura es hoy legal, por arcaica se ha vuelto ilegítima en la medida que es contradictoria con la democracia de masas abierta en el país hacia 1916. Son los valores, los sentidos que no juegan en lo que la lógica de autoritarismo, en tanto una decisión personal, privada, que había desplazado con el juicio a los comandantes y a los jefes guerrilleros en el marco de la democracia política recuperada. No tiene por qué haber acuerdo, claro está, pero sí de debate. Pero si se intenta perdonar aquello, se debe explicar qué es lo que se está exculpando, además del por qué. Nada de esto ha sucedido, ni podrá suceder, precisamente por el silencio en que se ha abatido sobre aquellos episodios. La negativa del lamento gobernistas armadas a abrir un debate democrático como requisito para poner su postura pro-indulto, ha privado a la sociedad de conocer el objeto que se perdonaba, es decir, qué es lo que se indulta de las conductas violentas. Este vacío ha sido ahogado en la retórica escolar de la pacificación.

Este carácter central que toma la evaluación desde la ética es, precisamente, lo que neutraliza los sentidos que la medida inten-

ta consagrando. Porque no se puede indultar la experiencia colectiva de condena al terrorismo.

No obstante, habrá que interrogarse sobre el grado de sedimentación que exhibe la cultura política organista-corporativa desde la cual hoy se dispone esta medida, la cual conlleva el intento de resurgir negativamente los juicios a las juntas y la vocación de trasformar la sujeción del poder

militar en la sociedad democrática. Sin embargo, la sociedad civil, aún rechazando el autoritarismo que es la base del indulto, ha querido transformar la representación de la fuerza, la atmósfera que rodea la medida, no sólo por esto. No sólo porque coloca lo civil-democrático a la altura de lo militar-autoritario, intentando legitimizar el pasado y restaurar esa lógica de la tutela que es la que ha mantenido la fuerza misma en que la medida ha sido tomada, imprimiendo el pronunciamiento de la sociedad (el procedimiento por el cual emblemático de esta lógica tutelar). La vía utilizada, la

monopolización de la decisión en el Poder Ejecutivo (elección de la figura del indulto), es, al igual que la medida en sí, también una intromisión del pasado en el presente y en el futuro. Esta vez ese pasado remite al siglo XIX, época que genera la figura del indulto, coherente con el sistema restringido de gobernanza entonces vigente. Si bien el figura es hoy legal, por arcaica se ha vuelto ilegítima en la medida que es contradictoria con la democracia de masas abierta en el país hacia 1916. Son los valores, los sentidos que no juegan en lo que la lógica de autoritarismo, en tanto una decisión personal, privada, que había desplazado con el juicio a los comandantes y a los jefes guerrilleros en el marco de la democracia política recuperada. No tiene por qué haber acuerdo, claro está, pero sí de debate. Pero si se intenta perdonar aquello, se debe explicar qué es lo que se está exculpando, además del por qué. Nada de esto ha sucedido, ni podrá suceder, precisamente por el silencio en que se ha abatido sobre aquellos episodios. La negativa del lamento gobernistas armadas a abrir un debate democrático como requisito para poner su postura pro-indulto, ha privado a la sociedad de conocer el objeto que se perdonaba, es decir, qué es lo que se indulta de las conductas violentas. Este vacío ha sido ahogado en la retórica escolar de la pacificación.

Este carácter central que toma la evaluación desde la ética es, precisamente, lo que neutraliza los sentidos que la medida inten-

ta consagrando. Porque no se puede indultar la experiencia colectiva de condena al terrorismo.

No obstante, habrá que interrogarse sobre el grado de sedimentación que exhibe la cultura política organista-corporativa desde la cual hoy se dispone esta medida, la cual conlleva el intento de resurgir negativamente los juicios a las juntas y la vocación de trasformar la sujeción del poder

militar en la sociedad democrática. Sin embargo, la sociedad civil, aún rechazando el autoritarismo que es la base del indulto, ha querido transformar la representación de la fuerza, la atmósfera que rodea la medida, no sólo por esto. No sólo porque coloca lo civil-democrático a la altura de lo militar-autoritario, intentando legitimizar el pasado y restaurar esa lógica de la tutela que es la que ha mantenido la fuerza misma en que la medida ha sido tomada, imprimiendo el pronunciamiento de la sociedad (el procedimiento por el cual emblemático de esta lógica tutelar). La vía utilizada, la

monopolización de la decisión en el Poder Ejecutivo (elección de la figura del indulto), es, al igual que la medida en sí, también una intromisión del pasado en el presente y en el futuro. Esta vez ese pasado remite al siglo XIX, época que genera la figura del indulto, coherente con el sistema restringido de gobernanza entonces vigente. Si bien el figura es hoy legal, por arcaica se ha vuelto ilegítima en la medida que es contradictoria con la democracia de masas abierta en el país hacia 1916. Son los valores, los sentidos que no juegan en lo que la lógica de autoritarismo, en tanto una decisión personal, privada, que había desplazado con el juicio a los comandantes y a los jefes guerrilleros en el marco de la democracia política recuperada. No tiene por qué haber acuerdo, claro está, pero sí de debate. Pero si se intenta perdonar aquello, se debe explicar qué es lo que se está exculpando, además del por qué. Nada de esto ha sucedido, ni podrá suceder, precisamente por el silencio en que se ha abatido sobre aquellos episodios. La negativa del lamento gobernistas armadas a abrir un debate democrático como requisito para poner su postura pro-indulto, ha privado a la sociedad de conocer el objeto que se perdonaba, es decir, qué es lo que se indulta de las conductas violentas. Este vacío ha sido ahogado en la retórica escolar de la pacificación.

Este carácter central que toma la evaluación desde la ética es, precisamente, lo que neutraliza los sentidos que la medida inten-

ta consagrando. Porque no se puede indultar la experiencia colectiva de condena al terrorismo.

No obstante, habrá que interrogarse sobre el grado de sedimentación que exhibe la cultura política organista-corporativa desde la cual hoy se dispone esta medida, la cual conlleva el intento de resurgir negativamente los juicios a las juntas y la vocación de trasformar la sujeción del poder

militar en la sociedad democrática. Sin embargo, la sociedad civil, aún rechazando el autoritarismo que es la base del indulto, ha querido transformar la representación de la fuerza, la atmósfera que rodea la medida, no sólo por esto. No sólo porque coloca lo civil-democrático a la altura de lo militar-autoritario, intentando legitimizar el pasado y restaurar esa lógica de la tutela que es la que ha mantenido la fuerza misma en que la medida ha sido tomada, imprimiendo el pronunciamiento de la sociedad (el procedimiento por el cual emblemático de esta lógica tutelar). La vía utilizada, la

monopolización de la decisión en el Poder Ejecutivo (elección de la figura del indulto), es, al igual que la medida en sí, también una intromisión del pasado en el presente y en el futuro. Esta vez ese pasado remite al siglo XIX, época que genera la figura del indulto, coherente con el sistema restringido de gobernanza entonces vigente. Si bien el figura es hoy legal, por arcaica se ha vuelto ilegítima en la medida que es contradictoria con la democracia de masas abierta en el país hacia 1916. Son los valores, los sentidos que no juegan en lo que la lógica de autoritarismo, en tanto una decisión personal, privada, que había desplazado con el juicio a los comandantes y a los jefes guerrilleros en el marco de la democracia política recuperada. No tiene por qué haber acuerdo, claro está, pero sí de debate. Pero si se intenta perdonar aquello, se debe explicar qué es lo que se está exculpando, además del por qué. Nada de esto ha sucedido, ni podrá suceder, precisamente por el silencio en que se ha abatido sobre aquellos episodios. La negativa del lamento gobernistas armadas a abrir un debate democrático como requisito para poner su postura pro-indulto, ha privado a la sociedad de conocer el objeto que se perdonaba, es decir, qué es lo que se indulta de las conductas violentas. Este vacío ha sido ahogado en la retórica escolar de la pacificación.

Este carácter central que toma la evaluación desde la ética es, precisamente, lo que neutraliza los sentidos que la medida inten-

ta consagrando. Porque no se puede indultar la experiencia colectiva de condena al terrorismo.

No obstante, habrá que interrogarse sobre el grado de sedimentación que exhibe la cultura política organista-corporativa desde la cual hoy se dispone esta medida, la cual conlleva el intento de resurgir negativamente los juicios a las juntas y la vocación de trasformar la sujeción del poder

militar en la sociedad democrática. Sin embargo, la sociedad civil, aún rechazando el autoritarismo que es la base del indulto, ha querido transformar la representación de la fuerza, la atmósfera que rodea la medida, no sólo por esto. No sólo porque coloca lo civil-democrático a la altura de lo militar-autoritario, intentando legitimizar el pasado y restaurar esa lógica de la tutela que es la que ha mantenido la fuerza misma en que la medida ha sido tomada, imprimiendo el pronunciamiento de la sociedad (el procedimiento por el cual emblemático de esta lógica tutelar). La vía utilizada, la

monopolización de la decisión en el Poder Ejecutivo (elección de la figura del indulto), es, al igual que la medida en sí, también una intromisión del pasado en el presente y en el futuro. Esta vez ese pasado remite al siglo XIX, época que genera la figura del indulto, coherente con el sistema restringido de gobernanza entonces vigente. Si bien el figura es hoy legal, por arcaica se ha vuelto ilegítima en la medida que es contradictoria con la democracia de masas abierta en el país hacia 1916. Son los valores, los sentidos que no juegan en lo que la lógica de autoritarismo, en tanto una decisión personal, privada, que había desplazado con el juicio a los comandantes y a los jefes guerrilleros en el marco de la democracia política recuperada. No tiene por qué haber acuerdo, claro está, pero sí de debate. Pero si se intenta perdonar aquello, se debe explicar qué es lo que se está exculpando, además del por qué. Nada de esto ha sucedido, ni podrá suceder, precisamente por el silencio en que se ha abatido sobre aquellos episodios. La negativa del lamento gobernistas armadas a abrir un debate democrático como requisito para poner su postura pro-indulto, ha privado a la sociedad de conocer el objeto que se perdonaba, es decir, qué es lo que se indulta de las conductas violentas. Este vacío ha sido ahogado en la retórica escolar de la pacificación.

Este carácter central que toma la evaluación desde la ética es, precisamente, lo que neutraliza los sentidos que la medida inten-

ta consagrando. Porque no se puede indultar la experiencia colectiva de condena al terrorismo.

No obstante, habrá que interrogarse sobre el grado de sedimentación que exhibe la cultura política organista-corporativa desde la cual hoy se dispone esta medida, la cual conlleva el intento de resurgir negativamente los juicios a las juntas y la vocación de trasformar la sujeción del poder

militar en la sociedad democrática. Sin embargo, la sociedad civil, aún rechazando el autoritarismo que es la base del indulto, ha querido transformar la

Sobre los riesgos de la confusión

La degradación de la política

Sergio Bufano

Los últimos tiempos han sido pródigos en la profusión de sucesos importantes que día tras día llegan a la sociedad sin que haya tiempo material de integrar de darle forma. No obstante, una primera aproximación a todos estos acontecimientos y particularmente a uno de ellos —el indulto concedido a civiles y militares—, podría sintetizarse en un concepto: degradación de la política.

En los escasos meses de gobierno justista se está imponiendo un estilo que puede llegar a ser peligroso para una sociedad que aspira a establecer un modelo de democracia para el cual no posee muchos antecedentes. Se ha montado una suerte de espectáculo en donde el principal actor es el presidente de la Nación, una figura que se siente obligada a transmitir alegría, espíritu deportivo, bondad, humor y la sensación de todo-está-bien. Para obtener ese objetivo Menem no se detiene ante nada: juega al fútbol, al basquet, ordena la partida de autos de carrera, se muestra ingenioso y audaz al claudicar a la custodia y escaparse con su coche por las calles de Buenos Aires, cuenta chistes tan malos como la sala de periodistas, desafía a Hernán Iglesias al tenis, se lanza por los aires pilotando un avión a reacción y otras travesuras de esa índole. Si multáneamente, y en el mismo nivel —es decir, sin transición—, recibe los restos de Rosas, aplaude al ferrete, agasaja con una comida a Seinfeldin, concede el indulto y re-

cibirá —qué duda cabe— a los monterinos que regresan de la clandestinidad. A toda esta lista hay que añadirle el aspecto técnico: se hace filmar y fotografiar día y noche, a punto tal que los canales de televisión transmiten su imagen hasta la saturación.

A la política, entendida como la acción dirigida a resolver los conflictos sociales, y que por lo tanto debe ser jerarquizada y protegida celosamente, se le envilece. Televisión y radios se han sumido en una adulación personal como pocas veces registra la historia; y el presidente —con su peculiar estilo rigurosamente estudiado—, alimenta la obsesión de pericia periodística, políticos y corporaciones.

Además desordenadamente, conviene recordar algunas imágenes recientes: Monseñor Octavio Derisi afirma que a Menem "Dios lo ha puesto para salvar el país". Preocupado por las extravagancias del primer magistrado le sigue, paternamente, que "cuide su vida porque los argentinos lo necesitamos". Frondizi no se queda a la zaga: "...resalto mi estado de satisfacción por haberlo en el doctor Menem la pauta de un estadista que alarga su mirada con metas de futuro". Las Fuerzas Armadas, añade, "descubren luego de muchos años la figura de un verdadero comandante que ejerció de modo natural el mando y el comando..."

La Unión Industrial, en un comunicado de apoyo al indulto expresa que "nadie está

ba mejor preparado que él (Menem) para asumir este derecho con magnamitad y mesura". El jefe de Estado Mayor, general Cáceres, se suma al canto y le expresa al presidente que "su decisión demuestra un gran coraje cívico". Por supuesto, similares manifestaciones hicieron los beneficiados por el indulto: los oficiales Rico y Seinfeldin y los monteros Perdía y Vaca Narvaja.

Simultáneamente, el día en que se producen incidentes entre las barras ubaldinas y menemistas, la televisión mostraba a la señora Zulema Yoma con las manos llenas de fajos de dólares que serían donados a un hospital. La acompañaba Amalia de Fortabat y algunos señores empresarios que prodigaban alabanzas a la primera dama. Y si bien las donaciones no pueden ser criticadas, si lo es la desmesura del espectáculo, plástico de billetes y ropas especialmente elegidas para la ocasión.

Ajeno a las donaciones y justificando la violencia entre barras rivales, Luis Barrié nuevo afirma: "No estamos eligiendo la cúpula de la Iglesia, así que hubo algunos sopapos".

La difusión de imágenes es tan caótica y voluminosa que el resultado final no puede ser otro que el agobio del ciudadano. Y el temor. Porque a ese gran show se suma el retorno de temibles rostros que la sociedad recuerda con terror: encontrar en los diarios fotografías de las caras sonrientes de Hugo Gutiérrez, Galtieri, Rico, los ya nombrados monteros y los oficiales Venturini y

González Naya, partícipes de los alzamientos militares, produjo el estremecimiento de una buena parte de la población. No sólo porque recordaban un pasado tenebroso, no sólo porque eran una muestra de la arbitrariedad de un indulto que deja en libertad a genocidas, sino también porque aún sin declaraciones, ya en el gesto se les advierte la soberbia, el deseo de triunfo se siente impune y orgulloso de su acción.

C uando Rico afirma que el futuro lo encontrará en el puesto de trabajo para realizar el Proyecto Nacional, la historia pega un vuelco hacia atrás. Cae en el pasado. Se enturbia. Y es en ese escenario en el que Rosas se mezcla con los dólares y la alegría de Galtieri, con Menem basquetbolista, lista de caza y contador de chistes, con Vaca Narvaja alzando los dedos de la victoria, con Seinfeldin comenzando en la residencia presidencial y los gauchos con ponchos rojos que inundan la televisión, la política apática e infusa, desdibujada, profundamente descalada.

Y sin embargo, hay muchos sectores contentos. La Unión Industrial, la Sociedad Rural, la Iglesia, los grupos más recalcitrantes de las Fuerzas Armadas, los conservadores a ultranza, las corporaciones más reacias están contentos.

Quizás esta también sea una buena razón para que los ciudadanos progresistas estén preocupados.

LA IMAGEN — I.B. SINGER — EL HOMBRE DE LA URSS — V. NABOKOV — LA MEMORIA DE ABRAHAM — M. HALTER — EL INGENUO — VOLTAIRE — PRIMER ENCUENTRO — BELLA CHA GALL — OPERA DE MUERTOS — A. DOURADO — MAGRA PERO NO MUCHO LAS PIERNAS FUERTES MORENA — A.C. RESENDE — JARDIN CENIZAS — D. KIS — LA PEQUEÑA CIUDAD DON DE EL TIEMPO SE DETUVO — B. HRABAL — ANSAY — M. CA PARROS — SITUACION DE PELIGRO — G. SACCOMANNO — EL VESTIDO ROSA — C. AIRA — CONVERGENCIAS — H. FOQUET — HISTORIAS SECRETAS — A. BONOMINI — AQUI YACE UNA DAMA — M. BOTTA — LAS PUERTAS DEL ESTE — E. MA RENGO — EL SITIO DE KELANY — M. COHEN — CANON DE AL COBAL — T. MERCADO — LOS TRAIDORES — SILVINA OCAMPO Y J. R. WILCOCK — LA CIUDAD Y LA CASA — N. GUINZBURG — YO QUE SERVI AL REY DE INGLATERRA — B. HRABAL — CARTAS A MIS AMIGOS — S. ZWEIG — NUESTRAS DE QUINCEY — NUESTRO STEVENSON — NUESTRO KIPLING — SELECCION DE J. L. BORGES Y A. B. B. CASARES

Menem opinaba en 1988

P regunta: "Si mal no recordamos, durante la campaña electoral presidencial, Luder había dicho que era partidario de una amnistía en relación al tema ex combatientes y derechos humanos. La pregunta es: ¿de haber triunfado el justicismo, ¿se habría juzgado a Videla, Massera y compañía?"

Respuesta (Carlos Menem): "Hubiéramos cometido el mismo error de 1973. Si ustedes me preguntaran cuál fue el error: no juzgar a ninguno de los subversivos, a los que fijaron bombas en Plaza de Mayo en el 55, a los que dieron el golpe de setiembre, a los que fusilaron a nuestros compañeros en 1956, a todos los golpistas y asesinos. En el 73, el justicismo llega al gobierno y asciende a aquellos militares que tiraron bombas en Plaza de Mayo. Hubiéramos cometido el mismo error y en este momento, con toda seguridad, nuevamente los militares, el sector



Ada Horn Editora

(Del libro: Cajaero - Gross - Menem. Hablan los Renovadores; Buenos Aires, Ediciones de la Galería; Colección Debate; Mayo 1988; pp. 115-116).

Ecuación del mundo del trabajo con la cuestión regional

Una perspectiva socialista plural

Augusto Kühn

que era producto también del capitalismo agrario.

¿Qué significa ser producto del capitalismo agrario? Significa sencillamente que esa izquierda, producto de la expansión económica, no podría constituirse en fuerza organizadora de una nueva voluntad nacional-popular si no llegaba a comprender las verdaderas limitaciones históricas de la clase dirigente fundadora de un modelo socioeconómico-político con vigor histórico: la vieja izquierda fue sometida al complejo desafío de plantear la posibilidad de superación de un modelo socio-económico joven y dinámico, no la destrucción de un orden social agotado históricamente.

¿Cuál era el problema central a resolver para la izquierda? El de comprender que un modelo capitalista agrario como el argentino (similar por su estructura técnico-productiva e inserción en la economía internacional al australiano) sólo podía ser superado enfrentando la modernización segmentaria promovida por el orden conservador-liberal, con un tipo de modernización integral apoyada en cuatro grandes premisas: el desarrollo de las economías regionales; la articulación de una estructura productiva agro-industrial con alta productividad de trabajo; una equitativa distribución del ingreso; y la afirmación de la democracia política.

La fecha histórica del comienzo y culminación del derrumbe de la antigua izquierda, a cada duda, se localiza entre 1944-1945, cuando la irrupción del nacionalismo-laborista peronista da la desalza política de los sindicatos y somete a los partidos socialista y comunista al aislamiento político y social. Es 1945 la vieja cultura obrera fue arrancada de cuajo del mundo cultural de los trabajadores y se generó una nueva cultura hegemónica de tipo nacionalista-laborista, fuertemente corporativa. Este es el hecho histórico de destrucción política y cultural de la izquierda, y como tal da cuenta de un resultado final negativo de la acción de partidos y sindicatos de inspiración socialista y comunista en la sociedad argentina.

Cuando esto sucedió, la izquierda ya tenía medio siglo de existencia, es decir, un tiempo suficiente para instalarse firmemente en la sociedad y hacer difícil su aislamiento y derrota. Sin embargo, no sólo fue derrotada políticamente sino —lo que es más grave— desplazada como ideología, como "concepción del mundo" de los trabajadores argentinos. La derrota fue posible porque la vieja izquierda, en su conjunto, fue una izquierda contestataria al orden conservador, pero nunca logró —salvo algunas propuestas teóricas parciales de Juan B. Justo— elaborar un estilo de pensar que le permitiera penetrar en el interior de la cultura política conservadora-liberal hegemónica, reconociendo exactamente la causa del éxito de la estrategia de la élite "oligárquica" y poder así establecer qué limitaciones históricas eran inherentes a la lógica del proyecto fundador de la Argentina moderna.

El programa impulsado a partir de 1880 por el conservadorismo sentó las bases del estado nacional: conformación del estado y hegemonía cultural liberal-conservadora; instalación de una pujante economía capitalista agraria exportadora de base latifundista; inserción dinámica en la economía mundial, población, educación, etc. La propia izquierda argentina, si es tan antigua, algo "debe" al mismo orden conservador, que promovió con audacia la formación de una clase asalariada urbana y recluyó millones de inmigrantes europeos, lo cual permitió la rápida formación de un fuerte movimiento obrero. Pero la izquierda nunca tomó conciencia del "pequeño nicho"



la hegemonía conservadora-liberal hacia imposible construir un modelo económico agrícola estable de larga duración. Una inicial percepción de la necesidad de superar ese modelo da lugar a la emergencia de una nueva corriente política: el radicalismo. Simultáneamente, aparecen elaboraciones teóricas que erosionan dicha hegemonía y plantean nuevos caminos para la evolución nacional (J. B. Justo, Alejandro Bunge y A. Jauretche). Hubo entonces estilos políticos y ideológicos para organizar un estilo de pensar que hubiese conducido a esa vieja izquierda a ser impulsadora de un nuevo impulso de progreso, en el sentido de someter a crítico al orden conservador en su punto más sensible: su incapacidad para construir una verdadera economía agrícola industrializada que permitiese dar continuidad a la cultura del progreso instalada por la generación del 80.

Es cierto que tal "demanda de la historia" no podrá ser resuelta sino a condición de que se constituyan fuerzas sociales interrelacionadas en tal tipo de transformación socioeconómica. Esas fuerzas se van conformando a partir de la crisis del treinta, cuando el llamado intervencionismo estatal, al promover la industrialización sustitutiva de importaciones, generó aspiraciones nacionales-estatales-industriales en empresarios, trabajadores y en las FFAA. A partir de 1935 se inició una nueva etapa en el país que podía conducir a dos alternativas distintas: implementar una economía agro-industrial integrada, de propiedad mixta con un modelo de acumulación de capital centrado en el sector privado y un estado primero regulador y "solo luego" inversor; o una economía estatal-industrialista, promotora de una ampliación restringida del mercado interno (pro-

dominante en el área pampeana) y con un capitalismo de estado subsidiario de una economía privada casi rentista. En este segundo modelo una mejor distribución del ingreso en favor del sector asalariado era necesaria para consolidar el mercado interno protegido y reducir la conflictividad social.

El modelo de sustitución de importaciones y las fuerzas sociales nacieron "antes" que el peronismo. Pero fue este el que organizó a tales fuerzas y conquistó el gobierno en 1945. El 17 de octubre de 1945, cuando la mayoría de los asalariados entraron por tránsitos del campo movimiento obrero al nacionalismo laborista, se generó el aterrumbo histórico de la izquierda. Al mismo tiempo, el peronismo marginó temporalmente del control del gobierno a fuerzas conservadoras (en particular las FFAA) que siguen manteniendo fuerte articulación con el estado.

Así resulta cruel afirmar, pero lo cierto es que los programas socio-políticos del PS y el PC son "civilizatoriamente inferiores" a la realidad nacida de la implementación del programa liberal conservador. El PC quería hacer "como en Rusia" y planteaba una revolución democrática válida para otros países; el PS más cerca de la realidad nacional que los comunistas, en lo que se refiere al tipo de sociedad y economía existente, creía ingenuamente que el paso a un modelo agrario (de tipo *farmer*) era un "asunto cuantitativo", es decir de progresivo control del partido de la institución del estado y la implementación de un programa de colonización agraria y derechos sociales. Pero el PS creía que la oligarquía argentina rentista podía ser desalojada de la economía sin mayores resistencias, tesis políticamente errónea.



En los años 1958-1973 se fueron formando nuevas fuerzas de izquierda dentro y fuera del peronismo. Pero éstas siguieron siendo subsumidas en la "maldición del atraso civilizatorio" y por eso fueron "peronistas maestras", "peronistas guevaristas" —directamente marxistas leninistas a la "vietnamita" o foquistas. La nueva izquierda se colocó a sí misma "por debajo" de los reclamos de la sociedad de autonomía nacional como re inserción interesante en el concepto de democracia, tales como la necesidad de "modernizar al país", "superar la decadencia", reconstruir el tejido social con una "nueva ética de la solidaridad". La izquierda tradicional no advirtió que en esas consignas, formuladas a discursos mestizos, la nueva izquierda reacia a la concepción alfonsina, se concentraba y expresaba en un lenguaje político ac-

cesible al pueblo la contradicción central que recorre a este país desde 1930: decadencia o progreso. En Argentina, como en países como el nuestro, sobredetermina a los conflictos sociales una especial categoría socio-cultural: la vivencia de una frustración colectiva por una Argentina "que no fue", pero "que pudo ser".

Como era previsible, el radicalismo podía plantear el problema pero sólo podría resolverlo (dado su carácter de partido liberal-popular heterogéneo social y políticamente, con fuertes compromisos con el país existente). Pero la izquierda tradicional contribuyó a agudizar la tragedia radical al caracterizar al alfonismo como un mero proyecto de "modernización dependiente", sin observar que en ese sentido, desgarriadora, convivían el alma tradicional del compromiso histórico con el bloque dominante con un esfuerzo renovador (en el "alfonismo") por acceder a la formación de un programa de "progreso". Ateñazado por la crisis y la deuda externa, el gobierno radical fue fácil presa del peronismo, que llevó a la práctica un ataque combinado desde la CGT contestataria de Ubaldini con la recuperación del discurso tradicional naciona-lista-populista.

Perón, como dice el refrán, en el peronismo "la procesión iba por dentro", en el sentido que dicho discurso populista y huelgas contestatarias eran sólo "formas de expresarse" de un proceso interno, velado sólo en parte porque hubo suficientes indicios de que la élite dirigente peronista estaba transformando el eje del proyecto partidario y formulando con creciente claridad un programa económico neoliberista que incluía el abandono de la Tercera Posición y la sustitución por una visión pragmática de la política internacional, incluyendo sensiblemente el destino del país en el bloque occidental.

La profundidad de la crisis económica desatada a partir de febrero de este año —con el componente determinante de la hiperinflación— facilitó el ocultamiento del programa conservador del menemismo, que fue recuperado con apelaciones mesianicas y la propuesta genérica aceptable de promover desde el poder una "revolución productiva".

La izquierda en general —incluida la izquierda peronista— no llegó a descubrir la clave de un hecho sumamente "extraño" que se producía durante la campaña electoral. Angeloz formulaba un programa económico neoliberista, pero Menem no lo criticaba por ello, sino que le contraponía un discurso con eje de una "revolución productiva" pero de economía de mercado y privatizaciones. La izquierda tradicional creyó percibir que ambos candidatos "decían lo mismo", lo cual "demostraba" que ambos eran candidatos "burgueses". Pero lo que no percibió dicha izquierda era que ambos discursos —pronunciados desde partidos populares— eran gritos desgarrados de fuerzas políticas que percibían la inevitabilidad de las alianzas con grupos del gran capital para poder representar intereses sociales permanentes. Desde diciembre del 88 en medios empresarios se comenzó a oír que "Menem está disponible". Para los grupos principales del gran capital es claro que el aliado prioritario era el peronismo, porque el éxito de un programa modernización neoliberista a la chilena es imposible sin el sostén de los sindicatos, dispuestos a pagar el precio social. Ahora en el gobierno el menemismo ha emprendido con una audacia jamás vista la implementación de una estrategia global de reestructuración socio-económica interna y re inserción económica y política del país en el mundo. Esta estrategia tiene dos componentes esenciales: conformar una economía exportadora de base agro-energética, y asociación política del país con EE.UU. ¿Por qué la ofensiva menemista es arrulladora? La izquierda tradicio-

nal sostiene que es sólo un fenómeno transitorio, que fracasará por la "resistencia popular", etc. Pero, nuevamente esa izquierda no entiende qué está pasando: el discurso menemista, que con valentía coloca el eje en un compromiso histórico duradero del peronismo con el liberalismo conservador, sencillamente expresa "algo más" que los intereses específicos de grandes grupos económicos: expresa "la creación modernizante" instalada en gran parte de la sociedad que la solución es desarmar la economía "estatal-subsidiaria" y desarrollar un modelo neoliberista. Pero también ese amplio sector de la sociedad que apoya al menemismo aspira a que ese capitalismo neoliberal incluya derechos laborales y bienestar social. La fórmula ideada por Menem —actualización de una vieja formulación de Alsogaray— ha tomado cuerpo en el concepto de "economía popular de mercado".

Pero ¿es que no existe "alternativa" al programa neoliberista-peronista? Dobe decirse que tal alternativa sólo podrá comenzar a tener perfil si a las medidas económico-sociales del gobierno se corresponden posiciones críticas superadoras que subsuman y superen los desafíos planteados sectorialmente por dichas medidas. Por ejemplo, a la postura de salarios administrados, el sindicalismo no podrá contestar ahorita sólo con "reajustes automáticos" sino se hace cargo simultáneamente de la rentabilidad y eficiencia empresarial, a las medidas privatizadoras no se podrá contestar con el estatismo tradicional, sino que serán necesarias respuestas puntuales, relacionando cada respuesta con la función de la empresa privatizada en relación al desarrollo armónico de la economía nacional y a la participación de los trabajadores en la gestión; a la

apertura de importaciones no servirá la protesta del proteccionismo tradicional sino dar respuestas puntuales a partir del principio de que la economía argentina sólo puede protegerse con economías regionales fuertes y no con medidas proteccionistas anacrónicas (lo cual no excluye formas de protección selectiva asociadas a la política de exportación diversificadas con eje en productos "agro-energéticos", etc.). Es imposible en un artículo desarrollar una plataforma alternativa al programa menemista. Pero no "tanto" por las limitaciones de la economía, sino porque tal plataforma será el resultado de la actividad teórica práctica colectiva. Pero si es posible resumir todo el problema localizando dos desafíos: primero el que tiene ver con el modelo económico, esto es que al programar de modernización capitalista segmentaria, la dina altergrado es el modelo agrícola industrial integrado; segundo, que nos guste o no, tenemos que coexistir con programas conservadores neoliberales durante todo un período histórico.

El plan económico del gobierno tiene hoy tres cotaditos débiles: la duda externa, la resistencia eventual de grupos empresariales contrariales del Estado a perder mercados cautivos y subsidios y las presiones financieras de las provincias. Son resistencias desde el interior de los centros financieros internacionales, de la clase empresaria y de fracciones de la sociedad política nacional. En el contexto político actual la resistencia sindical es secundaria. Lo paradójico consiste en que a una izquierda inteligente no puede "interesarle" que este programa fracase abruptamente sin la instalación en la sociedad de un "proyecto de programa" alternativo, pues ello significaría primero caos y derrumbe de la democracia política y

luego la restauración conservadora autoritaria cívico-militar con apoyo popular e implementación brutal de un programa neoliberista. A una izquierda "civilizada" le debería interesar que el programa neoliberista-peronista ponga "la casa en orden", es decir, coloque al debate en sus términos reales: articulación de un capitalismo salvaje o articulación de una economía de mercado agro-industrial integrada exportadora especializada. Para que la sociedad reflexione colectivamente y llegue a la conclusión de la viabilidad del segundo camino, deberá previamente experimentar las limitaciones del primero. Una izquierda "civilizada" deberá hacer suyo el reclamo popular de una economía eficiente y competitiva para plantear que ese reclamo se corresponde con una economía mixta, con un Estado fuerte no por ser impulsor/regulador de la inversión privada/social y con una creciente participación de los trabajadores en los centros de decisión micro y macro económicos. Sólo bajo la guía de una estrategia socio-política "civilizada" superior al proyecto conservador neoliberista, será posible estimular y orientar las luchas concretas que se desarrollarán y se desarrollarán en el futuro de la defensa del salario real (directo/indirecto), empleo, condiciones de trabajo, etc.; y proteger la negociación colectiva global por ramas de actividad.

A la construcción de una alternativa civilizatoria superior puede ser definida da por su contenido (aunque no necesariamente por su formulación ideológica) como un proyecto socialista, pluricultural y democrático. Pero, la construcción de tal fuerza sólida puede ser viable como "encuentro" de culturas y tradiciones políticas preexistentes. Un nuevo signo del mundo del trabajo con la cuestión regional.

Novedades del Fondo

Daniel Chudnovsky - Juan Carlos del Bello
Las economías de Argentina e Italia
Situación actual y perspectiva de asociación

César Paternosto
La escultura inca
Una visión contemporánea

Robert L. Heilbroner
La formación de la sociedad económica

Diana Tussie
Los países menos desarrollados
y el sistema de comercio mundial.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Suipacha 617, 1008 Buenos Aires <> Tel: 322-7262/0825/9063

PAIDOS

G. Vattimo

Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica

R. Dantzer

Las emociones

C. Geertz

El antropólogo como autor

P. Grimal

La mitología griega

L. Wittgenstein

Conferencia sobre ética. Con dos comentarios sobre la teoría del valor

J. Derrida

La desconstrucción en las fronteras de la filosofía

R. Käes y otros

La institución y las instituciones

J. Etkin y L. Schvarstein

Identidad de las organizaciones

J. Tusón

El lenguaje del lenguaje

L. Vilches

Manipulación de la información televisiva

M. Teresa Serafini

Cómo redactar un tema. Didáctica de la escritura

M. De Marinis

El nuevo teatro, 1947-1970

P. Francastel

La realidad figurativa. I

El marco imaginario de la expresión figurativa. II

El objeto figurativo y su testimonio en la historia.

El problema del poder social en la gestión '83 - '89

Algunas cuestiones para el resistido balance

Javier Franzé

Según parece, los balances se hacen al final. Es que balance proviene de balanza y esto implica que lo que se pesa debe ser algo definido, terminado, preciso en sus formas. De otro modo, esa evocación no sería más que un afebrado arrebato subjetivo. Como la catarsis. Es decir, como la catarsis, el balance se elabora en los finales, a menudo también de una tragedia (en la que, invariablemente, han participado las masas).

La recomendación de aguardar el telón para evaluar es, sin duda, de una lógica indoblegable. Pero, por lo que tiene de catártica, entra en conflicto con el étnico en dos sentidos: por un lado, precisamente porque espera que todo concluya y por otro, porque una vez dado el desenlace, cede a la tentación de la expiación. Esta expiación constituye una formidable coartada, en la medida en que siendo una vía de purificación mediante la expulsión del objeto que antes se exaltaba y ahora ha devuelto objeto de malestar, aparece recubierta de autoexención. Al igual que el confesorio, la catarsis, tomada en su aspecto de autoexaminación, es apenas una exorcización y autocorrección, que crea liberarse de su conducta expulsando de sí al objeto.

Si embargo, es cierto que en política parece trágico de desatar este dilema entre la necesidad de evaluar un período sólo cuando éste se cierra, a fin de satisfacer una mínima rigurosidad, y la falta ética que este acto demasiado parecido a la catarsis conlleva. De todas maneras, a la hora de intentar un balance, no resulta ocioso poner a la luz esta ventaja.

El caso es que, de una u otra manera, siempre nos guardaremos la duda acerca de por qué lo que encumbramos hoy no lo admisimos, al menos, en la vispera, cuando aún se sabía en qué puerto soltaría amarras aquello que estamos evaluando ahora. ¿Por qué aguardar el desenlace, si los elementos que se subrayan críticamente ya estaban presentes en el objeto que nos ocupó? ¿Y si la gestión '83-'89 nos hubiera dejado una sensación primera más reforzante que la que efectivamente nos dejó, habríamos sentido la misma premura por sacar a superficie la crítica?

La zona límite

Hablar de los límites es hablar del desenlace. Y aunque por cierto un límite, según el punto de mira, puede indicar tanto un compromiso como un fin, en el caso que nos ocupa parece claro que, más que nunca, los límites remiten ineludiblemente a esa zona árida que no se puede transponer.

En efecto, se habla de los límites de la gestión Alfonsín. Pero, ¿dónde colocar esos límites?

En su artículo "Apuntes para un debate sobre el radicalismo" (*La Ciudad Futura* 17/18), María Grossi sitúa como una de las causas de esta limitación el modo en que se dio la relación partido-gobierno, la cual redondeó, según la autora, en la monopolización de la gestión gubernativa por la figura del presidente y, como contrapartida, en la

imposibilidad de traducir la coalición de las urnas conformada en octubre del '83 en una alianza social sólida y coherente, puede ser distinguida como una de las limitaciones de la gestión Alfonsín. La subestimación de la construcción de un bloque social como condición de posibilidad para un programa de reformas, emerge en el radicalismo como índice de un modo particular de pensar la sociedad y la política.

suspensión del debate y de los mecanismos de democracia interna en la UCR.

Este rasgo señalado por Grossi tuvo su peso, pero habría que ver cuáles fueron los elementos que originaron ese tipo de relación entre partido y gobierno.

El interrogante sería entonces, hasta qué punto la desconcentración de decisiones en la cláusula en favor de un diálogo abierto con la estructura partidaria, se torna posible cuando esa estructura se caracteriza por la vastedad y heterogeneidad propias de los grandes partidos como la UCR, en los cuales todo cabe porque "hay que sumar".

Siembra, no hay nada en la democracia interna como tal que la haga incompatible con las exigencias de una gestión gubernativa. Pero gracias a la lógica con que se mueven estas grandes formaciones, segura la cual se pone sistemáticamente de costado (a la manera de un reflejo de autocorrespondencia) la autodefinition ideológica, a fin de captar más voluntades y, consecuentemente, se desatiende la formación de sus integrantes, el partido se vuelve irremediablemente un contingente de identidades heterogéneas, dispares y a menudo incompatibles entre sí, características ésta que no se corresponde con la necesaria homogeneidad de un equipo gubernativo.

La crítica deberá enfocar, entonces, hacia ese modo de funcionamiento de las grandes concentraciones partidarias (del tipo de la UCR o el PJ, pero no necesariamente de todos), del cual son correspondientes tanto quienes luego ocupan los sitios más altos en el poder como aquellos que permanecen en el llano, apareciendo como relegados. En verdad, todos han alineado ese modalidad de hacer política y todos, más tarde, quedan atrapados dentro de ella. Unos piensan que su voz no es escuchada, y los otros grupos que se autocondenan a las intrigas de palacio.

En definitiva, esa conformación heterogénea, rayana con lo incompatible, de las grandes formaciones, prepara / anuncia los conflictos entre partido y gobierno, pues éste se hace posible (eficaz) a partir de la experiencia de la UCR en Diputados, primer acuerdo programático con el PJ en la transición.

El radicalismo, por su parte, pese a haber sido visto por amplias franjas de trabajadores peronistas, no se ocupó de transformar esa materia prima en un mínimo espacio de poder allí donde se dirimía la ley: el ámbito sindical. En definitiva, el poder con que contaba la UCR se revelaba cuantitativamente mayor pero cualitativamente menor que el del PJ.

A la búsqueda del bloque (*perdido?*)

En efecto, ¿no fue acaso un factor limitante para la gestión '83-'89 su imposibilidad para traducir esa coalición política que le dio el triunfo en las urnas en una alianza sólida que sirviera de bloco de sustento a su programática? Tomó a su cargo la UCR como tarea política pertinente el construir puntos de poder social que le abrieran espacios, márgenes de maniobra desde los cuales libratala batalla por sus políticas?

Se trata entonces de ubicar la relación partido-sociedad y ver cómo este vínculo indica una forma de concebir la política y pensar la sociedad.

La gestión radical careció de apoyaturas en los distintos ámbitos de poder. No asumió la tarea de crearlas, aunque éste es un déficit histórico de esta formación política, y por lo tanto muy difícil de sortear en un período de gestión. La cuestión sería, entonces, el modo en que el radicalismo ha pensado y piensa la construcción de la eficacia política.

Expresión de esta cuestión fue la composición misma de esa "coalición de las urnas" que le otorgó el triunfo en octubre de 1983. Era esa más una suma de voluntades políticas concurrentes que una alianza social dotada de cierta organicidad y homogeneidad previas en función de precisos objetivos político-programáticos. Ejemplo de ésta componente lábil fue la suerte que corrió una de las propuestas características de la UCR en el '83, el proyecto de reforma sindical. Ese, contando con un caudal de apoyo muy superior al que se expresaba en su contra, y solo tres meses de haber asumido el gobierno, perdió la rechazo en la Cámara de Senadores. El peronismo, atrincherado en su estructura de poder gremial, a pesar de tener su aparato partidario desarmado por la derrota electoral, logró movilizar grupos de interés corporativo y de clase temerosos de un avance de la izquierda en los gremios (en este sentido fue emblemático el voto negativo de la UCD en Diputados, primer acuerdo programático con el PJ en la transición).

La cuestión democrática constituyó, en doble sentido, el límite de la gestión '83-'89: límite porque fue el lugar más avanzado que se alcanzó; pero también límite porque no se fue más allá de él.

En síntesis, donde aparecía con mayor solidez la cuestión democrática en 1983 era en

Fue la primera vez que se desnudaba el tipo de poder en el que se apoyaba la UCR, y las consecuencias políticas que esto aparejaba: un poder construido por la suma de las voluntades individuales de aquellos que simpatizaban con la propuesta. Y ese todo era patéticamente igual a la suma de las partes. Nunca mayor. El radicalismo comenzaba a quedar maniatado en su propio voluntarismo, riesgos para el buen sostentamiento de la democracia política. Porque si se piensa que los mecanismos demócraticos resuelven la problemática social, ésta última quedará invariabilmente desatendida. Y ya se sabe, desde la convulsa Weimar, cuál suele ser el futuro de la democracia cuando estalla en su interior la debilidad social.

La capacidad de entrelazar en forma sólida y reciprocamente enriquecedora lo democrático y lo social, tornando estas dimensiones inseparables ética y políticamente, pero a la vez sin diluir el espacio particular que cada una de ellas posee, surge como el mayor obstáculo para el enfoque de la UCR.

Es óptica que piensa la resolución de lo social desde la instalación de un régimen político (en nuestro caso, la democracia), supone que ambas esferas, la social y la económica, funcionen con la misma lógica. Más aún: creer en verdad que es la dinámica de lo político la que se traslada e impone sus pautas a lo social. Así, confía en que extendiendo los valores que rigen lo democrático al ámbito social, éste último quedará resuelto. La experiencia Grinspun (concepción económica clásica de la UCR) fue en este aspecto paradigmática: su plan no sería entonces, según su óptica, un juego entre estado, sociedad civil y mercado, en el cual éste último predominaría como estructurante, sino un movimiento sociedad civil-estado mediado por la política. Los actores sociales no estarían por lo tanto sujetos tanto a la legalidad del estado como a la del mercado, sino tan sólo a la estatal: son, simplemente, ciudadanos.

Sólo se piensa que la política se despliega sobre ámbitos inmóviles al mercado (estado y sociedad civil), es posible desden-

tar la conformación de un bloque social

(aglutinamiento de sujetos con intereses políticos y de mercado coherentes) que sirve de apoyo de las políticas de gestión.

Cuestión democrática y cuestión social

De este enfoque compartimentado de la estructura social, según el cual el mercado no penetra ni en el estado ni en la sociedad civil y el rumbo político se define en la capacidad de mediar la relación estado-sociedad civil, se desprende con toda lógica el acento puesto por la UCR en el régimen político, esto es, en aquello que organiza la relación estado-sociedad civil.

Se iba a demostrar que así como las dictaduras tenían históricamente, al menos en el imaginario popular, "sus" formas económicas propias, la democracia también tenía las suyas, correspondientes a sus cualidades, y por tanto más justas. Es decir, como si cada régimen político tuviera un correlato económico inherente, ontológico.

En la base de esta idea de la solución de la cuestión social mediante la instalación y extensión del régimen político democrático, de no contradicción entre política y economía, vuelve a aparecer como núcleo duro aquella ilusión de lo político como mediación entre instancias inmóviles al mercado, es decir, entre sociedad civil y estado. La posibilidad de concebir contradicciones entre política y economía parte de un punto:

reconocer, detectar, la influencia dominante

del mercado sobre el estado y la sociedad civil, y los efectos de esta impronta.

La óptica según la cual la cuestión social se resuelve mediante la extrapolación de los mecanismos y valores que organizan el democrático, se arriesga con el supuesto de que los antagonismos centrales de una estructura social se hallan en la instanciación política y no en la económica-social, pues en ésta se afanan contradicciones excluyentes como la que se da por ejemplo, entre autoritarios y democráticos en el campo político. La dimensión económica-social es estructuralmente armonizable: se trata de redistribuir

el radicalismo. Era este el partido que, por historia, y prescindiendo de su programática global, emergía como el más capacitado para llevar adelante la recreación democrática, demanda central de la sociedad por aquellos días. Su gestión posterior confirmó aquella premisa.

Ahora bien, la fuerza con que aparece lo descriptivo en el radicalismo entraña a la vez una debilidad: la creencia que un régimen político puede funcionar por sí, como resguardo de la cuestión social. Señal este ilusión, la cuestión democrática adquiere a la social. Se produce entonces una inevitable indiferenciación entre ambas cuestiones, que si algo confluyen es, paradójicamente, riesgos para el buen sostentamiento de la democracia política. Porque si se piensa que los mecanismos demócraticos resuelven la problemática social, ésta última quedará invariabilmente desatendida. Y ya se sabe, desde la convulsa Weimar, cuál suele ser el futuro de la democracia cuando estalla en su interior la debilidad social.

La capacidad de entrelazar en forma sólida y reciprocamente enriquecedora lo democrático y lo social, tornando estas dimensiones inseparables ética y políticamente, pero a la vez sin diluir el espacio particular que cada una de ellas posee, surge como el mayor obstáculo para el enfoque de la UCR. Es óptica que piensa la resolución de lo social desde la instalación de un régimen político (en nuestro caso, la democracia), supone que ambas esferas, la social y la económica, funcionen con la misma lógica. Más aún: creer en verdad que es la dinámica de lo político la que se traslada e impone sus pautas a lo social. Así, confía en que extendiendo los valores que rigen lo democrático al ámbito social, éste último quedará resuelto. La experiencia Grinspun (concepción económica clásica de la UCR) fue en este aspecto paradigmática: su plan no entraba (en tanto no planteaba ningún "ajuste") en mínima contradicción con el tiempo democrático que se abría, por el contrario, semejaba su continuación. Así, a la redistribución del poder político operada por el nuevo régimen político, le correspondía una redistribución de lo económico: al avance en las formas de convivencia que posibilitaría la democracia, el mejoramiento de la calidad de vida mediante el crecimiento del PBI; y al cierre de un período de 50 años de instabilidad, la derrota del peor flagelo económico, la inflación fuente de desarreglos y a la vez expresión de aquellas cinco décadas de decadencia.

Se iba a demostrar que así como las dictaduras tenían históricamente, al menos en el imaginario popular, "sus" formas económicas propias, la democracia también tenía las suyas, correspondientes a sus cualidades, y por tanto más justas. Es decir, como si cada régimen político tuviera un correlato económico inherente, ontológico.

En la base de esta idea de la solución de la cuestión social mediante la instalación y extensión del régimen político democrático, de no contradicción entre política y economía, vuelve a aparecer como núcleo duro aquella ilusión de lo político como mediación entre instancias inmóviles al mercado, es decir, entre sociedad civil y estado. La posibilidad de concebir contradicciones entre política y economía parte de un punto:

reconocer, detectar, la influencia dominante

del mercado sobre el estado y la sociedad civil, y los efectos de esta impronta.

La óptica según la cual la cuestión social se resuelve mediante la extrapolación de los mecanismos y valores que organizan el democrático, se arriesga con el supuesto de que las dictaduras han desregulado al concentrar la riqueza, al igual que el poder político, en grupos minoritarios. La democracia restituye una cierta igualdad económico-social, según este enfoque, como tarea que se deriva lógicamente de su capacidad para dotar a cada ciudadano de un mínimo de derechos políticos. Finalmente, si, como paro

ce concebir el radicalismo, la economía "sigue" y la política sin entraña contradicción, es la lógica que hay elegido como interlocutor el ciudadano y no al actor sujeto a la doble legalidad del mercado y del estado, subestimando así el poder de los grupos sociales y/o corporativos y la posibilidad de conformación de un bloque propio de apoyo.

Una vez democratizada la sociedad, se

realiza posible, dada la no contradicción entre economía y política, gobernar "para todos". Olvidada el radicalismo que si algo como el "bien común" (de reminiscencias eclesiásticas, qué duda cabe) fuera posible, la política estaría más. Pues ésta se pone en juego dada la imposibilidad de ese "bien común", para discutir los tributos y beneficios de cada grupo social.

Polémicas en la transición final: unión cívica no alcanza

Pero también es cierto que el contexto histórico del inicio de la transición propiciaba la confluencia problemática de ciertos elementos presentes en la cultura política verácula. A la excesiva confianza de la UCR en lo democrático como solución de otros conflictos específicos, se le sobreimpri- ma una exigencia/impresión de la transición: la prioridad de la consolidación democrática. Esta consolidación, por otra parte, muchas veces parecía quedar librada a los únicos esfuerzos del equipo y del partido del gobierno. Así, los límites entre lo que era el politismo propio de la UCR y lo que la situación histórica misma requería, se volvían an difíciles de recortar.

El gobierno carecía obligado no a consolidar un régimen político, sino también a difundir cierta idea y no otra acerca del significado de este régimen. Emblemas de este situación fueron los cruces ideológicos de la administración Alfonsín con la dirigencia cívica y el peronismo orgánico. En estos sectores se agitaba una noción populista de "democracia formal" y "sustancial", entendida ésta última como aquella capaz de satisfacer una cierta "justicia social". La del gobierno radical a los jefes de estos peronistas no era más que una democracia "formal". Así, Ubaldini no encontró inconveniente alguno en asistir golpes contra el régimen político en nombre de "la felicidad de nuestro pueblo". Aún resuenan aquellos embates que recomendaban la renuncia del gobierno, acusado de no solucionar la cuestión salarial. "Que se vayan", se solazaba. Por cierto, la versión sustancial-nacionalista era apoyada por quien presidía el peronismo, Vicente Saadi, mediante sus apelaciones a la "democracia colonial alfonsinista". Lo que aparecía entonces como una polémica entre defensores de una mera avanzada sobre su contenido social, no era más que una disputa entre una concepción de la democracia deudora del liberalismo (anacrónica, pero progresista respecto de las otras circunstancias) y otra populista, anti-liberal por libre-

Al no ver las determinaciones del mercado sobre el hacer político y la conformación del estado y de la sociedad civil, al no ver el mercado como lugar predominante de reproducción del sujeto, se tiende a pensar a la sociedad civil como ese espacio reproductivo, donde el individuo (ya sujeto, sino indeterminado) construye su nacionalidad eligiendo libres y voluntarios las ofertas político-programáticas, porque la política será la dimensión decisiva dominante.

Desde esta noción, la UCR salió a la búsqueda de consenso para sus políticas. Se dirigía a los ciudadanos en tanto tales, privilegiando un rol político-ideológico-patriótico y desestimando la complejidad social, la posibilidad de hacerse fuerte en los diversos ámbitos a través de la presencia propia, la estructuración de grupos movilizados en función del interés. Comenzó la sociedad civil como conjunto de ciudadanos y no como una fraterna manifestación de grupos sociales en pugna. Fa-16, por lo tanto, en la tarea de crear poder, de reproducir la capacidad de tener la iniciativa. Su poder siguió dependiendo, como en su hora de triunfo, de la agregación de voluntades ciudadanas tornado a su programática.



La debacle económica de la transición

Conversación con Jesús Rodríguez

La Ciudad Futura

Que pasó en la Argentina entre febrero y julio de este año? Es difícil contestar la pregunta, siquiera entrar en el tema, sin hacer una revisión aunque fuese somera de la política llevada a cabo por el gobierno de Alfonsín. La gestión económico-social que llevamos adelante desde diciembre de 1983 puede ser analizada como una sucesión de tres fases, desde el ministerio de Grinspun hasta el colapso del Plan Primavera que catapultó a la crisis de los últimos meses.

La primera etapa abarcó hasta el lanzamiento del Plan Austral a mediados de 1985. Es evidente que tuvimos entonces una visión simplificada, demasiado simplificadora de los problemas económicos. Cargamos todo el peso de la innovación en los temas políticos y no entendimos la necesidad de acometer también la transición económica. Más de un año y medio nos llevó advertirlo. En los primeros tiempos supusimos que era posible, momentáneamente, incrementar los salarios, disminuir la tasa de inflación y elevar la tasa de crecimiento. Las herramientas para ello eran así: creímos la reducción del costo financiero de las empresas y la resignación con un sentido productivo del gasto público. Supusimos que esa estrategia doble permitía resolver al mismo tiempo los problemas económicos y sociales que hendían en lo dictatorial. En cuanto a la deuda externa, pensábamos que el ajuste ya nuestra sociedad lo había hecho y que "el presupuesto de la democracia recuperaría" abriendo a los banqueros. Por cierto que la realidad se nos compuso con otros desos en lo interno y en lo exterior. El tema de la deuda era mucho más serio y el horizonte económico inmediato nos iba a indicar que había que pagar costos mucho mayores por excederlo mucho. Estas vacilaciones nos alejaban a un punto que en el fondo pensaba que todo era igual que en 1966, cuando habíamos desalojado del poder. Además la UCR había vivido entre julio del 82 y diciembre del 83 una verdadera mutación. No hay que olvidar que en ese breve lapso Alfonsín pasó a ser, de líder de la minoría de un partido minoritario, a principal figura de un partido que gana las elecciones presidenciales con más de un 50% de los sufragios. No tuvimos tiempo para procesar estos cambios, para asimilar un crecimiento en 10 veces del número de afiliados y para estructurar una cultura de gobierno. Por otro lado los radicales no hacían más que crecer, lo que crezcan todos los partidos populares; basta releer los documentos elaborados entonces por la Multipartidaria para advertir que nuestra mirada simplificadora sobre la realidad era completamente como un verdadero aire de época.

Cuando por fin llegamos a advertirlo, éramos en verdad las cosas, concluimos por cierto que sin un verdadero debate interno -que había que retomar de otra manera porque la reforma del estado no explica todo-. Se daban otros problemas económicos y pasamos así a la segunda fase: el lancamiento del Plan Austral.

Los problemas del Plan Austral

El Austral fue en verdad un plan heterodoxo

Para apreciar lo que pasa en Argentina hoy será necesario saber lo que sucedió después del seis de febrero, esa fatídica jornada en que comenzó a detonarse la destructiva bomba de la hiperinflación. Fue en ese territorio devastado donde se produjo la culminación del primer período de la transición, con un radicalismo derrotado que debió resignar el poder antes de tiempo y con un peronismo condicionado por los grandes intercambios económicos. A fin de setiembre *La Ciudad Futura* conversó largamente sobre estos temas con Jesús Rodríguez, último ministro de Economía de Alfonsín y diputado nacional. De la charla grabada, mantenida en vísperas de los seminarios que la UCR organizara para examinar su gestión, reunimos aquí sus tramos fundamentales.



Comienza la debacle:
el "Plan Primavera"

Podemos fijar al mes de setiembre de 1987 como el del inicio del plazo inclinado. Se pierden las elecciones de 1987, los indicadores económicos marcan un deterioro y tiempo después, como un intento último de controlar las variables, se lanza el Plan Primavera que con su fracaso marcará la imagen final de una pendiente hacia el vacío de nuestra gestión económica y política. El Plan Primavera tenía dos ejes: por un lado, un acuerdo con los empresarios para desinflar precios; por el otro un acuerdo -implícito- con los sindicatos, cuyo núcleo era el mantenimiento de la negociación colectiva. El gobierno debía contribuir a través de las tarifas públicas y del precio del dinero. Pero cometimos un pecado que incidió sobre el dólar: en setiembre se eliminaron las retenciones agropecuarias, lo que entre paréntesis simboliza las dificultades de un partido político con una difusividad ideológica preocupante para promover políticas que promovieran el bienestar general. Así y todo, en diciembre de 1988 la inflación no fué más allá del 7%.

¿Qué pasó para que muy poco después de desatar la hiperinflación? ¿Un desborde fiscal? ¿Un shock de demanda? ¿Un push salarial? ¿Una crisis externa? ¿Atrasos en las tarifas? No, nada de eso sucedió. ¿Qué pasó entonces? Voy a proponer algunas hipótesis para la discusión, todas ellas políticas.

En rigor se trata de dos elementos entrelazados. La debilidad del poder gubernamental hacia fines del '88 y el consiguiente reforzamiento corporativo. Las razones de lo primero son claras: por un lado, la existencia de una fecha fija, muy próxima, de finalización del mandato lo que obstaculizaba la capacidad de gobierno. Por el otro, la incertidumbre generalizada acerca de lo que iba a suceder a partir del 14 de mayo. Además la inminencia de las elecciones vedaba la posibilidad de grandes acuerdos políticos partidarios.

Ellos venían por el lado de la oposición, pero también andaban en el gobierno y en la UCR. La primera -ayudada por los medios de comunicación- descargó sobre la política

Vale la pena señalar, con respecto a es-

tos últimos, que en los casi seis años de gobierno, ellos fueron solamente en cinco meses, los que van entre octubre de 1987 y marzo de 1988. Tras la derrota electoral y con la confirmación del liderazgo de Cáceres en el peronismo que le otorgaba al mismo personalidad de partido, fue posible acordar parlamentariamente una serie de leyes, algunas de tipo político, como la de Defensa, y otras económicas, como la de participación federal, de financiamiento para costear la seguridad social y de promoción industrial. Luego, en los momentos previos a la dilucidación de la interna justicialista y más todavía cuando Menem derrotó a Cáceres, se volvió a lo que fue una constante: el bloque parlamentario a todos los proyectos, la imposibilidad de ningún consenso, que se agrava a medida que se acerca la fecha de las elecciones nos colocaba en el peor de los mundos posibles: no podíamos gobernar con legitimidad electoral ni obtener acuerdo. Si el pacto legislativo estuvo vedado, otro tanto sucedía con el sectorial. Con la CGT por razones sobre las que no hace falta abundar. Y con los empresarios, porque en diciembre de 1989 estaba claro para la enorme mayoría de ellos, que la UCR no podría descontar en tan pocos meses la ventaja que todas las encuestas le otorgaban a Menem. Tanto fue así, que aquellos que habían tenido una relación con el gobierno en términos del Plan Primavera cubaban despegarse rápidamente. Si a este cuadro de debilidad política le sumamos el golpismo militar de Villa Martelli y la enloquecida reacción del terremoto en La Tablada, podemos visualizar globalmente cuanta incapacidad tenía el gobierno para conducir la fase final de su gestión.

El fuego de la hiperinflación

Y así empieza el último acto sobre el

que puede darse una interpretación política no necesariamente conspirativa en la que se combinan, como matriz de una incertidumbre generalizada que enlaza a todas las variables (empezando por el precio del dólar que hace estallar a todas las demás), nuestros propios errores con las características de la campaña electoral del peronismo. A la suma de poder corporativo e incertidumbre que típicamente el período entre febrero y mayo habíamos llevado, sin embargo, con dos reformas estructurales significativas: una industria con capacidad exportadora y una significativa reducción del gasto público. Pero había por lo menos tres problemas graves en los que no habíamos avanzado. El sector externo, uno de ellos, seguía teniendo gran fragilidad. Cada negociación, cada trámite con los bancos o con el FMI costaba más, eran más complicados que los montos de las transacciones. Cuando el Banco Mundial anuncia la suspensión de su ayuda, y eso se hace público en todos los medios, la incertidumbre que generaba ese problema no resuelto creció en espiral.

Otro tema era la magnitud creciente de la economía negra, que entre otras cosas mellaba seriamente la capacidad de ingresar recursos al estado. Por fin, no habíamos logrado modificar una estructura empresarial altamente concentrada, sin riesgos ni competencia, con capacidad para fijar precios y adentrarse así en sus posiciones relativas. Todos estos son datos muy sensibles para incrementar la incertidumbre, una mala compañía, en síntesis, para la transición electoral.

Muchas declaraciones de portavoces justicialistas potenciaban la inquietud. Por ejemplo, cuando Alberto Kohan anuncia la probable nacionalización de la banca por un gobierno de Menem. El resultado -obvio- fue el retiro de depósitos en Australia y en dólares. O cuando Pierri se refirió a la eventualidad de un blanqueo tributario y nadie

pagó los impuestos. O las declaraciones de Cavallo en *Ámbito Financiero* diciéndole a los bancos que no presten a la Argentina porque está derrachando divisas. O Di Tella anunciando un tipo de cambio "reajustado". En fin, muchos mensajes cuyo resultado fue que en el primer semestre de 1989 no estuvieron disponibles más de 3.700 millones de dólares a causa de menores ingresos, menos anticipos de exportaciones y retiro de depósitos.

Pero todo esto sería incompleto sin agregar lo que llamo "nuestras responsabilidades no endosables". Quiero destacarlos. La primera es el retiro de Sourouille, podría haber sido ministro, podría haber salido después de la derrota electoral de 1987, cualquiera de esas cosas. Lo que era una locura era que se fuera cuando se fue en medio de ese caos fenomenal. La otra responsabilidad gravísima es la liberación del tipo de cambio con lo que se accedió al reclamo del "grupo de los ocho" y sus asesores Alemán y Krieger Vásena. Sin reservas, con déficit fiscal, con los problemas que se tenían en el sector externo, con un mercado oligopoliizado, fue otra locura. En la que coincidieron, vale recordarlo, Alsoaray, Menem y Angeloz...

De ahora en adelante

Todo lo sucedido nos ha dejado a nosotros y a toda la sociedad grandes lecciones. Yo pienso que si una autocrítica de la UCR es imprescindible, también lo es que el resto del sistema político haga un examen de sus comportamientos en la transición. En lo que toca mi partido, creo que le pasó lo que le ha sucedido en algún momento a todos los partidos democráticos y populares del continente: no haber advertido a tiempo que el paradigma de los años '40, '50, y '60 ya no es viable, ya no va más. No vale ya la idea que todos tuvimos acerca de que estatizando los recursos ganaríamos en soberanía. La dependencia, hoy, se juega en otro lado, se da de otra manera.

Nuestros países atravesan una etapa en la que se mezclan tres elementos que la gente comienza a comprender. Estamos viviendo transiciones políticas en medio de una terrible crisis económica de la que la deuda externa es un agravante enorme y con la necesidad de reformas monetarias de acumulación económica para adecuarlos a los nuevos datos de la realidad. No es fácil. Quizás el saldo más positivos es que la estabilidad de las instituciones democráticas es indispensable para pensar en el progreso económico y social.

Para la UCR se abre una etapa decisiva. Si Alfonsín fue, en 1983, un protagonista principalísimo de la recuperación democrática, hoy lo debe ser de la recreación de un elemento importante para su consolidación como es el perfil del principal partido de oposición. Tenemos que modificar el estilo opositor. No puede ser el de 1946, 1955, ni el de 1973-1976, cuando nos consolidamos con ocupar un espacio casi decorativo, ni por cierto, como el que caracterizó el justicialismo, político y sindical, durante nuestro gobierno.

Para ello, necesitamos reelaborar nuestras propuestas y también nuestro funcionamiento organizativo. Aprender que la movilización no es sólo la callejera que llevan a los ciudadanos, sino que es indispensable tomar las demandas sectoriales y generalizarlas, quitándoles sus particularismos y haciéndolas compatibles con el progreso de la sociedad. Este es el desafío: frenar a una opción que mezcla los rasgos conservadores del populismo y del liberalismo, tenemos que llegar a ser la opción política de la modernización democrática.



Diálogo con Carlos Auyero

“Queremos construir una nueva ideología de época”

La Ciudad Futura

Independientemente de cómo están colasadas hoy, sobre todo el peronismo, los tres grandes fueros políticos —radicalismo y peronismo— reivindican para sí el espacio de centro izquierda. Entonces, ¿cómo se puede proponer una alternativa de centro izquierdo frente a esta constelación de las grandes fuerzas populares? ¿Cómo encara este problema?

Bueno, desde mediados del año pasado, con las internas de los grandes partidos para afrontar la elección del 14 de mayo, se vuelve a mi juicio un fuerte realineamiento ideológico y político que hace que las propuestas electorales se indiferencien ideológicamente y programáticamente, hacia el centro o hacia el centro derecha en el plano político, en el plano cultural y en el plano económico y social. Esto se ve en las ofertas indiferenciadas que hacen, frente a los temas principales, radicales, peronistas y la derecha.

Carlos Auyero, con una larga trayectoria en la Democracia Cristiana, abandonó hace pocos meses la dirección de ese partido y se desafilió de dicha organización política, todo ello con el objetivo de dar origen a una nueva fuerza que sea síntesis, como él afirma, del humanismo y el socialismo. Dentro del emprendimiento de ese complejo desafío, Auyero publicó un libro, *Desde la incertidumbre* (Editorial Legasa), y se ha encaminado a la búsqueda de acuerdos que tiendan a crear un bloque capaz de afectar el bipartidismo en el próximo ciclo electoral argentino, en 1991-93. En esta ambición Auyero apuesta toda una vida en la militancia con un perfil nítidamente apegado a las posiciones socialcristianas y a la defensa de los derechos humanos. Por esos motivos, y porque su actividad se vincula a los nuevos horizontes que tienta la izquierda democrática en la Argentina, es que este dirigente fue entrevistado por la redacción de *La Ciudad Futura*.

casi una autoprescripción electoral empeñamos a reunirnos. Accidental o coyunturalmente lo que estaba a la intención, sin representación política a mi juicio, eran los sectores democráticos y progresistas en la Argentina. Esto encuentra eco en expresiones socialistas, en expresiones peronistas, en expresiones radicales y de la izquierda independiente, pero no logra plasmarse en una oferta política con vistas al 14 de mayo del 89. Por distintas circunstancias, no logra plasmarse, pero el germen de esta idea queda.

A partir de allí, proponemos a la sociedad que si, en los años anteriores se decía

que los sectores moderados no tenían representación en los partidos tradicionales, lo que estable a la intención, sin representación política a mi juicio, eran los sectores democráticos y progresistas en la Argentina. Esto encuentra eco en expresiones socialistas, en expresiones peronistas, en expresiones radicales y de la izquierda independiente, pero no logra plasmarse en una oferta política con vistas al 14 de mayo del 89. Por distintas circunstancias, no logra plasmarse, pero el germen de esta idea queda.

El desarrollo de la campaña marca la indiferenciación en cuanto a las ofertas. Cuanto más nos aproximamos al 14 de mayo, es más difícil encontrar diferencias en lo que opinan, respecto a los temas centrales de la economía, radicales, peronistas y la UCD. Y lo que ocurre después del triunfo de Menem demuestra que esta era terminante. Yo me asombro de que haya quienes se asombren de lo que ha ocurrido después del 14 de mayo con la absorción del neoliberalismo en el gobierno de Menem. Quizás podemos asombrarnos solamente de la magnitud y la audacia de algunas figuras: el caso de Alsogaray y algunas otras. Pero, con respecto a la orientación, yo creo que la dirigencia política argentina no tenía derecho a

a asombrarse. A partir de allí —para certificar a lo político y después a lo conceptual— muchos de los que nos sentimos insatisfechos con

mentre un aniquilamiento, y además un sector se ha escondido y ha formado la Intransigencia Popular, encabezada por Monserrat. En el caso más cumplido, lo que había prometido, no solamente dejó la presidencia de la Democracia Cristiana sino que también dejó el partido, porque consideró que la Democracia Cristiana se había tornado irrelevante en su adscripción en el FREI/UP. No tenía ninguna posibilidad de gravitación y había desperdigado una excelente oportunidad de protagonizar la articulación de este espacio progresista y democrático, junto con otras fuerzas de otras procedencias culturales y políticas. Digo que me he ido de la Democracia Cristiana con emoción, después de haber estado durante 25 años, pero sin nostalgia; porque no dejé lo que yo había pensado: un humanismo cristiano, progresista. Si, fui de la estructura.

Lo hecho es que junto con esta crujen a mi juicio las estructuras radicales y peronistas. Yo no estoy hablando de ninguna manera, de división ni de fractura: crujen. El debate se hace muy intenso en radicales y peronistas. Mucho más desafiando en el radicalismo por su tradición y por su historia. Mucho más desafiando quizás en el peronismo por su modelo; en este último caso también porque vive viéndose un problema de identidad muy fuerte a partir del peronismo de Menem. Y, además, tal vez por haber chocado violentamente contra un te-

cho muy bajojo la renovación peronista: la idea inicial de muchos renovadores era plantearse un proyecto mucho más transformador, y aquí han quedado como una línea interna, acotada en un proyecto hegemonicista.

—En ese panorama de coincidencias y diferencias que usted describe, ¿cuáles son las herramientas específicamente políticas?

—Todo esto hace que estemos pensando muy seriamente en la necesidad de articular un espacio al margen de los grandes partidos tradicionales, que plantea una manera de transformación alternativa. En el caso nuestro en particular, más en particular, empezamos a conformar un nuevo partido político, lo cual es toda una aventura, una enorme dificultad y también un gran desafío. Le hemos dado inicialmente y provisoriamente el nombre de Humanismo y Liberación-Frente Social. Digo provisoriamente porque es un nombre que evoca todavía una línea interna de un partido; aunque tiene tradición, creo que desde un partido chico pocas veces una línea interna tuvo esa resonancia. Pero rechazamos que esto sea una división de la Democracia Cristiana: es mucho más, es la gestación de un espacio autónomo dentro del espacio progresista, democrático y popular. Simultáneamente, hemos consolidado relaciones con los socialistas, con la Unidad Socialista, con la Intransigencia Popular y con sectores radicales y peronistas con quienes conversamos mucho. Con los primeros hemos hablado seriamente de presentar una especie de frente para la elección de 1991. En nuestro caso, nuestra dirección, nuestra militancia ha tenido que saltarse la elección del 89; para quien tiene vocación política esto es muy duro. Y yo diría que nos tuvimos que saltar la elección del 87, porque ya el frente con el peronismo del 87 no nos gustó. Lo que nos gustó fue el frente del 85, porque ahí sí solamente construir otra alternativa política. En el 87 ya el peronismo había privilegiado la unidad, en vez de una identidad nueva; por eso, la elección del 87 fue poco atractiva. Entonces, encaramos en la conformación de un partido político con esta amplitud. Pero, a su vez, junto con otros sectores del mismo campo, conviendo acuerdos programáticos todavía muy incipientes.

De centro izquierda es un nombre que le ha dado la gente, un nombre que le hemos dado nosotros. Es un nombre de los más ambiguos. Yo recordaría entre parentesis aquí como hasta Lanusse hablaba de centro izquierda, ¿se acuerda? En esa época, claro, ser de centro izquierda era ser revolucionario, o por lo menos muy progresista, pero estamos hablando de la década del 70. Es un nombre que le ha dado la gente y que la gente entiende, a nosotros no nos gusta. Más bien rescatamos ciertos elementos: el primero, dotar de capacidad transformadora a la democracia; creemos que en este juego dialógico entre capitalismo y democracia está dándose una reabsorción, o una absorción, de la democracia por el neoliberalismo a favor del sistema capitalista, lo cual debilita a la propia democracia. En segundo lu-

gar rescatamos, más que el continente nacional y popular, que es también enormemente ambiguo, doble de ideología instrumental a lo nacional y popular. El tercer elemento sería dar respuesta a un desafío que hace un tiempo se hizo acá en la Argentina: ¿qué es ser progresista? Creo que lo hizo Alfonsín en un momento dado. Hoy, tanto ciertos sectores del alfonsinismo como posteriormente el menemismo, es como si renegaran de la posibilidad de combinar los parámetros de dominación y adoptaran como estrategia política el mejor acoplamiento al orden mundial, que nos acerca a un determinado rol. Entonces, el progresismo se opone a este rumbo, es lo más contestatario que se puede plantear en la sociedad.

—*—In partido político por un lado, y un encuentro de personalidades en un plano extrapartidario por otro. ¿Eso no corre el riesgo de duplicar las representaciones?*

—No, porque ese encuentro de personas es relativamente fácil de armar. No se trata estrictamente de un acuerdo político; es más fácil encontrar trabajos comunes en torno al rol del Estado, en torno a modelos de acumulación, en torno a defensas del sistema democrático, en torno a tomar definiciones en cuanto al indio, por ejemplo, todas esas cosas. Va a ser una sociedad civil en donde realizaremos talleres, cursos de trabajo; esto es un ámbito social. Es decir: podría ser...

—*—Político-cultural*

—*—Político-cultural, exactamente.*

—*—Cuid es la transformación en la dialéctica capitalismo-democracia que usted propone?*

—La relación del capitalismo con la democracia es de conflicto. En la medida que la democracia es mucho más que la forma formalidad de elecciones y de participación electoral, en el sistema capitalista tiende a ser difíciles el tránsito democrático. Entonces, cuando hace un año yo presidí todavía la Democracia Cristiana, planteamos un pacto de transformación y de alguna manera fue suscrito por los partidos mayoritarios. Planteábamos tres patrones. El primero era la recuperación, por parte del Estado, de la autonomía en materia de decisiones económicas, dando那nifamos razón en que hoy el eje central es que las corporaciones dominan la economía. Y, dominando la economía, dominan el Estado y le imponen las políticas. En el segundo punto, planteábamos un nuevo modelo de acumulación, diverso del que hoy daña a fondo hasta ensuciado, que es el impulsado básicamente por el lujo y la ganancia. Un nuevo modelo quizás fácil de definir y enormemente difícil de llevar a la práctica: que cualquier política económica y de crecimiento, y simultáneamente de distribución, tiene que limitar o por lo menos controlar la tasa de ganancia. Esto supone cuestionar no solamente la doctrina del mercado, sino básicamente la doctrina de que la acumulación está hecha básicamente por la ganancia.

Y en tercer lugar, la reformulación del Estado en función no solamente de parámetros de eficiencia, ni principalmente por parámetros de eficiencia, sino fundamentalmente por parámetros de autogestión, que es la forma a partir de la cual nosotros definimos lo que hacemos. Esto supone un cuestionamiento de raíz del sistema capitalista que, a la larga o a la corta, entra en conflicto con el Estado. Creo que en este momento se está encontrando la mejor forma de evitar el capitalismo entrando en conflicto, mediante la liquidación del Estado. Del Estado, que aquí o en cualquier parte del mundo, y sobre todo en este momento en Europa y en las partes centrales, sigue cumpliendo un importante rol regulador, hoy estamos haciendo un endiosamiento de su desgaste, por decir algo (no?) Entonces, de esa manera la democracia queda inerte frente a las

corporaciones y los capitales concentrados, a partir de que no hay ningún factor de acumulación. Y se usa como excusa, una excusa real y que ha penetrado mucho en la gente, que es por la ineficacia del Estado, por la incompetencia del Estado. Pero yo creo que en el fondo hay otra cosa: después de haberle sacado todo lo que se pudo al Estado a través de los subsidios, de los contratos y de las ventas, ahora se saca al Estado del medio para terminar de dominar la sociedad. Es un proyecto muy de fondo, ¿no? y lo más grave es que se dan pasos que pueden ser en el mediano plazo casi irreversibles.

—*—La noción de progresismo es amplia y ambigua y, como usted recordaba, es el precedente de una auto definición del anterior Presidente de la República. Pero si somos de definiciones globales entramos a problemas más complejos. El fracaso de una política de reformas de Alfonsín, ¿deriva de qué?* ¿De que no tenía un programa suficientemente claro, de que no tenía fuerza? ¿Por qué es necesario un nuevo partido, una nueva organización?

—Yo incluiría, porque usted se refiere solamente a los radicales, el tema del peronismo renovador, que es una de las cosas más dramáticas que ha pasado. Es decir: si el fracaso de Alfonsín es dramático, el fracaso del peronismo renovador no lo es menos. —Yo incluiría, porque usted se refiere solamente a los radicales, el tema del peronismo renovador, que es una de las cosas más dramáticas que ha pasado. Es decir: si el fracaso de Alfonsín es dramático, el fracaso del peronismo renovador no lo es menos.

—*—Son dos fracasos concomitantes porque, en última instancia, este sistema se mantuvo, desde el 83 hasta ahora, por una colaboración o por una suerte de cogobernanza.*

—Claro. Creo que en los dos ejemplos hay ciertas paralelas, ¿no? Vamos a empezar por los radicales. Yo creo que el radicalismo o el alfonsinismo llega al gobierno sin la vertebración de una ideología instrumental. Es decir, no de una ideología sino de una ideología instrumental. La ideología instrumental son los instrumentos que tienen operatividad un determinado proyecto político. Creo que el radicalismo llega con un proyecto de valores, en gran medida compartidos, y cuja parcial realidad es el éxito que va a reavivar la historia. Pero sin una ideología instrumental, básicamente en lo económico y social. Nosotros no planteamos lo mismo. Jesús Rodríguez, repitiendo algunas expresiones de Alfonsín de final de la campaña, que le valieron dificultades con la juventud radical, no planteó un modelo de acumulación distinta al capitalismo, ni el conflicto del capitalismo con la democracia, sino expresamente que había que humanizar el capitalismo.

La lógica o el correlato de esto fue en los partidos desafortunados que hizo Alfonsín con los capitales de la industria, con determinados grupos muy concentrados del capital. Habrá tenido sus razones, seguramente, pero evidentemente no le fue bien. Y le pagaron peor, sobre todo después del 6 de febrero de 1989. Era un Estado debilitado, con enormes dificultades de concertar, el que tuvo siempre el radicalismo, a lo que se agregó que en el primer tramo de su gobierno había enfrenta en un Partido Peronista no democratizado. Dejó ahí el análisis del radicalismo concreto, con el tema peronismo. Cuanto nosotras alejamos la alianza con la renovación peronista, partímos de un espacio de coincidencia filosófica y política. Peor, además, de la imprescindible necesidad para el sistema político de un peronismo democrático, porque sino, habría invisibilidad para el sistema mismo. En el 85 nos plantearon, con la renovación peronista, cada uno con sus propias historias, con sus propias luituras, generar una nueva política de democracia en Argentina. Sin embargo, después del éxito del 85 —exito relativo pero importante, porque en el marco de la primera etapa del Plan Austral la renovación, junto con nosotros, sacó el 28% de los votos, casi el 29— el peronismo tomó dos caminos. Más que el peronismo, Caferio y la renovación: hegemonizar la unidad del peronismo o buscar una identidad nueva sobre la base de su propia historia, una idea transformadora, democrática. Optaron por el primer camino: buscó otra vez la unidad del peronismo. Si vale la pena, como anécdota, les digo que la misma noche de la elección hicieron una conferencia de prensa en el local del Frente Renovador, en Suipacha y Caferio dice: "El peronismo recupera su vocación mayoritaria. El radicalismo sacó el 40% de los votos, nosotros sacamos el 28%, más el 10% que sacó el FREI".

Y interrumpe y dice: "Son votos sumables por la base pero no por los proyectos". Con esa frase, Caferio marcó sus cuarenta años de vida peronista que lo llevaban casi como inicio a buscar la unidad en vez de un nuevo proyecto. Entonces, la renovación después para mucha gente, y sobre todo para la generación de 30 ó 40 años, que había pasado sin

agarrar la violencia del peronismo del 70, una nueva esperanza de vocación democrática y demás. Hoy en día no existe. El fervor del 85 no se repitió en el 87, a pesar de que el 87 se gana. Fue totalmente distinto. Y era evidente que frente a esos dos proyectos, el peronismo de la renovación ambiguo y el peronismo peronista de Menem, temía que inevitablemente ganar Menem; esto era cantado. Y Menem tenía que caminar porque además venía perifluido hacia lo que es la imagen de su proyecto, o por lo menos la simbología de un conservadorismo popular, volviendo de alguna manera a algunas fuentes, a algunos pensamientos peronistas.

Entonces ahí tenemos dos fracasos, a mi juicio: el radical, por falta de ideología instrumental y por haber hecho del poder un endiosamiento suyo, y el peronista, por haber tenido tanto éxito con la renovación, que hoy en día es casi un recuerdo del pasado. Si sumamos a esto, hay un tercer fracaso en el campo progresista: es una movilización espontánea, casi un reflejo autista de la década del 70, que fue el PI de Oscar Alende.

—*—Que incluso en el 85 sacó muchos votos, ¿no?*

—Lo notable del PI, que alguna vez habrá que analizar, fue que, sacó un millón de votos en la peor circunstancia, porque estábamos saliendo nosotros con Caferio. Si Caferio no rompe el PI hubiera sido un boom espectacular. Pero, en dos años entró en picada, porque en el 87 sacó 300 000 votos y hoy desapareció.

—*—Está bien. Ese es el cuadro de situación del peronismo y el radicalismo: Menem ganó las elecciones, Angeloz fue candidato, los dos partidos desembocaron hacia la derecha. Pero es posible pensar una rearticulación, discusión interna o lo que fuere en estas fuerzas. ¿Cómo se colocan ustedes frente a esta posibilidad?*

Hay quienes —fuera del radicalismo o el peronismo— construyen su política a partir de expectativas de fractura de los partidos mayoritarios.

Yo debo confesar, aunque algunos temen daño, que nunca elaboré mi política a partir de eso. Más bien creo que estos crujidos en radicales y peronistas, con determinados grupos muy concentrados del capital. Habrá tenido sus razones, seguramente, pero evidentemente no le fue bien. Y le pagaron peor, sobre todo después del 6 de febrero de 1989. Era un Estado debilitado, con enormes dificultades de concertar, el que tuvo siempre el radicalismo, a lo que se agregó que en el primer tramo de su gobierno había enfrenta en un Partido Peronista no democratizado. En el 85 nos plantearon, con la renovación peronista, cada uno con sus propias historias, con sus propias luituras, generar una nueva política de democracia en Argentina. Sin embargo, después del éxito del 85 —exito relativo pero importante, porque en el marco de la primera etapa del Plan Austral la renovación, junto con nosotros, sacó el 28% de los votos, casi el 29— el peronismo tomó dos caminos. Más que el peronismo, Caferio y la renovación: hegemonizar la unidad del peronismo o buscar una identidad nueva sobre la base de su propia historia, una idea transformadora, democrática. Optaron por el primer camino: buscó otra vez la unidad del peronismo. Si vale la pena, como anécdota, les digo que la misma noche de la elección hicieron una conferencia de prensa en el local del Frente Renovador, en Suipacha y Caferio dice: "El peronismo recupera su vocación mayoritaria. El radicalismo sacó el 40% de los votos, nosotros sacamos el 28%, más el 10% que sacó el FREI".

Y interrumpe y dice: "Son votos sumables por la base pero no por los proyectos". Con esa frase, Caferio marcó sus cuarenta años de vida peronista que lo llevaban casi como inicio a buscar la unidad en vez de un nuevo proyecto.

Entonces, la renovación después para mucha gente, y sobre todo para la generación de 30 ó 40 años, que había pasado sin



agarrar la violencia del peronismo del 70, una nueva esperanza de vocación democrática y demás. Hoy en día no existe. El fervor del 85 no se repitió en el 87, a pesar de que el 87 se gana. Fue totalmente distinto. Y era evidente que frente a esos dos proyectos, el peronismo de la renovación ambiguo y el peronismo peronista de Menem, temía que inevitablemente ganar Menem; esto era cantado. Y Menem tenía que caminar porque además venía perifluido hacia lo que es la imagen de su proyecto, o por lo menos la simbología de un conservadorismo popular, volviendo de alguna manera a algunas fuentes, a algunos pensamientos peronistas.

Entonces ahí tenemos dos fracasos, a mi juicio: el radical, por falta de ideología instrumental y por haber hecho del poder un endiosamiento suyo, y el peronista, por haber tenido tanto éxito con la renovación, que hoy en día es casi un recuerdo del pasado. Si sumamos a esto, hay un tercer fracaso en el campo progresista: es una movilización espontánea, casi un reflejo autista de la década del 70, que fue el PI de Oscar Alende.

—*—Que incluso en el 85 sacó muchos votos, ¿no?*

—Lo notable del PI, que alguna vez habrá que analizar, fue que, sacó un millón de votos en la peor circunstancia, porque estábamos saliendo nosotros con Caferio. Si Caferio no rompe el PI hubiera sido un boom espectacular. Pero, en dos años entró en picada, porque en el 87 sacó 300 000 votos y hoy desapareció.

—*—Está bien. Ese es el cuadro de situación del peronismo y el radicalismo: Menem ganó las elecciones, Angeloz fue candidato, los dos partidos desembocaron hacia la derecha. Pero es posible pensar una rearticulación, discusión interna o lo que fuere en estas fuerzas. ¿Cómo se colocan ustedes frente a esta posibilidad?*

Hay quienes —fuera del radicalismo o el peronismo— construyen su política a partir de expectativas de fractura de los partidos mayoritarios.

Yo debo confesar, aunque algunos temen daño, que nunca elaboré mi política a partir de eso. Más bien creo que estos crujidos en radicales y peronistas, con determinados grupos muy concentrados del capital. Habrá tenido sus razones, seguramente, pero evidentemente no le fue bien. Y le pagaron peor, sobre todo después del 6 de febrero de 1989. Era un Estado debilitado, con enormes dificultades de concertar, el que tuvo siempre el radicalismo, a lo que se agregó que en el primer tramo de su gobierno había enfrenta en un Partido Peronista no democratizado. En el 85 nos plantearon, con la renovación peronista, cada uno con sus propias historias, con sus propias luituras, generar una nueva política de democracia en Argentina. Sin embargo, después del éxito del 85 —exito relativo pero importante, porque en el marco de la primera etapa del Plan Austral la renovación, junto con nosotros, sacó el 28% de los votos, casi el 29— el peronismo tomó dos caminos. Más que el peronismo, Caferio y la renovación: hegemonizar la unidad del peronismo o buscar una identidad nueva sobre la base de su propia historia, una idea transformadora, democrática. Optaron por el primer camino: buscó otra vez la unidad del peronismo. Si vale la pena, como anécdota, les digo que la misma noche de la elección hicieron una conferencia de prensa en el local del Frente Renovador, en Suipacha y Caferio dice: "El peronismo recupera su vocación mayoritaria. El radicalismo sacó el 40% de los votos, nosotros sacamos el 28%, más el 10% que sacó el FREI".

Y interrumpe y dice: "Son votos sumables por la base pero no por los proyectos". Con esa frase, Caferio marcó sus cuarenta años de vida peronista que lo llevaban casi como inicio a buscar la unidad en vez de un nuevo proyecto.

Entonces, la renovación después para mucha gente, y sobre todo para la generación de 30 ó 40 años, que había pasado sin

Cuestionar, dialogar...

—Es indudable que la disolución del PI es un efecto, un telón de fondo sobre el cual debe verse una nueva organización. ¿Cómo introducir otras formas de construcción de la política, que permitan peso real en medio de la lógica de los grandes partidos? Y no nos referimos sólo a un problema de programa.

—El ejemplo del PI no sirve, como tampoco nos podría servir el ejemplo de la UCD, que son las dos experiencias más fuertes de ruptura del bipartidismo, por lo menos numéricamente. Yo creo que lo paradigmático de lo que estamos haciendo es que normalmente, cuando un partido político nace, se estructura y después va a buscar qué espacio social representa. Nace como una ideología, como un pensamiento. Siempre ha sido así, o casi siempre. En este caso se da a la inversa. Este espacio, que la gente llama de centro izquierda, progresista, democrática, que sale de la lógica del bipartidismo, está apareciendo casi como un reclamo. Quizás, primariamente, en sectores intelectuales, en sectores medios agrados por la política económica, en sectores sociales bajos pero muy utilizados por las estructuras políticas tradicionales. Nuestro principal esfuerzo está en articular esta situación. La dificultad y la riqueza es que estamos articulando procedencias de culturas políticas diversas; se está dando aquí un encuentro muy fecundo entre una procedencia humanista y una procedencia socialista, y yo creo que quizás, esta síntesis de corrientes ideológicas totalmente cercanas, la que podría quizás ser el humanismo socialista, hace un pluralismo positivo, en donde los acuerdos son fáciles, fecundos, y las ideas-síntesis compartidas fácilmente se logran. Esto pue de generar —no me gusta descender al nivel del debate hacia los números— un espacio que supere holgadamente el 10% del electorado argentino, y que permite desafiar un bipartidismo absolutamente dominante. Estoy hablando del mediano plazo, 1990-93. Quisiéramos construir una nueva ideología de época, que es, como diría alguien, un proyecto lanzado hacia adelante en función de la realidad. Que en el caso del alfonsinismo y en el caso del peronismo renovador, se tronó muy rápidamente, en uno quizás por la apetencia del poder y por problemas de poder, en otro, por los problemas de una identidad mirada hacia atrás, el peronismo, cuando a nuestro juicio es esta nueva identidad, la ideología de época progresista en la Argentina, está hacia adelante.

—Tal vez sea difícil que se reforme sin tercero que los azuz. El problema es hasta dónde se piensa que una transformación seria de la sociedad argentina depende de la expansión cuantitativa de ese núcleo, o de un proceso de recomposición de fuerzas en que el peronismo y el radicalismo van a tener un papel fundamental.

—Hay un hecho práctico que está demostrando una enorme dificultad. ¿Cómo hacen ahora el radicalismo y los sectores más progresistas del radicalismo para tender exhibirse a la sociedad como progresistas, con la memoria inmediata de un problema como el de la crisis? ¿Cómo hace una eventual renovación del peronismo para exhibirse como progresistas frente a la clandestinidad más completa que es el gobierno de Menem? En el corto plazo, esto sería en ambos casos por lo menos una hipótesis.

—Un tema es que, objetivamente, un pollo de este tipo tiende a ser el polo de acumulación de los humillados y los ofendidos. Vale decir, de todos aquellos que están motivados por una actitud de rechazo frente a la política y a modalidades de la política. ¿Cómo construir con un mundo de rechazo y por tanto de diferenciación muy fuerte, un polo verdaderamente autónomo de elaboración de una política? ¿Es posible que después de una acumulación como la que usted propone se salga de una actitud permanente en la izquierda, que es la de crear una cultura de oposición y juntos crear una cultura de gobierno?



dificultades, que seguramente también habrá muchas.

Entonces, la dificultad que ustedes plantean yo digo que es cierta: que existe, que es una de las tantas que tenemos que afrontar. Esto lo vamos a superar, no partiendo exclusivamente de los acuerdos intelectuales sino de articular las demandas sociales. A partir de articular las demandas sociales con una política induktiva, básicamente partiendo de las cosas para desde ahí construir la ideología, me parece que así construiremos la ideología de época. Si pretendemos otra forma, como lo hizo siempre la izquierda, como lo hizo siempre el pensamiento socialcristiano argentino, deducido, desde los grandes principios a la realidad, vamos a terminar en el fraccionamiento eterno.

—Cuando se habla de política y de reforma siempre se supone la existencia de un partido reformador. Y hasta ahora las experiencias de partidos reformadores, por lo menos en el caso de aquellos lugares donde ha habido política de reformas más objetiva, casi siempre tenían una formación con ciertas características: un gran partido socialdemócrata, grandes partidos obreros.

—Sí, pero hay una realidad distinta en la Argentina. Hoy en día las demandas sociales están muy fraccionadas, requieren diversas formas de expresión. Entonces, se puede acumular dentro del campo popular y progresista con una gama de expresiones políticas. Quizás en el 45 la dicotomía la alternativa eran dos: hoy en día no es así. Las demandas sociales están muy fracturadas, fracturadas como nunca. Las demandas del campo popular, social, etc., y entonces se razonable que se interprete a través de distintas expresiones.

—Es cierto, pero si están fragmentadas es muy posible que sean además contradictorias.

—Yo creo que pueden ser diferentes, pero que básicamente hoy en día no necesariamente van a ser contradictorias. Y creo que este espacio nuevo de acumulación puede armonizar no todas, pero sí muchas de ellas. Y ayudar a que los sectores progresistas en los grandes partidos tengan un diálogo con la sociedad distinto que el que tienen hoy en día.

—Sobre ideología de época y socialismo, creo que el gran problema va a ser garantizar un tipo de núcleo que sea capaz de formular una estrategia de nueva sociedad con la suficiente inteligencia como para poder esbozar esa línea por encima de las ideologías tradicionales de los grupos que comulan en la Argentina.

—Yo respondo muy cortito: creo que este es uno de los puntos, una de las dificultades mayores, si cada uno acumula con el bagaje cristalizado de sus viejos dogmas. Porque una cosa es que nosotros digamos que las ideologías no han muerto, y otra que queremos aplicar las ideologías cristalizadas de hace diez, veinte, treinta años. Esto haría inviable cualquier nueva construcción. Y haría inviable el progreso de los sectores más dinámicos y modernos en los grandes partidos tradicionales. Si el tema es contestar a la ideología dominante del neoliberalismo apelando a citas textuales de hace veinte, treinta años, aquí perdemos. Esto es claro.

Proceso a las Juntas en la prensa argentina

El primer relato público del horror

Leonor Arfuch

Introducción

Este trabajo resume parcialmente una investigación sobre las modalidades de producción de consenso en el marco del V Programa de Formación de Investigadores del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). En esos momentos, dos grandes problemáticas apresuraron especialmente en la agenda de la justicia, como claves de legitimidad y gobernabilidad para la naciente democracia: la cuestión económica y la de los derechos humanos. Varios años después, ambos registros ofrecen un panorama contrastado por la desemejanza de sus hechos: mientras que lo económico ha terminado por enquistarse en la vida política y la cotidianidad, el tema de los derechos humanos ha sufrido una paulatina desactivación, desdibujado por palabras y acentamientos. Pero quizás algunos indicios de esta atenuación, de futuros silencios y omisiones podrían encontrarse justamente allí donde se abría una instancia casi fundacional de la palabra para hacer justicia y la sociedad entera asistía a un develamiento.

El Juicio a los ex-comandantes suscitó en la prensa ecos diferentes, algunos extrañamente ambiguos respecto de los "derechos humanos". En la imposible neutralidad del lenguaje se dijeron cosas, más allá de los propios enunciados. Algunas afirmaciones contenidas en ellos resultan ahora casi premonitorias, algunos temas que apenas se insinuaban en los discursos se han transformado en hechos consumados.

Si esta lectura propone hoy volver sobre esas voces, sobre esas escenas, no es sólo por el interés de una comprobación, sino más bien por un sentido de recuperación, de anclaje en ciertos bastiones de la memoria.

El juicio y sus relatos

El juicio a los integrantes de las ex-Juntas militares que detentaron el poder en la Argentina durante casi ocho años constituyó un hecho singular que concitó la atención no sólo en el ámbito nacional sino en una variedad de países. Medida insuficiente, según algunos sectores, excesiva, según otros, el acontecimiento que produjo no fue sólo jurídico sino ético, político y también discursivo: en el marco del tribunal, en el transcurso de las audiencias, se fue configurando el primer relato público, sistemático, contrastado, del horror, relato que puso en escena el cuerpo y la voz de múltiples enunciadores, incluidos los propios acusados.

El cuerpo y la voz, precisamente, hacían allí la gran diferencia: muchos relatos habían circulado desde el inicio de la democracia, incluso hasta alcanzar el umbral de la saturación (esa explotación del tema de las desapariciones y los escalofriantes detalles de las torturas desatado en los medios de comunicación lo que dio en llamarse "el show del horror"), pero allí estaban ellos, los otros, en esa sala inédita simbólicamente, ante magistrados, un público no muy numeroso, y los enviados de prensa de todo el mundo. Las palabras pronunciadas y gestos, los temblores, los silencios...) tenían una resonancia particular, un particular valor de verdad.¹

La secuencia diaria del Juicio, entre abril y octubre del '85, fue objeto de mediatisación en la prensa gráfica, dado que la televisión operó con bastantes restricciones: sólo ofrecía algunos pantalazos sin sonido en el espacio de los noticieros. En los días, sobre todo, se configuró una serie narrativa que involucró espacios considerables en la primera plana —aunque fueran discontinuos— y una sección especial en el interior, que se mantuvo con mayor regularidad. El parámetro *continuidad/discontinuidad* de la información fue especialmente relevante, dada la temporalidad precisa del Juicio y su carácter episódico (los testigos de cada caso podían ocupar varios días de audiencia), en particular referido a la primera plana. En acontecimientos como éste, donde se desarrolla una historia de revelaciones sucesivas, donde van exhibiendo mecanismos anteriormente ocultos o distorsionados, la presencia del titulado rúbrica en la tapa tiene mucho que ver con el proceso de la lectura, el reconocimiento inmediato y

el hábito del recorrido. Pero hay, además, otro efecto de sentido en la repetición de ese lugar: el tema sigue estando "en el candelero", hay un registro mínimo de la cuestión, aunque no llegue a leerse la nota anunciada, una huella que queda en la retina, aún para el transiente apresurado.

Remitiéndose a los tres soportes de prensa seleccionados para nuestro estudio, podríamos graficar así el número de artículos (principales y secundarios) que aluden al tema en la primera plana, a partir del inicio de las audiencias, a la 22 de abril:

Mes	Clarín	La Nación	La Razón
Abril	7	6	7
Mayo	7	8	15
Junio	—	2	9
Julio	3	5	9
Agosto	2	2	8
Septiembre	4	7	4
Octubre	1	14	16
	(24)	(44)	(68)

Dos aclaraciones resultan oportunas respecto de este cuadro, que es sólido e informativo para nuestro análisis: durante el mes de junio, el titulado *Clarín* cedió paso, en

algunos medios, a la oleada informativa del Plan Austral, mientras que el mes de octubre correspondió a los alegatos de las defensas. El relato del Juicio podría dividirse entonces en una primera parte, de denuncias y testimonios presentados por la Fiscalía, y una segunda, de alegatos de los defensores y también de algunos acusados. Quienes declararon en el período de acumulación de pruebas cubrían un espectro muy amplio: víctimas de secuestros, detenciones y torturas, familiares o allegados de desaparecidos, personalidades políticas, culturales o profesionales del país y del exterior, miembros de diversos instancias gubernamentales, entre ellos al golpe de 1976, personas de las Fuerzas Armadas que revistaba en lugares afectados a la represión y otros involucrados (sacerdotes, médicos, etc.).

Las dos etapas del acomamiento (denuncias/alegatos) se fusionaron conformando en los medios estudiados, tanto en la repetición de estrategias discursivas como en su diferenciación (cambios en la manera de presentar unas y otras noticias), cuestiones que no resultan ajenas a las posiciones ideológicas respectivas. A pesar de las oscilaciones según los días y las secciones, que solían poner en evidencia distintas voces en los textos, podría decirse que los tres diarios, por lo menos a partir de cierto momento, delinearon perfiles bastante uniformes respecto de su ubicación frente al problema, que tuvo su correlato en estrategias enunciativas particulares. Sobre estas estrategias trabajaremos, considerándolas no como productos intencionales de ciertos cerebros dominantes, sino como modos de manifestación y construcción de lugares institucionales en constante interacción con el medio y con el Otoño, el Destinatario.

* La imprecisión como estrategia

De la triada que forma nuestro corpus, *Clarín* es el que menor espacio dedicó en la primera plana a las noticias del Juicio. Su página en páginas fue asistemática: rúbricas variables para encuadrar los titulares, diferentes ángulos de diagramación, designigual utilización de fotos. (Estas observaciones provienen, por supuesto, de la comparación: el rasgo de variabilidad o imprevisibilidad surge de la regularidad de esos parámetros en los otros dos matutinos.) Esta estrategia de indeterminación en cuanto al contacto visual con ese espacio parecía tener su correlato a nivel de los encuadrados: si un título informativo, al presentar un hecho no conocido por el receptor debe cumplir con ciertas localizaciones (nombres propios, de lugar, etc.), los titulares de *Clarín* operaban siempre un "borroneamiento" respecto de algún elemento de la noticia, eran más restrictivos que expansivos:

1. (Ausencia de nombre propio)
 - Testigo en el Juicio a las tres Juntas
 - UN EX POLICIA IDENTIFICO A UN ACUSADO DE TORTURAS
 - PROLONGADO TESTIMONIO DE MILITARES RETIRADOS

- Represión ilegal
RESPONSABILIZÓ LANUSSE A EX JEFES MILITARES
- 2. (Ausencia de especificación)
- Juicio a los ex-comandantes FORMULARON CARGOS POR EL CASO HIDALGO SOLA
- Juicio a las ex-Juntas HARGUNDEGUY DESLINDÓ TODA RESPONSABILIDAD

La elusión de ciertos localizadores que permitirían, con la sola lectura del título, tener una información más completa. (En el caso de *Clarín* su primera plana no incluye comienzos de nota ni subtítulos (por lo general), de ahí la importancia del título) estaba asociada a una utilización lexical inespecífica ("cargos", "responsabilidades", "caíso") que contrastaba con un contexto discursivo signado por mayores precisiones: "secuestro", "asesinato", "matanzas", etc. La comparación con titulares de otros diarios muestra la primacía de lo dicho, el efecto de neutralización que se operaba en la primera plana, también en el diálogo con los titulares adyacentes o con imágenes referidas a otros temas. El punto culminante de esta estrategia pudo registrarse en 1979, día del anuncio en la prensa del pedido de demandas al tribunal, que se había efectivizado el día anterior. En esa ocasión, *Clarín* produjo el verdadero "vaciamiento" de la noticia, envolviéndola a páginas interiores (presentamos el ejemplo confrontado para mayor claridad):

3. *Clarín*

- Críticos en la sala STRASSERA CULMINÓ SU ALLEGATO CON EL PEDIDO DE CONDENA
- La Razón*
- PIDEN RECLUSIÓN PERPETUA PARA VIDELA, MASSERA, AGOSTI, VIOLA Y LAMBRUSCHINI (subtitulos y notas ampliatorias)
- La Razón*
- Prisión máxima para Videla, Massera, Agosti, Viola y Lambruschini, 15 años para Galtieri y Gráfignani, 12 para Anaya y 10 para Lami Dozo.
- EL FISCAL PIDIO CINCO RECLUSIONES PERPETUAS

La indefinición del titular de *Clarín* (su lector no se enteraría "a primera vista" de lo sucedido) aparece junto a la localización de nombre propio ("Strassera") pero sin alusión a la justiciable (el fiscal), relevante en este caso, ya que es a través de ella que esa palabra se autoriza y legitima. En el mismo tono, *La Razón* recurrió al impreciso "y presente" ("PIDEN") que tradujo una especie de supuesto de la noticia. La construcción de *La Razón* marca el parámetro opuesto: el prefijo "a priori" (o "de hecho"), la atracción de penas y el preferito indefinido del título cierra nítidamente ambas cláusulas.

Pasando de la primera plana al cuerpo del diario, la sección que *Clarín* dedicó al Juicio guarda relación, en cuanto a sus características, con lo analizado hasta aquí. La crónica en general no transcribe diálogos ni relatos, es decir, no otorga el discurso directo a los declarantes de las audiencias. Los recuadros que rodean la nota central se ocupan de cuestiones de detalle, anecdóticas o de situación (los procedimientos cotidianos). La designación "derechos humanos" es casi inexistente.

Però es quizás el espacio habitualmente definido como de opinión (editorial y comentario político) donde se perfilan con mayor nitidez las tendencias que sustentan las operaciones evocadas. Allí, el punto de focalización no es precisamente el Juicio como tal sino la llamada "teoría de los dos denies"², la institución militar y sus relacio-

nnes con el gobierno. Ejemplificaremos estos tres tópicos:

4. "Una comunidad no puede tolerar el asalto irracional que busca subvertirla. Tampoco puede aceptar en silencio que las fuerzas del orden usen los mismos métodos del terror para imponer los fines del Estado" (22.4.85).
5. "En cuanto a la institución militar, en sus diversas ramas, ella está más allá de sus y otros acontecimientos. Ella nace con la nacionalidad y está ligada a todas las luchas por la independencia..." (Id.)
6. "Necesitamos Fuerzas Armadas acordes con las avances de la estrategia y de la táctica militar de nuestro tiempo, con material y sueldos adecuados, con conciencia de su misión dentro de la comunidad histórica y sin

poder, tampoco hay mucho que decir al respecto:

7. "Ya hemos comentado en otras oportunidades el tema de la 'guerra sucia' y de la necesidad de juzgar a quienes impulsaron el terrorismo de Estado. No podemos decir nada nuevo en este sentido" (Del editorial principal dedicado al Juicio, 22.4.85.)

* Variaciones desconcertantes

La cobertura del Juicio en *La Nación* presenta un doble itinerario, cuya divergencia se fue acentuando con el correr de los meses: por un lado, la crónica diaria con frecuente aparición en primera plana, por el

nación Federal, el tema principal fue la matanza de 30 personas en la localidad de Fátima.

— TESTIGOS COMPROMETIERON A LA FUERZA AEREA EN UN SECUESTRO

Una señora con sus hijos fue capturada a bordo de un avión en Eziza; más testimonios por la matanza en la localidad de Fátima.

- LAMBRUSCHINI: "NADA TENGO QUE REPROCHARME"
- "HE CUMPLIDO CON MI DEBER"

Lo afirmó Galtieri, la defensa dijo que el país va hacia otra Nicaragua.

He aquí un corte bastante neto con la primera parte del acontecimiento (testimonios de la fiscalía), que se expresaría también en la puesta en página: estos titulares ocuparán, invariablemente, el angulo superior derecho, es decir, el de mayor jerarquización. ¿Cuál sería la pertinencia de la construcción en primera persona? La utilización del discurso directo cumple funciones muy diversas en los distintos géneros, pero en lo que respecta al periodístico, y en particular, a los titulares, tiene que ver con la puesta en escena de palabras autorizadas con la focalización y el énfasis en algunos puntos del discurso, con la ruptura de la distancia que impone los giros impersonales ("Se encuñó que... /El Presidente afirmó..."). La palabra "en directo" produce un efecto de proximidad, de actualización (Charaudeau): el momento de la enunciación coincide con la instantaneidad de la lectura. En ese triple registro, creemos, se jugaban las estrategias enunciativas de estos titulares: restituir a los ex-comandantes una posición de autoridad por el otorgamiento de la palabra en el espacio más destacado de la primera plana, colocar esa palabra en el plano de la proximidad y actualizarla en un entorno presente.

En esta trama, que interactuaba con el relato central (la transcripción de las audiencias) se ve delineando la cuestión de los derechos humanos como área temática en la cual se inscribían los hechos puntuales de su violación, que los relatos develaban día tras día, así como una instancia de reflexión que excedía la peculiar circunstancia histórica de su ocurrencia. Aparecía así algo que no cuestionaban en ningún momento

* Una razón testimonial

La información acerca del Juicio en la primera plana de *La Razón* revistió mayor continuidad que en los otros dos diarios incluso durante el mes de junio, momento de gran condensación de la temática económica. En varias oportunidades, ambas cuestiones comparten el espacio, desplazando el resto de las noticias al interior. Si bien los titulares aparecen sin rúbrica, la sistematicidad en cuanto a la puesta en página (cuadro inferior o central), la utilización reiterada de fotos y de encuadres destacados conformaban una superficie fácilmente reconocible. En ocasiones, a la información sobre las audiencias se sumaban pequeños recuadros anunciando la publicación completa de las declaraciones de algunos testigos notables. Los titulares, más que apuntar a una escenificación de los sucesos evocados tendían a reafirmar el carácter legítimo de la acusación, y por ende, del Juicio. Así, el parámetro cualificador de las acciones imputadas, la "represión ilegal" intervino una y otra vez en la construcción de los mismos, articulado a diversas formas lexicales ("testimonios", "pruebas") que apuntan a la atribución directa de responsabilidades ("manos blancas", "Juntas", etc.). En ese sentido integraron una serie diacrónica que accentúa una óptica evaluativa ("dramático", "renovador", "evasivo", etc.), con diversos grados de localización:

13. — LANUSSE RATIFICO QUE HUBO REPRESION ILEGAL
- TOMAR FAREZ HIZO RESPONSBLES A LAS JUNTAS DE LA REPRESION ILEGAL
14. — REVELADOR TESTIMONIO DE UNA NO VIDENTE EN EL JUICIO
- CONTUNDENTE TESTIMONIO DE PATRICIA DERIAN EN EL JUICIO

Si este modalidad enunciativa diferenciaba a *La Razón* de los dos diarios analizados, el espacio consagrado en las páginas interiores definía conceptualmente y con mayor profundidad la perspectiva desde donde se efectuaba la lectura del hecho. Aun cuando ambos fenómenos de violencia política aparecieran en simultaneidad (el terrorismo

vs. el terrorismo de Estado), no se aplababan sus diferencias ni se igualaban sus criterios. La justificación del Juicio y el marco de apoyo a esa iniciativa gubernamental se articulaba a un plano más amplio, a lo político, social y cultural, a través de formas discursivas múltiples: comentarios firmados sobre algunos testimonios, opiniones de distinta proveniencia (jurídicas, políticas, confesionales), información y comentarios sobre su repercusión en el exterior, artículos polémicos, teóricos, críticos, de diversas tendencias.

Respecto de lo primero, nada nuevo nos aportaba la lectura de unos y otros titulares en cuanto a la posición de ambos diarios, que ya nos era conocida, casi familiar. Lo que sí nos mostraba, con la claridad de un ejemplo de texto escolar, es cómo, a partir de los mismos elementos, las estrategias de cada uno, marcadas por lo ideológico tallaban el lenguaje de forma diferente, le hacían decir *otra cosa* de lo semejante. Relacionando con esto, quien analizara los "contenidos" de los dos series de enunciados, sin atender a los modos de la enunciación, difícilmente vería al significado distintas.

Los siguientes ejemplos, de *La Razón*, se confrontan a los expuestos en el item 12, de *La Nación* y pertenecientes a la misma serie temporal:

15. — AGOSTI SE DECLARO PERDONADO POR DIOS



ninguna clase de menoscabos ni perturbaciones (Id.).

La definición de lo ocurrido en la Argentina como un enfrentamiento entre dos bandos a un nivel muy alto (aunque es curiosa la diferencia que expresa el enunciado citado en 4, como "tolerar" y "aceptar en silencio"), como una "guerra" o "guerra sucia" o "guerra no convencional" habría a considerar los horrores de la guerra, la presentación de la noticia —como es habitual en ese matutino— ofrece varios niveles de lectura: rubrifica/título/subtítulo o copete y frecuentemente comienza del texto, procedimientos que permiten la expansión progresiva de los núcleos semánticos contenidos en el titular. Contrariamente al caso de *Clarín* hay abundancia de datos y no se elude llamar a las cosas por su nombre ("torturas", "ejecución", "homicidios", etc.) así como tampoco la cualificación (macabro perfil/graves acusaciones/firto testimonio, etc.):

8. El Juicio a los ex-comandantes en jefe. Esta rubrica encierra todos los titulares, de modo que no lo repiten en la transcripción de los ejemplos.
- GRAVES ACUSACIONES DE UN EX SUBOFICIAL DE POLICIA

Se refirió a las torturas en Coordinación

vs. el terrorismo de Estado), no se aplababan sus diferencias ni se igualaban sus criterios.

La justificación del Juicio y el marco de apoyo a esa iniciativa gubernamental se articulaba a un plano más amplio, a lo político, social y cultural, a través de formas discursivas múltiples: comentarios firmados sobre algunos testimonios, opiniones de distinta proveniencia (jurídicas, políticas, confesionales), información y comentarios sobre su repercusión en el exterior, artículos polémicos, teóricos, críticos, de diversas tendencias.

Respecto de lo primero, nada nuevo nos aportaba la lectura de unos y otros titulares en cuanto a la posición de ambos diarios, que ya nos era conocida, casi familiar. Lo que sí nos mostraba, con la claridad de un ejemplo de texto escolar, es cómo, a partir de los mismos elementos, las estrategias de cada uno, marcadas por lo ideológico tallaban el lenguaje de forma diferente, le hacían decir *otra cosa* de lo semejante. Relacionando con esto, quien analizara los "contenidos" de los dos series de enunciados, sin atender a los modos de la enunciación, difícilmente vería al significado distintas.

Los siguientes ejemplos, de *La Razón*,

Clarín y *La Razón* (sin más bien lo justificaban), el sustento ideológico que permitía esa violación institucionalizada, es decir, la doctrina de la seguridad nacional y su inserción en el ámbito latinoamericano y mundial. De este modo, comenzaba a esbozarse la dimensión de los derechos humanos como uno de los pilares de la democracia.

Los medios de prensa —como en general, todos los discursos sociales— hablan entre sí, establecen contrapuntos y también, por supuesto, libran batallas. La comparación permite seguir el curso de esos intercambios que a veces se tornan mordaces, satíricos o irónicos. La segunda etapa del Juicio (presentación de los alegatos de la defensa) dio lugar a uno de esos episodios: el contrapunto (por supuesto, ni premeditado ni acordado) entre *La Nación* y *La Razón*, sobre todo en los titulares de primera plana. Esta interacción discursiva nos interesó especialmente porque ponía en evidencia las cuestiones de importancia para quien se ocupó del análisis de los discursos sociales: por un lado, la articulación entre estrategias enunciativas e ideología, por el otro, la insuficiencia, o la limitación del análisis

"propias" de ciertos tipos de discurso ('conservador'/'progresista'/'totalitario', etc.), a lo sumo podían señalarse ciertas combinaciones recurrentes a nivel de los enunciados, cierta articulación entre los momentos del discurso. En nuestro caso, las estrategias señaladas son de uso común, incluso en el discurso cotidiano. Su única peculiaridad reside en la inversión término a término que realizaban ambos enunciadores, por supuesto, sin mutuo acuerdo, en una simultaneidad de espacios y de tiempos.

Retomando a dos años de distancia las conclusiones de nuestra investigación, cujos útiles itinerarios hemos tratado de sintetizar, podría decirse que el acontecimiento del Juicio, que se expresaría también en la cobertura del Juicio y el marco de apoyo a esa iniciativa gubernamental, se articulaba a un plano más amplio, a lo político, social y cultural, a través de formas discursivas múltiples: comentarios firmados sobre algunos testimonios, opiniones de distinta proveniencia (jurídicas, políticas, confesionales), información y comentarios sobre su repercusión en el exterior, artículos polémicos, teóricos, críticos, de diversas tendencias.

En esta trama, que interactuaba con el relato central (la transcripción de las audiencias) se ve delineando la cuestión de los derechos humanos como área temática en la cual se inscribían los hechos puntuales de su violación, que los relatos develaban día tras día, así como una instancia de reflexión que excedía la peculiar circunstancia histórica de su ocurrencia. Aparecía así algo que no cuestionaban en ningún momento

</div

aludíamos más arriba. *Clarín* parece contestar, sobre el final del acontecimiento, que, a pesar de las circunstancias, los métodos son condenables. *La Nación*, aún reconociendo la existencia de crímenes y aceptando que sean susceptibles de penalización, acentúa un cierto carácter "heroico" de las acciones y termina eliminando el signo "igual" entre los dos términos de la ecuación: el terrorismo es *peor*, y quienes "efectivamente vencieron en la guerra" terminan justificando en el banquillo de los acusados por algunas "equivocaciones" en su conducta. Como señalábamos, la etapa final de la noticia (los alegatos) marca un *crescendo* en ese pasaje, en esa radicalización de posiciones. Quedan silencios, vacíos en uno y otro texto; ¿qué reflexió, qué práctica de la democracia será necesaria para evitar la repetición de la lógica del terror, cómo pensar un futuro sin el síntoma del golpe? La apertura temática que posibilitó el Juicio ofrecía un terreno apto para estas otras polémicas, sin embargo, las ideas que recorren

ambas superficies discursivas son más bien de cierre, clausura, suspensión:

16. "...hace justicia, no estreñidas. (...) Pero la justicia debe ir inmediatamente seguida de la reconciliación, a fin de que la Argentina pueda cerrar para siempre la página de Poderosa y no deje seguir la polémica con los especiales del pasado." (*Clarín*, 22.4)
17. "Pero la República ha de cerrar, como dijimos, una etapa. Ningún país del mundo, a lo largo de su historia, ha resistido vivir más allá de cierto límite en el tiempo consagrado a juzgar el ayer". (*La Nación*, 21.4)⁵

de derechos humanos", (se legitimaban así las vías elegidas, frente a otras opciones) y destacando su doble valencia (como hecho jurídico y ético/político) y por la otra, a la inclusión, en alguna medida, del contexto histórico precedente, como parámetro de interpretación, al mismo tiempo que una evaluación de la etapa futura no come conte, clausura, "borró y cuenta nueva" sino como continuidad a partir de una experiencia incorporada que sería importante *no borrar*.

NOTAS

1. Además de la publicación que hizo la prensa de diversas informaciones sobre la represión, otro relato sobre los hechos había sido compilado por la CONADEP, un organismo creado por el gobierno de Alfonso Prat para tomar declaración a todos los testigos que se presentaran y suscribir evaluaciones a los derechos humanos, de lo cual se publicó un informe ("Ninca más"). Esta tarta de indagación no había tenido, naturalmente, carácter público.

2.

Con esta denominación se aludía a una puesta en equivalencia del terrorismo con el terrorismo de Estado, el segundo de los cuales definitiva e inevitable,

3. Este editorial,

4. Véase que en el *corpus* discursivo que estudiamos, pero a nivel de los diarios, podríamos extender esta consideración, exceptuando publicaciones partidarias o de distintos movimientos sociales.

5. La idea del "ciervo"

6. De acuerdo a las expresiones, de diverso tono ("amnistía", "punto final"

7. que luego se plasmaron en decreto, aunque parcialmente.

Leonor D. Arfuch, investigadora de la Universidad Nacional de Buenos Aires/CONICET.



Comencemos por el estado de las cosas en los países de Europa occidental. Ud. ha individualizado como algo central el conflicto entre Thatcherismo y derechos de ciudadanía, entre lo que llama provisión (crecimiento, acumulación de bienes y recursos) y entitlements (derecho de acceso a estos bienes). Después de las elecciones europeas, ¿cómo juzga el campo de batalla entre estos contendientes?

Pienso que las elecciones europeas confirmaron mi impresión en el sentido de que el clima de los años 90 será muy distinto del de los años 80. En el próximo decenio habrá una insistencia mayor sobre los derechos sociales de ciudadanía, pero —y esto es importante— no como un hecho que excluye el crecimiento económico sino como una combinación con él, porque los partidos a los que les ha ido bien, o mejor dicho la mayoría de los partidos a los que les ha ido bien, no están efectivamente opuestos a lo que yo llamo *provision*, o sea a la prosperidad, sino que quieren dar a la prosperidad un contenido social, una plataforma de acceso para todos los ciudadanos. Además existe de manera indisoluble una cuestión de importancia mayor sobre todas las otras: la del ambiente, que es por eso una de los campos de batalla, si es que queremos utilizar este término, se trata de una cuestión mundial que interesa a los países más allá de cualquier lugar que sea. Pero en términos sociales pienso que estamos entrando en un período en el cual el Thatcherismo grosero de los años 80 no ganaría niña en las elecciones. Esta me parece que es la lección principal.

En un razonamiento de los años 90 entra la crisis de los sistemas de los estados del socialismo real. ¿Cuál ha sido su reacción ante los acontecimientos chinos y cómo juega

Conversación con Ralf Dahrendorf

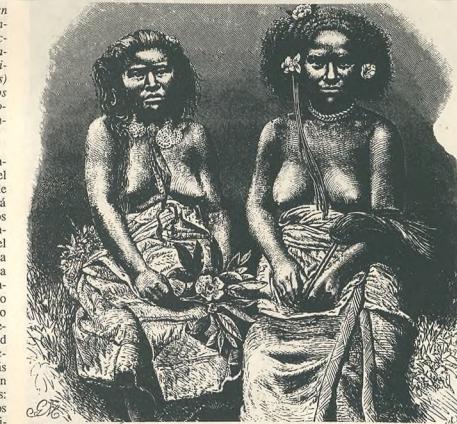
Thatcherianos, los vientos cambian

Giancarlo Bosetti

Las últimas elecciones europeas confirman que la "cultura de la adicción" ha empezado a derrumbarse. En los años noventa el acento caerá sobre los derechos sociales. El fracaso del socialismo: ha terminado la fe en las soluciones indiscutibles y debemos convivir con la incertidumbre. Avanza el espectro del fundamentalismo. Los nuevos caminos para resolver el problema de las chances de vida.

En *El conflicto social de la modernidad*, de próxima publicación en español, el conocido sociólogo alemán Ralf Dahrendorf sintetiza un intenso trabajo teórico y político alrededor de los temas que motivaron la entrevista que Giancarlo Bosetti, enviado de *L'Unità* le hizo recientemente.

Alfi se sostiene que entre crecimiento y prosperidad, por un lado, y derecho de ciudadanía, por el otro, hay una contradicción difícil de compatibilizar. Para resolverlo es preciso un cambio estratégico que desintegre la ofensiva neoconservadora, con sus pesados costos sociales. Dahrendorf considera que la "cultura de la adicción" que la sustenta, con su enérgica propuesta de enriquecimiento a cualquier precio, ha puesto en dificultades a la izquierda



la evolución política de los otros países del Este, desde Moscú hasta Varsavia?

Obviamente mi primera reacción ha sido una reacción pura y simplemente de horror y shock. Hacer por el hecho de que existían líderes capaces de movilizar el ejército contra el pueblo, contra gente que es naturalmente pacífica hasta en situaciones límite. Es verdad que, después que el ejercicio comenzó a disparar, existió violencia de ambas partes, pero no hubo provocación alguna que pudiera servir como excusa. Esta

en el plano mundial. El cambio supone entonces una profunda renovación de esa izquierda y en particular de algunos partidos socialistas proclives a aceptar el discurso neoconservador. Pero el horizonte político y social del mundo se presenta cargado de incertidumbre y también de riesgos para encarar la renovación de la cultura de izquierda. La crisis y el fracaso del "socialismo real" nos colocan ante los interrogantes suscitados por Norberto Bobbio en un artículo publicado hace poco tiempo: ¿quién tomará a su cargo las demandas de justicia social de las que surgió el movimiento comunista hace ya un siglo y medio? Las reflexiones de Dahrendorf, con sus elementos típicamente liberales, se mueve en una dirección análoga a la del socialista Bobbio: nuevas oportunidades se presentan, pero junto con ella aparecen nuevas incógnitas. Precisamente *Oportunidades vitales* es el título de uno de sus últimos libros editado en español por Espasa-Calpe de Madrid en 1983.

El reportaje de *L'Unità* fue publicado en la edición del domingo 25 de junio de 1989.

a un gran vacuum. A la pregunta respecto de como salir de esta crisis las dos respuestas que se han dado hasta ahora son ambas en alguna medida insatisfactorias. Una es la china, la que dice lo siguiente: "Todo va bien: usamos el mecanismo de mercado para generar crecimiento, pero hemos limitado los derechos políticos". Sin embargo hemos visto que esto no funciona, porque una vez que se anima la gente a participar en la vida económica, esta reivindica por la fuerza los derechos políticos y la democracia. El otro método es el usado por Gorbatchov, que consistió en decir: "Todo va bien, otorgamos los derechos políticos, un cierto grado de democracia y esperamos que el desarrollo económico prosiga". Pero aun así, desdachamente, esta elección parece no funcionar en el plano económico. No hay una reacción económica automática a la ampliación de los derechos políticos; y hay que mirar con un cierto grado de miedo y de aprehensión las reacciones de los ciudadanos soviéticos ante la persistente e insostenible situación económica. Por lo tanto el socialismo realmente existente ha fracasado tanto en el plan de la prosperidad como en el de la democracia, pero las alternativas no son todavía claras.

La fase de crisis y la transición de estos países, con sus incógnitas y esperanzas, se refleja en toda la situación mundial. ¿Cómo podemos imaginar el próximo acto, aquél en el cual estamos entrando?

Desdachadamente lo primero que debemos considerar es que el fin de una ideología determinada no significa necesariamente que de inmediato comience el reino de la libertad. Existen otras alternativas a las creencias de ayer. Una de las alternativas que me preocupa muchísimo es, en el sentido más amplio de la palabra, el fundamentalism

mo. Estamos ante variantes del fundamentalismo en muchas partes del mundo. En el tercer mundo existen ejemplos de países que han dejado de creer en el socialismo y que han abrazado una suerte de fundamentalismo tradicional y de tipo religioso. En el segundo mundo, el del socialismo realmente existente, el fracaso parece haber suscitado el fantasma de los movimientos nacionalistas, también ellos antiliberales. Y en nuestra parte del mundo, deslizadamente, venimos en los márgenes de la socialización del retorno de nacionalismos y de reivindicaciones de homogeneidad. Es el caso de Le Pen en Francia, de los Republikaner en Alemania y de otros fenómenos análogos en distintas partes. El punto que quiero destacar es éste: no nos hagamos ilusiones, pues no existe un recorrido automático hacia un mundo liberal, en el sentido más amplio de la palabra. Pero dicho esto, lo que debemos hacer es asegurarnos que se concrete la oportunidad de una política de cambio estratégico, o sea de una política que acepte las ventajas y los progresos del mercado, pero que agrege los progresos y las ventajas de la ciudadanía. Es esta combinación la que a mí me parece que es la tarea, y no una consecuencia automática, de los 90.

Las elecciones en Polonia, que han mostrado el nivel real de consenso del partido en el poder desde hace 40 años, el camino del pueblo soviético en dirección de formas de democracia y de estado de derecho, es como el fin de un gran ciclo, de un gran sueño. ¿Qué cosa, en lo esencial, está llegando a su término?

Quiero decirlo sin ambigüedad que nosotros vemos el fin de aquél particular sueño, el del marxismo, como algo que se realiza mediante un proceso más bien largo. Y, como sabemos bien, este sueño ha cambiado en los años 20 y 30. Hoy vemos precisamente el fin de la idea de que existe un proceso inevitable que conduce, después de un período de capitalismo, o como se lo quiera llamar, a la sociedad marxista o socialista.

Pero con el fin de este sueño usted considera que se deba renunciar a la aspiración de extraer de la convivencia humana algo mejor? Existen esquemáticamente, dos opciones teóricas de fondo, la de una antropología positiva, o sea una visión del hombre como ser fundamentalmente positivo y que plantea fines positivos a la sociedad; la de una antropología negativa, o sea una concepción del hombre como entidad negativa, perversa, que tiene necesidad sólo de ser tenida bajo control a través de reglas e instituciones. ¿Usted sugiere contentarse con la segunda?

No estoy tan seguro de esto. Tratemos de poner en claro algunas cosas fundamentales. El fin marxista significa ante todo el fin de la creencia en la inevitabilidad histórica de los fines de un movimiento particular, y luego, que todos debemos reconocer que el mundo es incierto y que debemos actuar antes que confiarlos a "fuerzas históricas" que realicen el trabajo por nosotros. Significa, en segundo lugar, el fin de la creencia de que la obra oscura sea el "sujeto de la historia" y la fuerza principal del futuro. Numerosas circunstancias han hecho clara esta verificación. Y esto, a su vez, quiere decir que cuando actuamos debemos dirigirnos a gente de todos los grupos sociales. Y luego apelar a hombres y mujeres en cuanto individuos. En tercer lugar, está el fin de la noción de un mundo perfecto: el elemento utópico en la política ha sido derrotado, ha perdido. Por lo tanto debemos contentarnos con avanzar paso a paso, con cambios graduales pero estratégicos, como a mí me gusta llamarlos. Pienso por eso que todavía queda una tarea muy grande por cumplir por parte de una fuerza reformista: buscar lo que yo llamo las mayores *life chances*, las ma-



yores posibilidades de vida para el mayor número de personas. Y mayor posibilidad de vida significa una combinación más eficaz de elecciones y de derechos que la gente debe tener a su disposición, una combinación eficaz de prosperidad y ciudadanía. Es éste un objetivo para la política y la sociedad que está tras de esta idea y, diría, una antropología realista, ni negativa ni positiva. No presumimos que el hombre es bueno y a la vez creemos en una bella sociedad gracias a su bondad, pero tampoco debemos ni siquiera presumir que el hombre sea una criatura malvada por naturaleza y que la sociedad tenga por objetivo protegerla en el mal. No, se trata de una mezcla de cosas, fruto de una valoración realista, que lleva a un enfoque activista y no a una determinista basado en la necesidad.

En sustancia, usted dice: menos Rousseau y más Hobbes.

No debemos dirigirnos sólo hasta

lo que respecta a las fuerzas sociales es verdad que, sea donde sea, no son tan identificables como lo eran en el período en que bastaba hablar de clases. En efecto, lo que es necesario hacer hoy es dirigirnos a individuos de toda una gama de estatus sociales y de posiciones de vida, a los jóvenes, a los ancianos, a gente que vive en la metrópoli, en el campo, que trabaja en las oficinas, a los trabajadores de las fábricas, a los desocupados, a las mujeres; en otras palabras, a una gran cantidad de aspectos que hacen mucho más difícil y precario vencer en las elecciones y mucho más incierta la identificación del sujeto histórico.

La dirección de su búsquedas no me parece, por diversos aspectos, en contraste con la de la socialdemocracia alemana, de la propuesta de IRSEE, que se interroga precisamente sobre la cuestión del sujeto social. Se reflexiona ahora sobre la discusión que tuvo con Willy Brandt, cuando usted sostiene que la experiencia socialdemócrata pertenece al pasado y carece de futuro. ¿La replantearía en los mismos términos?

Sí, la haría del mismo modo. No tengo idea de lo que sucederá en Alemania, si los socialdemócratas lo harían. Veo sin embargo, que no están pisando muy fuerte, que no ganan los votos que los otros están perdiendo. Por el contrario, han perdido de nuevo y no parecen traer la fantasía de un electorado activo. Mi insistencia en la capacidad de los sistemas políticos para cambiar es distinta de la de ellos. Pienso que soy fundamentalmente un liberal en el sentido tradicional, casi como un liberal del siglo pasado, como aquél que se llamaba *whig*; es decir, insisto sobre la iniciativa individual, en un estado que pone al individuo en condiciones de, más que un estado que diría, que haga de jefe. Creo en la función del liderazgo y en las aptitudes empresariales emprendedoras, pero no estoy molto porque a mi nombre se lo asocie con los socialdemócratas alemanes o los comunistas italianos. Existe una gran variedad de grupos que están buscando nuevas vías que yo encuentro interesantes.

Volvamos a las interrogantes de Bobbio: no se trata sólo de la pregunta sobre qué cosa seguirá a la derrota del socialismo, a la cual usted ya respondió insistiendo sobre los riesgos del fundamentalismo, sino que existe también la consideración de que no basta declarar la victoria de la democracia contra el comunismo para ilusionarse en el sentido de que los problemas de la sociedad se resuelven gracias al desarrollo y las instituciones democráticas. Pensemos en el sur del mundo pero también en las contradicciones que afloran en las sociedades desarrolladas.

Estoy absolutamente de acuerdo. Y pienso también en el norte de Inglaterra, que no ha tenido beneficio alguno de la enorme prosperidad de los años 80, o en el sur de Italia. Por eso yo no hablo de victoria de la democracia sino sólo de derrota del socialismo y del comunismo, porque pienso que de todas maneras es totalmente incierto saber quién venció. Dijimos que vencerán aquellos que creen en las posibilidades de vida para los hombres de cualquier parte que sea. Y vencieron sólo si hacen el esfuerzo de ir más allá de la creencia ingenua en el desarrollo económico como algo capaz de resolver todos los problemas. No, no lo resuelve. Y entonces la tarea está ante nosotros y no tras nuestro. Y la victoria está todavía lejana, muy lejana.

Eric Hobsbawm, en New Left Review, ha dedicado un ensayo al fin de la conciencia de clase como factor unificador de la política laborista o socialista. Para los partidos de esta tradición el paisaje a una estrategia de progreso social distinta convaleva una

cantidad enorme de problemas políticos y económicos. ¿Cómo juzga usted esta transición?

En primer lugar debemos hablar claro. No existe ninguna certeza de que estos partidos sobrevivan como fuerzas políticas importantes. Lo que asistimos hoy es al emergencia de movimientos sociales, de *single-issue-groups*, de grupos que surgen a partir de un problema particular, que son frecuentemente al menos tan fuertes como estos partidos. Se trata por ejemplo de ecologistas, de grupos que defienden a los pensionados (pensemos en los votos de Luxemburgo), que defienden los derechos de las mujeres, que defienden el automóvil (por ejemplo en Suiza), que defienden numerosas cosas. No sabemos qué será de la estructura de los partidos. En segundo lugar si estos partidos quieren sobrevivir deberán alejarse, deberán abandonar la dependencia de ciertos grupos particulares y deben dedicarse más a políticas y a combinaciones de políticas con las cuales puedan atraer a todo un espectro de estratos de población. En tercer lugar que estas revisiones de los partidos existentes son verdaderamente dolorosas porque requieren una cantidad enorme de tiempo para desembarazarse de su pasado. Vincular el futuro con el pasado—preocupación que es comprensible—hace lentísimo el alcance de una nueva problemática. Pero ciertamente yo no soy la persona adecuada para resolver estos problemas. Yo no estoy casado con ninguno de ellos. En todo caso estamos entrando en un período en el que todos los partidos acaso sean menos importantes de lo que fueron en la época de la conciencia de clase.

Son cambios profundos que afectan ideas, símbolos, valores, por los cuales han sido gastadas enormes energías humanas.

Yo soy, digamos así, un *one-man institution*, una institución constituida por una sola persona, o sea por mí mismo. No represento ningún grupo o particular. Y sin embargo usted me está hablando, otros me están hablando. Pienso que la clave de este fermento que estamos viviendo es una porción de pensamiento independiente. Pienso además que los partidos que se abren a este debate con el pensamiento independiente son aquellos que, con más probabilidades, realizarán la transición necesaria. Pero no existe ningún éxito garantizado. Nadie está en condiciones de hacer esta promesa.

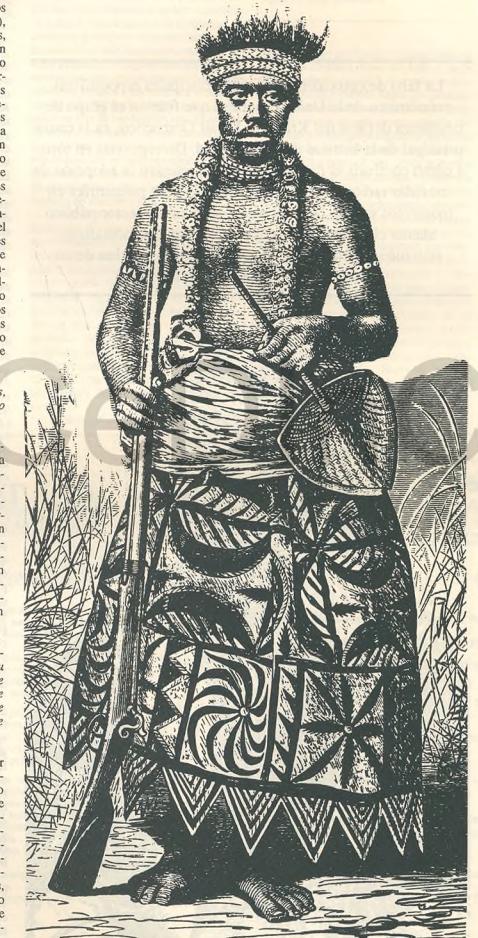
En la discusión sobre el futuro de los partidos está presente también el problema de su estructura operativa: existe el partido de masas, el partido de opinión, el partido de tipo norteamericano. ¿Cuál es la forma que considera más adecuada a la política que usted tiene en mente?

Existen las diferencias entre países, por lo cual no se puede transferir simplemente las instituciones de un país a otro. Cuando llegué a Roma, invitado por el presidente de la Cámara, hablare de las instituciones británicas y las describiré de un modo que espero sea interesante para Italia. La democracia británica es capaz de cambios, y un instrumento válido para criticar las instituciones de otros países europeos, más rígidos, menos permeables. Y éste es el tema: cómo cambiar sin seguir desde luego el camino de la Thatcher. Pero no tengo ciertamente la intención de recomendar la traslación. De modo que quería que fuese tomado *cum grano salis*, lo que quiero decir ahora: que estoy impresionado positivamente por las instituciones norteamericanas. Pienso que ellas están mejor adaptadas para este período de cambio, a través de las clases, y a la elevada capacidad de absorber los nuevos movimientos sociales, las nuevas ideas.

En surazónamiento sobre la tradición mar-

xista y sobre los partidos que aparecen como agotados, sobre el movimiento obrero, ¿cuál es, según usted, el elemento que está en la raíz del deterioro en el planteamiento cultural? En resumidas cuentas, ¿cómo separar las motivaciones de generosidad que está en la base de todo de ciertas consecuencias?

Es necesario distinguir entre nuestras sociedades y las del Este. No pienso que en



esta transición, pero es una historia muy distinta la que estamos hablando ahí. Y nuestra historia es la de la reivindicación de derechos humanos para todos, y eso es algo que esencial, que debe ahora proseguir en circunstancias distintas. El error esencial por remover es la creencia en la fuerza, la fuerza e indudable solución: el rechazo de la incertidumbre del mundo en que vivimos. De aquí surgen las dificultades. Es necesario aceptar para la política y para la econo-

gandhi

- Hirschhorn: La superación de la mecanización
- Lojkine: La clase obrera, hoy
- Vattimo y Rovatti: El pensamiento débil
- Nozick: Anarquía, estado y utopía
- Pessa: Contra la democracia
- Przeworski: El proceso de formación de clase
- Klein: La economía de la oferta y la demanda
- Dascutti: Las etapas del capitalismo
- Dombusch: Inflación y estabilización
- McKloskey: Ética y política de la ecología
- Savater: A decir verdad
- Elias: La soledad de los sombríos
- Roquié: América Latina. Introducción al extremo Occidente
- Bagli: La idea de dios en la sociedad de los hombres
- Solé: Historia y mito de la revolución francesa
- Ferreiro: Los hijos del alfabetismo
- Paramo: Tras el diluvio
- Laclau: Hegemonía y estrategia socialista



- Dobry: Sociología de las crisis
- Derrida: Márgenes de la filosofía
- Derrida: La escritura y la diferencia
- Baudrillard: El otro por sí mismo
- Virilio: Estética de la desaparición
- Lipovetsky: La era del vacío
- Lipovetsky: El imperio de lo efímero

Libros Café Foro Cultural

gandhi

Montevideo 453
46-1994 - (1019) Cap. Fed.

REDES
SISTEMAS
ESTRUCTURAS
CULTURALES
SOCIALES
ECONÓMICAS
POLÍTICAS

Moscú: salvar el retraso histórico

La perestroika no es un modelo acabado

Guillermo Ortiz

Si bien el último pleno del Comité Central del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) a fines de setiembre pasado, dio lugar a una serie de manifestaciones que sirven para sincronizar los temas más delicados del proceso de reestructuración de la URSS, está claro que el plenario de julio de 1987 el que dio el puntapié inicial para una reforma económica orientada a garantizar el autonómismo, la autonomía de gestión, esto es la "descentralización", en el marco de nuevas formas de propiedad. En ese momento la "perestroika" apareció como el intento de desmantelamiento de un sistema ante la quebrada heráfrica de un modelo de producción económica y decisión política. En ese sentido sería un error admitir que la necesidad de la reforma de la economía y la sociedad soviética surgió de la concepción arribista y voluntarista del grupo del actual jefe del Kremlin, Mijail Gorbachov. La realidad, la "perestroika" es la reacción tardía, en primer término, a la menor improductividad de la estructura económica de reclutar en forma apropiada a la mano de obra y la creación de fuerzas productivas a partir de mediados de la década de los '70 al influjo de los acelerados procesos de innovación tecnológica. Era evidente que la misma estructura que en los '50 y '60 había sido capaz de reducir el retraso respecto a los países industrializados, era hoy incapaz de desarrollar innovaciones que permitieran superar el estancamiento. Concretando: la URSS se vio aislada de la ola mundial de innovaciones iniciada en los '70, lo que ocasionó un fuerte proceso de descapitalización. Vale decir, la brecha tecnológica Este-Oeste era insalvable. De ahí que Moscú se halló de cara al fin de siglo, más de 70 años después de que los bolcheviques tomaran el poder, ante el desafío de movilizar la totalidad de sus recursos para superar una crisis que abarcaba a todo el sistema comunista, ya sea en Europa Oriental, el Pacífico y América Latina, poniendo en peligro su propia existencia.

Nación y partido

Claro que los interrogantes se centran no solo en el grado de capacidad y decisión política de Gorbachov para transformar estructuras de producción obsoletas sino también en, si en la práctica, la URSS es reformable. El menú de trabas y contrariedades es vasto y no sólo económico. En una rápida recorrida vemos que el CC del PCUS acaba de aprobar por unanimidad un plan del Kremlin que señala la necesidad imperiosa de una "transformación fundamental" de la Federación Soviética compuesta por 15 Repúblicas, que no implica de ningún modo la modificación de las fronteras internas del país. En este sentido, no se escatiman críticas a las demandas de mayor autonomía lanzadas por las repúblicas Bálticas, incluso de los propios PC regionales que reclaman libertad de decisión con respecto a Moscú. El líder soviético no tardó en recordar el manifiesto rechazo de Lénin, a una "federalización partidaria", tal como se denominó. No es una novedad que la URSS esté frente al

Lafalta de coincidencias de los principales especialistas económicos de la Unión Soviética que forman el grupo de manifestaciones que sirven para sincronizar los temas más delicados del proceso de reestructuración de la URSS, está claro que el plenario de julio de 1987 el que dio el puntapié inicial para una reforma económica orientada a garantizar el autonómismo, la autonomía de gestión, esto es la "descentralización", en el marco de nuevas formas de propiedad. En ese momento la "perestroika" apareció como el intento de desmantelamiento de un sistema ante la quebrada heráfrica de un modelo de producción económica y decisión política. En ese sentido sería un error admitir que la necesidad de la reforma de la economía y la sociedad soviética surgió de la concepción arribista y voluntarista del grupo del actual jefe del Kremlin, Mijail Gorbachov. La realidad, la "perestroika" es la reacción tardía, en primer término, a la menor improductividad de la estructura económica de reclutar en forma apropiada a la mano de obra y la creación de fuerzas productivas a partir de mediados de la década de los '70 al influjo de los acelerados procesos de innovación tecnológica. Era evidente que la misma estructura que en los '50 y '60 había sido capaz de reducir el retraso respecto a los países industrializados, era hoy incapaz de desarrollar innovaciones que permitieran superar el estancamiento. Concretando: la URSS se vio aislada de la ola mundial de innovaciones iniciada en los '70, lo que ocasionó un fuerte proceso de descapitalización. Vale decir, la brecha tecnológica Este-Oeste era insalvable. De ahí que Moscú se halló de cara al fin de siglo, más de 70 años después de que los bolcheviques tomaran el poder, ante el desafío de movilizar la totalidad de sus recursos para superar una crisis que abarcaba a todo el sistema comunista, ya sea en Europa Oriental, el Pacífico y América Latina, poniendo en peligro su propia existencia.



mayor estallido de conflictos interétnicos de su historia. El cariz que está tomando la disputa entre las repúblicas meridionales de Azerbaiyán y Armenia por la posesión definitiva del territorio de Nagorno-Karabah, de mayoría armenia y en manos de Azerbaiyán desde 1923 por orden de Stalin y que desembocó en un virtual bloqueo económico a Ereván, obligó a las autoridades centrales a tomar cartas en el asunto y la pasada semana el propio Gorbachov ordenó la ocupación militar de los ferrocarriles transcaucásicos para asegurar la provisión de alimentos a la aislada Armenia.

En otro orden de cosas el llamado a reformular el papel regulador del PCUS, su carácter de "vanguardia" de la sociedad ante su evidente "retraso" con relación al ritmo de las reformas, es una clara señal que el frente sobre el que debe operar la actual dirigencia es múltiple. La reciente destitución de 5 miembros del Politburó entre los que se encuentra Vladímir Scherbitskiy, de 71 años, jefe del PC de Ucrania y único miembro del órgano rector del PCUS que (junto a Gorbachov) sobrevivió a la era de Leonid Brezhnev aparece como un signo de fortaleza del líder soviético si bien no deben abrigar falsas expectativas que reduzcan el problema a la aún no resuelta pugna entre "reformistas" y "conservadores".

Revolución "desde arriba"

Y es que esta reforma "desde arriba", que por ser así adquiere una lógica trascendental que inhabilita cualquier intento rupturista, debe lograr prioritariamente resultados rápidos que redunden en una medida genuina de la situación socio-económica. Está claro que la "perestroika" aún no ha resuelto el problema del abastecimiento y los servicios; es decir, ni ha resarcido en la realidad inmediata de la población, hecho que amplía las posibilidades de una explosión del descontento social.

La reciente huelga de más de 150.000 trabajadores mineros de la cuenca carbonífera de Siberia Occidental y Ucrania, con epicentro en Donbas, extendió rápidamente a la zona del Círculo Polar Ártico y a Rostov, en el corazón de la propia Federación Rusa, pusieron de manifiesto no sólo la reivindicación política de acabar con la centralización de esa industria sino las duras condiciones de vida de los mineros entre cuyas condiciones figura el aumento de la cuota de jabón enviada mensualmente por Moscú.

De hecho, el Soviet Supremo aprobó la primera semana de octubre un plan que prevé la prohibición de las huelgas en sectores cruciales de la economía en la totalidad del territorio del país, esto es en ferrocarriles y minas, centros preocupantes, en la medida en que se avecina el invierno, con la producción y distribución de carbón retrasadas.

Por otra parte el cuantioso déficit fiscal como imposibilidad real para el mantenimiento de un modelo burocrático a todas luces inefficiente. Esta inefficiencia crónica del sector público se debió a una política de subsidios a sectores poco rentables de la economía que urge abandonar.

El mercado y la NEP

"El nuevo modelo de socialismo es el modelo de una economía de mercado. Se trata de un mercado desarrollado, no sólo de mercancías sino también de dinero, mercado de capitales como se llama en Occidente, de valores, de trabajo de obra y mercado de divisas que actualmente comenzamos a formar organizando subastas para empresas e instituciones", explicaba Abel Aganbeguián, secretario de la Sección de Economía de la Academia de Ciencias de la URSS, durante un seminario del PCUS en el actual verano, y al mismo tiempo de los asesores más destacados del líder soviético, Mijail Gorbachov, a una requisitoria que le formuló el pasado mes.

Desde ya que la política actual de la URSS no es nueva. Es posible percibirse semejanzas con la Nueva Política Económica (NEP) implementada por Lenin en la década del '20 tras el XIV Congreso del partido luego de la ola de levantamientos campesinos y de los obreros de Leningrado que terminaron con la insurrección de los marineros de Kronstadt, reprimida por el ejército rojo. La NEP significó el fin del sistema económico del "comunismo de guerra", vale decir de la centralización rígida y del sistema de gestión económica carena de mercado, con distribución directa de los recursos, a una economía de mercado, un retorno a formas de producción capitalistas, basada en el estímulo y en el que el Estado desempeñara un papel regulador. La NEP derivó en la imposición de tasas a los campesinos, libertad de salarios y comercio interior, autorización para la creación de empresas privadas e intervención de capitales extranjeros, mientras el estado se reservaba el comercio exterior, la gran industria y la construcción.

En general se observan dos aspectos básicos sobre los que se basa la estrategia de transformación. El primero consiste en la reorientación social del desarrollo que obligará a reasignaciones presupuestarias en sectores tradicionalmente postergados. En este sentido, responsables de economía afirman que no deben ser limitados los programas sociales que incluyen construcción de viviendas, jardines de infantes, escuelas y hospitales para más que esto agrave la situación financiera. "Hay que determinar los recursos para prevenir el déficit", afirma Mijaíl Vorójkov, del Instituto de Economía soviética. El otro punto consiste en el paso de un

desarrollo extensivo a otro intensivo, mejorando la eficiencia y la calidad a través de una política que priorice la modernización técnica de la producción. En este sentido la renuncia a la estructura pesada de la industria en que prevalecen las ramas extractoras en favor de las "transformadoras" juega un papel clave.

Ejes de una polémica

En un artículo publicado recientemente en la revista soviética, *Novi Mir* bajo el título de "Anticipos y deudas", el popular economista soviético, Nikolai Shmelev, plantea la necesidad de una acelerada descentralización en pos de una autoregulación del mercado, a la vez que la urgente adquisición de créditos para combatir el desabastecimiento. Esto provocó una aguda polémica en el seno de la intelectualidad económica que rodea a Gorbachov. Abel Aganbeguián comparecía la crítica al viejo sistema administrativo pero considera que Shmelev carece de una visión alternativa integral que no suponga un mayor endeudamiento. Las diferencias de criterios son ostensibles y dividen a los economistas en "radicalizados", "moderados", Shmelev ubicado entre los primeros considera que la importación masiva aún no compromete la solvencia de la URSS. En este sentido, de acuerdo a las recientes declaraciones del director Ejecutivo de la Asociación de Exportaciones de Gracias de Estados Unidos, Steve Mc Koy, la URSS aumentaría radicalmente sus compras de productos agropecuarios procesados norteamericanos para satisfacer su demanda interna.

Asimismo el "socialismo real", siendo el Estado el dueño efectivo de los medios de producción al determinar el excedente, el concepto marxista de "alienación" conserva aún su vigencia crítica. De ahí que el futuro no deje de planear un desafío consistente en la consolidación de una ejecución de desarrollo económico, integración internacional y democracia política.



LETRA INTERNACIONAL

NUMERO 13 (Primavera 1989)

- Rafael Arpállol: El hombre sin enigmas.
- Roberto Blaist: Europa: el poder del sueño, el sueño del poder.
- Miguel Cereceda: La utopía de la dominación científico-técnica de la Naturaleza.
- José Andrés Rojo: Los ecos de Utopía.
- Ramón Reborjas: El viajero que perdió la razón del movimiento.
- Ricardo Ore: Retorno al mundo plano.
- César Ballester: La apariición de la nueva racionalidad.
- Umberto Eco: Reflexiones sobre el papel impresivo.
- Jacques Derrida: El olvido y la escritura.
- Margit Frenk: Entre leer y escribir.
- Michel Tournier: El vuelo del vampiro.
- Robert Duran: El amor de los intermediarios.
- Manoel de Assis: El caníbal o metafísica del estilo.
- Jorge de Lima: Canto IX de la Invenção de Orfeo.
- Oswald de Andrade: Fragmento de manifiesto antropofágico.
- Mario de Andrade: El pago de Navidad.
- José Guimaraes Rosa: Sin tangencia.
- Rubén Fonseca: Relato de un hechizo en que cualquier semejanza no es pura coincidencia.
- Haroldo de Campos: De la razón antropofágica: los devoradores de Europa.
- Caio Fernando Abreu: En los pozos.
- Caio Fernando Abreu: Un hábito probablemente azul.

Suscripción anual: 1.600 ptas.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

NUMERO 35 (Primavera 1989)

- Tatiana Pipan: La huelga de Narciso.
- Paolo Sylos Labini: Una estrategia común contra el desempleo.
- José María Maravall: Las razones del reformismo. Democracia y política social.
- Raimon Obiols: Un proyecto socialista. Desarrollo, libertades y federalismo.
- Vicent Garcés: La política internacional y la izquierda.
- Antonio Gambino: Entrevista con Bruno Trentin.
- Salvador Giner, Joaquín Leguina, José F. Tezanos: Transformaciones sociales y apoyos estratégicos del proyecto socialista.
- Adela Cortina: Por una ilustración feminista.
- Norbert Lechner: El realismo político, una cuestión de tiempo.

Suscripción anual: 1.400 ptas.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

Por ejemplo, Moscú acaba de comprar 15.000 toneladas de pollo en la FEE.UU. por primera vez desde 1980, según datos de la Casa Blanca. Esta masiva venta se produjo inmediatamente de fuertes adquisiciones de forraje de germen de maíz y maníacea por parte de la URSS que también mantuvo su interés por el subsidiado aceite vegetal estadounidense. Esta actitud demuestra que los que en el Kremlin se oponen a la utilización de las divisiones para importar ahora están perdiendo terreno. En el caso del académico Leonid Abalkin que preside el Consejo de Ministros, Leonid Abalkin que se considera de que "vivir entendiendo peor el peso de los derechos para la Unión Soviética y la propuesta de Shmelev afectaría la competencia". Las cartas están sobre la mesa. La crisis del modelo comunista obligó a replantear presupuestos expresados en drásticos recortes del gasto militar. Así el nuevo escenario surgió tras el fin de la "guerra fría" está produciendo una redistribución acelerada del poder mundial con la creación de grandes espacios económicos integrados. La "perestroika" avanza en el sentido de esta lógica. No hay dicotomías entre planificación y mercado. De hecho el capitalismo no es lo que era desde el New Deal norteamericano y los excesivos emprendimientos de la socialdemocracia en los países escandinavos y otros, en los que el sistema de prestaciones sociales en el marco de democracias políticas cada vez más desarrolladas, adquirieron el carácter de lo irreversible.

Asimismo el "socialismo real", siendo el Estado el dueño efectivo de los medios de producción al determinar el excedente, el concepto marxista de "alienación" conserva aún su vigencia crítica. De ahí que el futuro no deje de planear un desafío consistente en la consolidación de una ejecución de desarrollo económico, integración internacional y democracia política.

Asimismo el "socialismo real", siendo el Estado el dueño efectivo de los medios de producción al determinar el excedente, el concepto marxista de "alienación" conserva aún su vigencia crítica. De ahí que el futuro no deje de planear un desafío consistente en la consolidación de una ejecución de desarrollo económico, integración internacional y democracia política.

Por ejemplo, Moscú acaba de comprar 15.000 toneladas de pollo en la FEE.UU. por primera vez desde 1980, según datos de la Casa Blanca. Esta masiva venta se produjo inmediatamente de fuertes adquisiciones de forraje de germen de maíz y maníacea por parte de la URSS que también mantuvo su interés por el subsidiado aceite vegetal estadounidense. Esta actitud demuestra que los que en el Kremlin se oponen a la utilización de las divisiones para importar ahora están perdiendo terreno. En el caso del académico Leonid Abalkin que preside el Consejo de Ministros, Leonid Abalkin que se considera de que "vivir entendiendo peor el peso de los derechos para la Unión Soviética y la propuesta de Shmelev afectaría la competencia". Las cartas están sobre la mesa. La crisis del modelo comunista obligó a replantear presupuestos expresados en drásticos recortes del gasto militar. Así el nuevo escenario surgió tras el fin de la "guerra fría" está produciendo una redistribución acelerada del poder mundial con la creación de grandes espacios económicos integrados. La "perestroika" avanza en el sentido de esta lógica. No hay dicotomías entre planificación y mercado. De hecho el capitalismo no es lo que era desde el New Deal norteamericano y los excesivos emprendimientos de la socialdemocracia en los países escandinavos y otros, en los que el sistema de prestaciones sociales en el marco de democracias políticas cada vez más desarrolladas, adquirieron el carácter de lo irreversible.

Asimismo el "socialismo real", siendo el Estado el dueño efectivo de los medios de producción al determinar el excedente, el concepto marxista de "alienación" conserva aún su vigencia crítica. De ahí que el futuro no deje de planear un desafío consistente en la consolidación de una ejecución de desarrollo económico, integración internacional y democracia política.

Un fantasma recorre América

¿"Gramsciano" quién?

Fabián Bosco

A llá por agosto de 1987, mientras La Ciudad Futura editaba un suplemento dedicado a Antonio Gramsci en América Latina, como homenaje por los cincuenta años de su muerte, una pléyade de cultores y ejecutores de la cruz y la espada, viejos ideólogos y escritores del autoritarismo, carcereros de "nuestras más sagradas tradiciones" junto a contados intelectuales lúcidos de la derecha argentina se sumergían en el manantial gramsciano intentando desentrañar las claves de una época que quizás por primera vez en nuestra historia contemporánea las había dejado fuera de los centros de poder, marginados del "sentido común" y las verdades absolutas.

Muchos de ellos quedaron arrumbados en sus delirios inquisitoriales, sacando su odio y jurando la venganza del terror blanco a través de libelos y exabruptos que nada tenían que ver con el pensamiento y mucho menos con la cultura. Pero algunos otros reactualizaron sus discursos y se incorporaron al debate cultural con una fuerza insoplicable. Tan es así que hoy se encuentran en el cénit de su reflexión como ideólogos de "la nueva hegemonía cultural" encarada por Carlos Menem de la mano de un grupo de "revolucionarios conservadores" que no cesó de sorprender a propios y ajenos.

En este flamante discurso del poder se revelan lecturas de Gramsci pasadas por la criba del pensamiento schmittiano, con agudas contradicciones internas y preocupantes derivaciones e implicancias.

Sin embargo, es justo reconocer que se ha aceptado (al menos como punto de partida) el desafío de la sociedad abierta y plural, así como la lucha pacífica en el debate de ideas y proyectos en el actual marco de restructuración política, social y económica que ha venido a restaurar —y al mismo tiempo cambiarse la cara— a la Argentina tradicional.

Aunque el pensador italiano jamás haya imaginado semejantes discípulos en sitio tan recóndito del planeta, la Argentina tiene hoy un gobierno con ministros que llaman de "la formación de un nuevo bloque de poder social, político, económico y hasta militar", voceros periodísticos que afirman abiertamente que "estamos en presencia de una lucha cultural por el sentido común" ideólogos que explican cómo las estructuras partidarias han quedado atrapadas y que ahora "es el tiempo de las grandes coaliciones para transformar irreversiblemente el país".

Algunas podrían suponer que se trata de un despertar abrupto tras una larga ensañación mística; sería difícil encontrar durante la presidencia de Alfonsín semejantes ambiciones doctrinarias y sólo portarla y defendiendo el espacio democrático, la apertura ideológica y la controversia intelectual así como el derecho de toda la sociedad a forjar su propia identidad, su gestión que sistemáticamente bombardeada desde las tinieblas opositoras que describen (las más de las veces ironizadamente) "influencias gramscianas" en cierto esbozo de cambio y reforma radical se proponiera, siempre bajo la sospecha de encubrir intenciones hegemónicas y avisos propósitos de perturbar en el poder.

Cierta derecha argentina ha descubierto la posibilidad de basarse en Gramsci para fundar una nueva hegemonía cultural. Sin ésta, la "revolución conservadora" que encarna el Presidente Menem podría ser efímera. Frente a quienes propician una cruzada contra las "gramscianos", aparecen otros que en clave schmittiana implementan un uso conservador y autoritario del pensamiento del comunista italiano demonizado. Pero existe una brecha profunda entre una teoría del poder total como la de Carl Schmitt y el concepto gramsciano de hegemonía.



Del "terror blanco" a la "guerra cultural"

Millán Astray y Goebbels así como suscitar la admiración de Blas Piñar, su ilustre vizcaíno en el lecho del Hospital Militar en sus días de "cautivo".

Otros aprendices de Torquemada, en la línea de "la conspiración marxista de cinco mil años antes de Cristo" y la persecución a las matemáticas modernas, se encargaron de desenmascarar "antros de corrupción ideológica y penetración cultural" en fundaciones, centros de investigación, medios de comunicación masiva y por supuesto, despachos oficiales. Artículos firmados por una ignota Amalia Papendieck encabezaban la frenética campaña de denuncias que sistemáticamente crucificó a la "nueva hegemonía cultural".

Este auténtico delirio paranoico-macarrista que "la caza de gramscianos" se convirtió en el entretenimiento predilecto de genciosas y lugartenientes desocupados así como en pasto para el despliegue operacional de una extraña y peculiar raza de agentes de inteligencia convertidos en periodistas y políticos expertos en acción psicológica; los cuales —dudos juntos— debían ser seguramente más que la totalidad de lectores de Gramsci reunidos.

Los "cuadernos de la cárcel" de Ramón J. Camps, publicados por La Prensa temprano cada sábado, estaban destinados a tener un lugar en nuestra "crónica del espacio", crónica que provocaría la envidia de

la ilegalidad y disolución de "todo partido o agrupación política de filosofía marxista, trotskista, guevarista, sindinista, maoista (y aquí la novedad) o gramsciana", la clausura de locales, el bloqueo de cuentas, la prisión para "afiliados y/o activistas" así como la calificación de "terroristas subversivos" a quienes osaran professar semejantes ideas "ateas y disolventes, atentatorias contra los pilares de nuestra sociedad". Fundamentaba su proyecto recordando palabras de Matías Sanchez Sorondo en 1932 y —creases o no— el "Acta de Control del Comunismo" del célebre senador Mc Carthy en los Estados Unidos de los años 50.

Revolución democrática y revolución conservadora: la disputa por el "sentido común"

Llega la descomposición penosa y acelerada del gobierno radical y la inmediata recomposición de los factores de poder arrastrados por el boom menemista a la cima del nuevo gobierno. Comienza entonces un fenómeno inesperado: tanta obsesión por la obra de Gramsci ha vuelto "gramsciano", en su sentido más vulgar, al fiamante "estabilismo" ideológico oficialista.

Se afirma que "el régimen alfonsinista" fracasó en todos los campos menos en uno: el cultural. Se advierte que la revolución conservadora que encabeza Menem precisa de un soporte ideológico que le insufla una nueva mística nacional, y que es en este terreno donde debe librarse la más dura batalla frente al "progresismo pequeño burgués que se ha apoderado del sentido común de la Argentina".

"En esta lucha vital por el dominio cultural —se añade— los argumentos técnicos y pragmáticos no son relevantes, lo esencial son las posiciones políticas, históricas, geopolíticas y éticas que puedan sostenerse, porque no se trata de demostrar una ecuación sino de construir una nueva hegemonía".

¿Cuál es el instrumento que se propone? "Un nuevo reagrupamiento político, un bloque histórico político, económico, social, en que el justicialismo (...) coincide con la corriente sustancial del liberalismo y los partidos provinciales en un proyecto común (...) que puede dominar conceptualmente con precisión 'revolución conservadora'".

¿Y quiénes serán los nuevos "intelectuales orgánicos"? "los pensamientos 'no progresistas', los recreadores de la comunidad organizada, los revitalizadores de las culturas latinoamericanas con criterios no modernizadores ni racionalistas dominantes, los nacionalistas, los pensadores católicos, los posmodernos, etc. etc." En síntesis todos aquellos "desplazados" por el bloque cultural progresista que vendrán a hacer lo que dicen que les hicieron: "dominar la cultura y las manifestaciones valiosísimas para tener efectivo poder político". (Como ejemplo ilustrativo del carácter de esa manipulación véase el recuadro incluido).

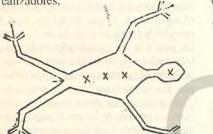
Al nuevo principio lo encontraremos obviamente en el "liderazgo plebiscitario de Carlos Menem", símbolo y resumen de la voluntad colectiva.

Schmitt y Gramsci en el debate ideológico argentino

¿Cómo explicar este *aggiornamento*, esta evolución amalgama discursiva? En primer lugar es detectable una positiva evolución, producto, tal vez, del deshielo de las insondables nieves eternas legadas por Carl Schmitt. Sí ha cambiado en efecto el discurso de la "guerra sucia" por de la "guerra de posiciones", un tradicional desprecio hacia la política por una politización intensiva, la justificación de la coerción autoritaria por la búsqueda del consenso anti-estatista y finalmente la irreductibilidad de los antagonismos por la construcción de nuevas hegemonías.

Una visión conspirativa (y casi-psicoanalítica) habría de un caso de "vampirismo intelectual" y mimetización inconsciente con la imagen en la que creen haber descurtido al enemigo y alter-ego.

Es que han logrado dibujar un perfil tan sinistro (como inteligente), tan acabado (como falso) de la menecida "estrategia gramsciana" que terminaron por encarnar en ella, y por convertirse ellos mismos en sus realidores.



a



b

También es esencial distinguir entre quienes siguen entendiendo la política como "la prosecución de la guerra por otros medios" y quienes han logrado reconocerla como la negación misma de la guerra civil.

Otra perspectiva, tal vez más política (y más optimista también) creará este frente a la tan ansiada transición hacia una sociedad democrática moderna: el paso del terror armado y la guerra tribal a la disputa entre las ideas y la alternancia de proyectos. Como diría el viejo Duverger, momento en el que hemos podido finalmente "sustituir la batalla por la discusión, los fusiles por el diálogo, los puñetazos por los argumentos, la superioridad de los músculos o de las armas por el resultado de los escrutinios". Esa, sin embargo, de la que siempre se puede volver.

Por otra parte, las naciones y los estados no se legitimarán por el sólo hecho de afirmar su fortaleza sino también por la posibilidad de ofrecer a sus habitantes espacios de realización social y participación en las decisiones colectivas. Aquí radica otra de las diferencias de las brechas profundas entre Schmitt y Gramsci, entre una teoría del poder total y otra del estado democrático. Pero es bueno que así se pueda plantear.

En todo caso, el legado de seis años

de ejercicio activo de las libertades y la convivencia, aún en un contexto de penurias, posteriores, insatisfacciones, marchas y contramarchas, avances y retrocesos. En

una década que concluye dejándonos en la alternativa de avanzar en ese rumbo de democratización y construcción de una sociedad abierta, o desandar el camino y presenciar una restauración que traerá en su seno

una modelo de sociedad poco conciliable con las demandas populares y la aspiración mayoritaria del progreso, libertad, bienestar, justicia y paz para todos.

Quienes mejor sepan interpretar y llevar a cabo estos ideales pueden demostrarlo en la escena del espacio público y en la confrontación con los tiempos de la gente y de la historia. Mientras tanto, será incluyente para el pensamiento progresista entender los porqué de este auge neo-conservador que, es innegable, ha tomado por varios cueros la delantera.

NOTAS

¹ Jorge Castro, "Rumores el capitalismo schmittiano aliado a la Revolución Conservadora", *El Cronista Comercial*, 24.9.89.

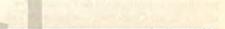
² Jorge Castro, "Los grandes cambios históricos se hacen mediante amplias condiciones", *El Cronista Comercial*, 17.9.89.

³ Jorge Bolívar, "Lo 'revolucionario' del pensamiento conservador", *El Cronista Comercial*, 30.7.89.

⁴ Ibídem.



c



d

USOS DEL OLVIDO

Y. Yerushalmi, N. Loraux, H. Mommsen, J.-C. Milner, G. Vattimo

La rebelión del coro

Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común



Ediciones Nueva Visión



Ediciones Nueva Visión

Quince años de una ausencia que aún nos duele

Recordando a Máximo

José Aricó

El 15 de noviembre de 1974 fallecía en Buenos Aires un amigo entrañable de quienes compartimos la responsabilidad de editar *La Ciudad Futura*. Juan José Real, "Máximo" para los que estuvimos unidos a él por los recuerdos de una prolongada militancia en las filas del comunismo argentino, fue por muchos años una de las personalidades políticas e intelectuales que más aprendimos a querer y a respetar. Perteneciente a esa vieja estirpe de militantes obreros que se esforzaron, contra un medio más hostil que favorable, por crearse una cultura amplia que les permitiera comprender el sentido de la aventura del hombre. Máximo fue un luchador y un estudiante. Un intelectual obrero de aquellos que hoy ya no existen porque ni si quiera en la ciudad los genera. Solidario, siempre pronto a colaborar con todos los sectores de cultura que posibilitaran a los hombres de izquierda adquirir una visión más clara de sus propósitos de transformación social, supo actuar, luchar y estimular, aun discidiendo, a los que en los inicios de los años sesenta comprendían la publicación de *Parado y Frente* y de sus Cuadernos —algunos de los cuales, como el dedicado al "último combate de Lenin" preparó directamente. De él nos separaba su militancia activa en el círculo

de Frigerio. Pero nos unía, en cambio, una amistad que supimos preservar de las diferencias políticas y una común adhesión incondicional a los valores y a los ideales del socialismo. Si el presente nos sitúa en compromisos distintos y contrapuestos, una tradición histórica en la que nos reconocemos, y las esperanzas en un renacimiento futuro, nos impulsaba de manera rafael, entrañable. Nosotros recordamos las suyas, por supuesto. Ni la revolución, tal como nosotras la concebímos, ni el frente nacional, que él proponía, son hoy propuestas estratégicas a la altura de las nuevas demandas de una sociedad obligada a transformarse en el marco de una democracia política que queremos cada vez más profunda y avanzada. El cambio del mundo, la mutación que atravesan los países socialistas, le hubieran sorprendido a él como hoy nos sorprende a nosotros, desprovistos como todavía estamos de una elaboración política y ética adecuada. Pero conscientes como estamos de la pobreza conceptual de una doctrina marxista que sabíamos que debía cambiar, no creímos equivocarnos al pensar que no había mediado su muerte, estaríamos juntos en la tarea de asumir el enorme desafío que el mundo actual plantea al socialismo.

Cuando se fue nada dejó que no doliera, como no lo hizo su amistad con su hermano, como la de su padre, un maestro, pero a la vez un gran compañero. Y hoy, al calor de los años, corregimos las certezas desde las que solíamos recharzar sus objeciones, no siempre justas, a nuestra manera de entender el acometer políticas y estrategias económicas que su recuerdo nos acompañó con una fielidad prodigiosa. Tanto es que a veces olvidábamos que ya no está y que no podemos visitarlo en su departamento de Alsina para comentar los hechos del mundo, o pedirle los recortes que preparaba para nuestra revista, o los libros que quería que

leyéramos para discutirlo en común, en esas largas tardes regadas de amargos. Dejó de compartir con nosotros empresas que muy posiblemente hubieran despertado su interés, y queremos recordarlo como uno más de los que hoy protagonizamos este intento de renovar la cultura de izquierda. Porque los hechos del mundo desmienten, buena parte de nuestras previsiones, y también las suyas, por supuesto. Ni la revolución, tal como nosotras la concebímos, ni el frente nacional, que él proponía, son hoy propuestas estratégicas a la altura de las nuevas demandas de una sociedad obligada a transformarse en el marco de una democracia política que queremos cada vez más profunda y avanzada. El cambio del mundo, la mutación que atravesan los países socialistas, le hubieran sorprendido a él como hoy nos sorprende a nosotros, desprovistos como todavía estamos de una elaboración política y ética adecuada. Pero conscientes como estamos de la pobreza conceptual de una doctrina marxista que sabíamos que debía cambiar, no creímos equivocarnos al pensar que no había mediado su muerte, estaríamos juntos en la tarea de asumir el enorme desafío que el mundo actual plantea al socialismo.

[Pars parva fui]

Juan José Real

Estas páginas son, en cierta medida, autobiográficas. *Pars parva fui*; yo también fui parte activa en el movimiento que se estudiaron. No soy inclinado a aceptar lo que se ha dicho en llamado "guion de cine". Admito, por otra parte, pertenezco a la generación del 30, aunque comencé a actuar en el movimiento social algunos años antes.

Mi padre fue peón de estancia; mi madre servía con una familia de estancieros tradicionales. A comienzos de este siglo viví en la ciudad, donde mis padres se trasformaron en obreros ferroviarios. Aspiraba a que todos sus hijos estudiaran, pero no fué posible. Todos comenzaron a trabajar desde niños. A los nueve años fui hacapoco en un almáciga. Trabajé en el ferrocarril desde los diez años. A los trece, ya ayudaba a atender la biblioteca de la sede de la Unión Ferroviaria; allí, más que leer, devoré libros, ansioso de llenar el vacío que dejara mi escasa asistencia a la escuela primaria. La litera-

tura social, donde se mezclaban autores anarquistas, socialistas y comunistas, me condujo al movimiento obrero revolucionario. Despúes de un breve paso por el Partido Socialista, ingresé a la Federación Juvenil Comunista.

Emigré mi vida a la causa del comunismo con la decisión y el entusiasmo de los veinte años. El comunismo fué mi escuela, una gran escuela. Mi paso por el Partido Comunista no tuvo nada de qué arrepentirme, como no sea de mis errores.

Separado de las filas del partido por las razones que adelante se dirán, me sujeté a toda actividad política, me abismé en el estudio de la teoría socialista y la historia en esta etapa de mi historia.

A esta política de frente nacional la veo desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera. La historia del movimiento obrero argentino la sostuve como la única que puede colmar las aspiraciones inmediatas de los trabajadores y abrir el cauce hacia conquistas más avanzadas. Por eso espero que los dirigentes obreros hallen retratada

en estas páginas su propia experiencia. Ellas indicarán el camino acordado.

(De 30 años de historia argentina. Acción política y experiencia histórica. Buenos Aires, Ediciones Actualidad, 1962, pp. 11-12.)



A los 76 años, en Buenos Aires

Murió ayer Federico Pinedo, el último de los grandes liberales argentinos

Pablo Ibarra [Juan José Real]

Cómo recordación del amigo muerto, de ese "viejo" Máximo que fue siempre un leal compañero, publicamos dos testimonios de los tantos que escribió con su apodo casi enfermizo por la palabra escrita. El primero es un fragmento autobiográfico del prólogo a *30 años de historia argentina*, libro publicado por Ediciones Actualidad en 1962. El segundo es un ensayo que por varios motivos recordamos siempre. Dedicado a la muerte de Federico Pinedo, el último de los grandes liberales argentinos como lo definí, fue firmado con el pseudónimo de Pablo Ibarra que utilizaba para sus notas periodísticas en *La Opinión*. Acaso es este ensayo, tenido de reminiscencias personales, el texto que mejor expresa el espíritu con el que Juan José Real emprendió la difícil tarea de dar juicio crítico, pero a la vez equilibrado, de figuras intelectuales y políticas que su gravedad tuvieron en la vida nacional. Un hombre capaz de escribir estos límites no podría haber participado nunca de un bloco de fuerzas como el que hoy gobierne el país y que tiene al más pobre ejemplar de los epígonos de Pinedo como el vocero autorizado del liberalismo argentino.

Del patriciado conservó cierta inquietud los movimientos populares y tumultuosos que entonces se expresaban por la vía del yrigoyenismo. Y esta ojeriza anticanonista le impelió de continuo a regresar a su clase. «Con cuánto cariño recuerda en la recopilación de sus trabajos a don Marcelino Ugarte, el célebre gobernador conservador de la provincia de Buenos Aires, amenazado de ser intervenido por el flamante gobernador de Hipólito Yrigoyen. Y con cuánta sinceridad describe el "frente único" de conservadores y socialistas que hace naufragar en la cámara el proyecto de intervención.

Como Palacios, fue electo diputado antes de cumplir la edad legal y su diploma hubo de ser impugnado y anulado. Al año siguiente fue nuevamente elegido y se incorporó a la Cámara donde promovió discursos que "fueron una manifestación del pensamiento socialista argentino que era entonces vigoroso, estructurado sobre la base proporcionada por los maestros mendocinos, pero bien nutrido con savia local, siempre dispuesto a perfeccionarse, evolutivo y encimigo de todo dogmatismo" (*En tiempos de la República*, 1, 52).

Aqui libra sus primeras batallas en un terreno difícil e intrincado: el de la moneda y el oro (que no son la misma cosa, según él sabía ya por asidua lectura de Marx). En su interpellación pregunta al ministro de Hacienda por qué está cerrada la Caja de Conversión y por qué sigue prohibida la exportación de oro. «Era ministro de Hacienda nadie menos que Salaberry, chivo expiatorio de todos los pecados radicales y a quien miraban con particular inquietud los socialistas de entonces! Cerrar la Caja de Conversión y prohibir la exportación de oro era prueba de gran desconfianza hacia la estabilidad de la moneda; en aquel tiempo cualquier ciudadano podía llevar sus pesos a la Caja y cambiárselos por su valor en oro. Y aquí también ofrece la primera lección de marxismo: el interés del dinero no se determina por la cantidad de dinero circulante sino por la tasa media de beneficio. Concepto que no debió entender ni el mismísimo doctor Repetto, que no había pasado de las primeras cinco páginas de *El Capital*.



Federico Pinedo se había casado en solemne ceremonia religiosa, desafiando las más severas tradiciones anticlericales del Partido Socialista.

Pero si las matices de freneticismo un antirygorismo son más agresivo y puramente ideológico, la otra es una inclinación más acuñada hacia el contubernio con las fuerzas conservadoras. También el viejo arrastraba casi desde su origen una aversión casi física hacia las ideas y las prácticas rygoristas y, durante el primer gobierno del anciano caudillo más de una vez sus diputados habían establecido acuerdos de hecho con los conservadores para combatirlo. El nuevo partido nació en las vísperas de la segunda elección de Yrigoyen y su destino fue de servir de ariete a la oposición de la oligarquía tradicional. Lo hizo bien y lo hizo a conciencia, como lo demostrarían los hechos posteriores. Pinedo había dado otro gran paso en su camino de regreso a la clase que le había dado el ser.

Y rigoyen fue plebiscitado en 1928 y con su triunfo "apareció resucitado en toda su pujanza en la Casa de Gobierno y en el país enteró el caudillismo tipico y la demagogia desverdejada que caracterizó a la primera presidencia" (*En tiempos de la República*, 1, 52).

El nuevo partido ocupó su puesto de control de la Caja de Conversión y la Caja de Pensiones para la Vejez y de la Seguridad Social. Pinedo dirigió numerosas trifulcas en el campo de vuelta a las fuentes originales.

1927 fue el año del segundo gran desgarramiento del "viejo y glorioso". Esta vez, Pinedo secundó efíegamente al combativo Antonio De Tomás. El resultado de la lucha interna fué el Partido Socialista Independiente, que vino al mundo rodeado de las más ostentosas campañas del conservadurismo. Junto con De Tomás y Pinedo se iban Augusto Bunge, Héctor González Iraíz, Fernando de Andreis y tanto otros de la pleyade más brillante, a quienes los del "viejo y glorioso" llamaron desde entonces "libertinos". El remoque tenía dos razones: una, que el diario del nuevo partido se llama *Liberdad* y otra que el ya maduro líder

en adelante, toda la parte civil de la preparación del golpe corría a cargo del socialismo independiente, actuó como vanguardia de las fuerzas conservadoras.

Triunfante el golpe de Estado, realizadas las elecciones de las que fue excluido el radicalismo, triunfante la Concordancia, Pinedo volvió a la Cámara a librar nuevas batallas, ahora en defensa del nuevo gobierno, del gobierno Justo, iniciador de la "década infame". Alrededor de Justo "llegó a formarse una burocracia como el país nunca la había tenido, a la que procuró con empeño incorporar los elementos jóvenes de más preparación y energía, que han dejado de su obra organizadora la prueba perdurable de su capacidad". Muerto De Tomás (ya ministro de Agricultura) y renunciado Huéyo (ministro de Hacienda) el primer cargo fue ocupado por Luis Dubay y el segundo por el doctor Federico Pinedo. Fue el ministerio más brillante de la Década Infame, digno de un estudio pormenorizado.

El país el acababa de ser rebautizado en el seno de la división internacional de trabajo por el pacto Roca-Runciman. Pero falaba corona la obra. Fue la tara de Pinedo. Tuvo que combatir, desde luego, con sus amigos camaradas, los socialistas, a quienes apabulló con sus conocimientos de la teoría económica de Carlos Marx. Y con el ardoroso Lisandro de la Torre en el Senado. De aquella obra, las piezas maestras fueron el Banco Central de la República, el Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias y la ley general de bancos. Definir la proyección de estos organismos implicó definir toda la estructura económico-financiera de la Década Infame. Al finalizar el año 35 salió del Ministerio de Hacienda y no regresó al gobierno hasta setiembre de 1940, bajo la presidencia de Castillo.

El ministerio de 1940 no fue trascendente. Dejó sin embargo un plan económico que enciudaría el ministerio Krieger-Vasena, no tanto por su trabajo teórico sino por su efectividad, destinado a enfrentar a una industria naciente sin los prejuicios propios del liberalismo. Y dejó su desarrollo defendiendo su plan en el que postuló la compra de los ferrocarriles con las libras esterlinas bloqueadas en Inglaterra, cosa que haría más tarde un cierto coronel Perón.

A la vuelta al fondo no significó indiferencia a la cábula pública. Pinedo intervino en todos los grandes debates, sea bajo el peronismo como bajo los gobiernos que le sucedieron. Escribió numerosos trabajos interesantes, de entre los cuales el historiador marxista ha de destacar un día serie de artículos sobre la reforma agraria.

Con Pinedo desaparece uno de los últimos —tal vez el último— grandes exponentes del liberalismo argentino. Sólo que el de Pinedo, edificado sobre un conocimiento muy profundo de la economía, tenía la fuerza y el brillo que siempre concede la teoría. A su lado, ¿qué pobres resultan sus epígonos!

© *La Opinión*, 11 de setiembre de 1971.

Un proyecto del que deberíamos aceptar un mensaje

Juan B. Justo y la cuestión agraria

Jeremy Adelman

Juan B. Justo fue el arquitecto intelectual del socialismo argentino en su mejor época, a comienzos del siglo XX. Con la fundación de *La Vanguardia* en 1894 y del Partido Socialista en junio de 1896, el internacionalismo reformista de Justo prácticamente se identificó con la perspectiva del socialismo. Fue también el período de apogeo del modelo agro-exportador de desarrollo argentino. La variante argentina de socialismo estuvo profundamente condicionada por la posición alcanzada por la economía en la división internacional del trabajo. No debería sorprender comprobar que el problema de la agricultura fue central para el socialismo argentino. Y sin embargo aun no conocemos casi nada acerca de la presencia socialista en el sector rural.

II

Nació en una estancia en el interior de la provincia de Buenos Aires, en la que su padre se desempeñó como administrador de las fincas rurales y su infancia en la ciudad de Tapalqué le otorgó un perfil personal a su compromiso con la agricultura. Esta vinculación se reafirmó con posteriores experiencias, como cuando estudiante de medicina viajó a Tucumán para participar en la lucha contra el cólera, hacia fines de los ochenta.

Es difícil identificar los componentes de sus reflexiones intelectuales acerca de la agricultura. Como traductor de *Das Kapital* al español, Justo sin duda estaba influido por el último capítulo de la obra de Marx, que trataba sobre las formas modernas de colonización agraria, especialmente en los EE.UU., y de la posibilidad de una vía agraria al socialismo. Por cierto, este pasaje fue vital en un debate posterior mantenido con el socialista italiano Enrico Ferri en 1908. Y de esos textos surge con claridad su familiaridad con la noción ricardiana y marxista de renta de la tierra. Pero es evidente la importancia que Justo le otorgaba a la agricultura desde el primer editorial de *La Vanguardia*, el 7 de abril de 1894. El párrafo inicial de "Nuestro Programa" comenzaba de la siguiente manera:

"Este país se transforma. A la llanura abierta e indivisa con el aspecto y, en cierta medida, las funciones de una propiedad común han sucedido los campos cercados, que pronto abarcan toda la superficie utilizable. La gran agricultura se desarrolla donde hace veinte años eran cultivadas por sus dueños unas pocas chacras..."

La agricultura era la clave del desarrollo capitalista en Argentina. El proletariado urbano, el único agente capaz de impulsar la transición desde el capitalismo según las interpretaciones más mecanizantes, no estaba desvirtuado del todo, pero no se lo consideraba el único actor encargado de la tarea de promover el socialismo. La particularidad del capitalismo argentino hacía inviables las recetas más convencionales. La Argentina, en parte en virtud del papel importante de la agricultura, debía encontrar su propio camino.

Probablemente en la que fuera la primera interpretación económica de la historia argentina, Justo destacó la importancia central de los exportaciones agrícolas.² Las reformas económicas de finales del siglo XVIII permitieron al comercio internacional vincularse con el Río de la Plata. El comercio, o mejor dicho la perspectiva de exportar artículos producidos en la Pampa, arrojó la atención de los inversores locales, especialmente en tierras. Según Justo, "los nativos propietarios del suelo pronto comprendieron toda la capacidad productiva del país", la que generó

Este breve artículo intenta explorar el papel de la agricultura en el pensamiento de Juan B. Justo.

Podríamos adelantar una conclusión amplia: el pensamiento de Justo era original y brillante, pero era en parte contradictorio. En una breve reconstrucción del discurso de Justo, podremos comprobar que es equivocada la visión popularizada en los años '60 por la izquierda argentina, que lo acusaba de liberal, "europeizado" y antinacional. La particularidad del problema argentino no pasó inadvertida para los socialistas y la originalidad del pensamiento de Justo es debida en parte a sus reflexiones sobre la cuestión agraria.

una autoconfianza en lo económico, echando las bases de una "naciente burguesía" y de la independencia política. El interés creciente por la explotación de la tierra, por el ganado salvaje, y los cálculos sobre los beneficios de la empresa agrícola despertaron también inquietud acerca del estado de la fuerza de trabajo rural, "libre y bárbara" según las palabras de Justo. Tanto es así que mientras el movimiento independentista fue conducido por las 200 familias más importantes de la incipiente república, las clases subalternas estaban preocupadas por preservar su modo tradicional de vida.

Las guerras civiles que se extendieron luego de 1815 enfrentaron "pueblos de la campaña" con "señorios" de la ciudad que aspiraban a convertirse en grandes propietarios. Las montoneras y las clases sociales precapitalistas que encabezaron las fuerzas antiburguesas lograron una victoria más aparente que real. No fueron capaces de contrarrestar las fuerzas naturales del progreso y los inevitables cambios por las nuevas formas de tecnología y producción, a pesar de la resistencia los caudillos locales.³ La negligencia de las clases subalternas no sólo impidió su victoria en el largo plazo sino que frustró la posibilidad de repartir las tierras entre otros grupos, además de los 200 más privilegiados.

"Los campesinos insurreccionales y triunfantes no supieron siquiera establecer en el país la pequeña propiedad. Párra los, esta hubiera sido, sin embargo, el único medio de liberarse efectivamente de la servidumbre y el avasallamiento a los señores; como establecer la pequeña propiedad hubiera sido el modo más eficaz de oponerse a los montoneros, y de cimentar sólidamente la democracia en el país".⁴

La incapacidad de los campesinos para tomar posesión de la tierra de manera sistemática, una administración mal y corrupta y la ineficacia de la mayor parte de la legislación de tierras favoreció la consolidación de una pequeña clase de grandes propietarios. Los intentos de Rivadavia, Sarmiento y Avellaneda de inducir la emergencia de pequeños propietarios fracasó por la relativa ausencia de una clase social dispuesta a aprovechar la oportunidad. *Ipso facto*, los terratenientes se convirtieron, a su manera, en los agentes del desarrollo capitalista.

III

Pero el poder monopólico de los terratenientes fijó un límite a la expansión mediante la cual habían fomentado el progreso. Su posición les permitió obtener altos niveles de renta con relativamente poca inversión. A pesar de que como propietarios capitalistas destruyeron el viejo régimen

men económico, no estaban dispuestos a desempeñar la función schumpeteriana de desarrollar completamente las fuerzas productivas. Justo invocó incesantemente el ejemplo de la estructura de la tierra en Irlanda, en la que una modesta clase de propietarios no significó necesariamente el impulso a la modernización de la agricultura —una estructura que la corriente integrada por Rivadavia o Avellaneda pretendió evitar—. Justo se vio a sí mismo dentro de una tradición que se extendía desde Rivadavia hasta Avellaneda, como un promotor de las pequeñas posesiones que, por ser más competitivas, estaban mejor preparadas para protagonizar un rol capitalista positivo.

La raíz de la cuestión agraria era el sistema de propiedad de la tierra. Los grandes terratenientes fueron rentistas. Parte del problema era intrínseco: la renta de la tierra, una ganancia adicional en relación a los costos de producción de las zonas marginadas, era inestable en la Argentina por sus suelos extraordinariamente fértils y sus bajas costos de producción. Para el momento en que Justo se sintió satisfecho que las rentas eran acumuladas sólo por un frágil grupo de la población, y esas rentas debilitaban el incentivo para generar la innovación mediante la competencia.⁵ Por el contrario, la certeza en la percepción de las rentas alivió la especulación en tierras y aumentó la importancia relativa de mantener una estructura productiva flexible para responder a los cambios repentinos del mercado. Una manera de maximizar la flexibilidad consistió en acortar la duración de los contratos con los arrendatarios. De este modo, en lugar de fomentar una clase estable de pequeños *farmers*, la pampa se caracterizaba por la "ocupación transitoria" de la tierra por quienes la cultivaban. Con el boom cíclero que estalló entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, las grandes estancias contrataron paulatinamente con las pequeñas unidades productivas, explotadas por agricultores "nómadas".

Existe una alternativa viable y progresiva, que paralelamente aceleraría el desarrollo tecnológico? Justo tomó algunas ideas de Europa, especialmente de Dinamarca, Francia y Alemania. Sin embargo, no confiaba en que el estadio de la agricultura europea proporcionase una analogía conveniente. Más aún, Justo argumentaba que uno de los obstáculos del movimiento socialista en los EE.UU era su intención de calar al europeo, cuando las circunstancias diferían radicalmente.⁶ Y es por ello que reaccionó con sorpresa y con un poco de ira cuando el conocido socialista italiano Enrico Ferri declaró públicamente que el Partido Socialista en la Argentina era solo un remedio del movimiento europeo.⁷

Sería tentador explorarse en el debate establecido, pero es suficiente señalar que la cuestión agraria era el problema central. Ferri sostendrá que la Argentina aun transibía por un estadio de desarrollo agrario y que no podía pretender alcanzar

puestas políticas no podían, a menos que emplearan la coerción, trascender aquello que era inmediatamente realizable (posible).⁸ No podían obstaculizar la evolución de los medios de producción. En consecuencia, la transición al socialismo debía contar con el consenso de los miembros de la sociedad y para que ese consenso estuviera garantizado, los medios de producción debían haber alcanzado un grado de desarrollo tal que posibilitara dicho grado de conciencia.⁹

Dejando de lado la circularidad del argumento, este postulado afectó profundamente las propuestas agrarias de Justo. Como señalaremos más tarde, en su opinión la agricultura argentina no había evolucionado suficientemente. Y antes de que pudiera iniciarse la socialización de los medios de producción en el campo, las fuerzas productivas agrícolas debían desarrollarse al máximo. Estas se encontraban trabadas por las relaciones de producción capitalistas reinantes, dominadas por los grandes terratenientes que impedían la aceleración de la innovación. Sin embargo, finalmente Justo descartó la opción de socializar las grandes estancias a través de granjas rurales, la cual era característica de la socialdemocracia rusa y alemana.¹⁰

Existe una alternativa viable y progresiva, que paralelamente aceleraría el desarrollo tecnológico? Justo tomó algunas ideas de Europa, especialmente de Dinamarca, Francia y Alemania. Sin embargo, no confiaba en que el estadio de la agricultura europea proporcionase una analogía conveniente. Más aún, Justo argumentaba que uno de los obstáculos del movimiento socialista en los EE.UU era su intención de calar al europeo, cuando las circunstancias diferían radicalmente.⁶ Y es por ello que reaccionó con sorpresa y con un poco de ira cuando el conocido socialista italiano Enrico Ferri declaró públicamente que el Partido Socialista en la Argentina era solo un remedio del movimiento europeo.⁷

Sería tentador explorarse en el debate establecido, pero es suficiente señalar que la cuestión agraria era el problema central. Ferri sostendrá que la Argentina aun transibía por un estadio de desarrollo agrario y que no podía pretender alcanzar el mensejo de Horacio Plunket a los *farmers* americanos: "cultivar mejor, negociar mejor, vivir mejor"; las cooperativas apuntaban a fortalecer la seguridad máxima, mejorando así las cosas. Justo enfatizaba la importancia de crear un espacio económico autónomo tanto para los productores rurales como urbanos, a los efectos de fomentar la innovación. Mediante la fuerza dinámica innata de los pequeños productores, los agricultores reconocerían por si mismos los méritos del socialismo. El modelo cooperativo para el sector rural era el movimiento de productores de granos del oeste canadiense (*Western Grain Growers' movement*).

Peró el obstáculo para un movimiento cooperativo vigoroso era en la Argentina el sistema de tenencia, al que apuntaba el segundo punto del proyecto agrario socialista. La mayoría de los productores arrendaban la tierra que cultivaban mediante contratos de corta duración, repletos de cláusulas que obligaban a los chacareros a vender sus productos a determinados agentes o incluso a los mismos propietarios y a obtener de ellos servicios tales como el trillado. Además, las mejoras que los arrendatarios debían realizar en las chacras quedaban en poder de los propietarios una vez finalizado el contrato. Como puntualizamos antes, los contratos tendían a restar incentivos al aumento de la productividad. Los arrendatarios trataban a la tierra del mismo modo que sus dueños los trataban a ellos, indicando, según Justo, "una agricultura de rapina".

El segundo elemento principal del "Programa" estaba orientado a enfrentar los aspectos más graves del sistema de tenencia, para que mejorara la productividad. El conjunto de medidas incluía: la extensión por la ley de los contratos a un mínimo de cinco años, la prohibición de las cláusulas que obligaban a los arrendatarios a negociar exclusivamente la tercera parte de la venta de su producción o de la adquisición de los insumos y, finalmente, que los arrendatarios fueran recompensados en forma inmediata por los mejoramientos por cualquier mejora que hubieran introducido en el campo durante la ocupación de la parcela. Justo estaba interesado en especial en el incentivo a la inversión. "Es evidente que la ley e indemnización a los arrendatarios por las mejoras que dejen en los campos tendrá que desestimular las mejoras que dejen en los campos rurales", recordó Ferri. La técnica agrícola argentina, redondeándose a ésta, a medida que sea necesario y práctico, un cultivo más intensivo".¹¹

Las medidas para mejorar la suerte de los agricultores mediante la modificación de los contratos sin duda eran práticas Justo recurrió al último capítulo de *El Capital* donde se sugiere una vía agraria al socialismo. Afirmaba que la tesis estilizada visión de la historia propuesta por Ferri negaba la especificidad de la historia argentina y descartaba la posibilidad de una economía basada solamente en un capitalismo agrario. Esto existía y estaba en expansión en Estados Unidos, Canadá y Nueva Zelanda, y era en esas ex-colonias donde Justo buscaba una análoga más acorde con la Argentina: "Nuestro pun-

to de mira principal han de ser países semejantes a éste, por su extensión, por la clase de su población, por sus partidos, por sus prácticas políticas y sociales en general".¹²

Australia y Nueva Zelanda fueron observadas debido a la solidez de su movimiento obrero, en conjunción con un sector agrario progresista. Posteriormente, la agricultura canadiense mereció la atención de Justo, en especial por el poder de las cooperativas rurales. Sin embargo, el elemento fundamental que cautivó la atención de Justo, en particular, fue el proceso de "homesteading", mediante el que se adjudicaban pequeñas parcelas de tierra a los farmers, creando de tal modo una clase homogénea de productores rurales y competitivos.

Justo no fue el único en la Argentina que había visto favorablemente el modelo "homestead". Sin embargo, como socialista, veía a las pequeñas unidades productivas sólo como una solución parcial a la cuestión agraria, en la medida en que el modelo de la estancia se manifestaba creíblemente decadente. Si bien puede parecer incongruente para un socialista promover una solución que promueve la crisis del capitalismo argentino, debe subrayarse el relativismo de Justo, puesto que sólo una agricultura competitiva fuerte y dinámica podría crear las condiciones para una posterior transición al socialismo.

Concretamente, Justo, y el Partido Socialista a partir de 1901, propusieron tres grandes medidas para el sector agrícola. Estas cooperativas debían comprar la producción de los agricultores a precios justos y vendérla en el mercado internacional cuando las condiciones fueran más favorables, con lo cual se maximizara el ingreso de los productores y se debilitaría el poder de los intermediarios, que estaban en condiciones de apropiarse, en virtud de su poder monopolístico en las zonas rurales, de las ganancias de los chacareros. Las cooperativas ganarían credibilidad como un instrumento estriangular económico. Junto a eso incluía el mensejo de Horacio Plunket a los *farmers* americanos: "cultivar mejor, negociar mejor, vivir mejor"; las cooperativas apuntaban a fortalecer la seguridad máxima, mejorando así las cosas. Justo enfatizaba la importancia de crear un espacio económico autónomo tanto para los productores rurales como urbanos, a los efectos de fomentar la innovación. Mediante la fuerza dinámica innata de los pequeños productores, los agricultores reconocerían por si mismos los méritos del socialismo. El modelo cooperativo para el sector rural era el movimiento de productores de granos del oeste canadiense (*Western Grain Growers' movement*).

Peró el obstáculo para un movimiento cooperativo vigoroso era en la Argentina el sistema de tenencia, al que apuntaba el segundo punto del proyecto agrario socialista. La mayoría de los productores arrendaban la tierra que cultivaban mediante contratos de corta duración, repletos de cláusulas que obligaban a los chacareros a vender sus productos a determinados agentes o incluso a los mismos propietarios y a obtener de ellos servicios tales como el trillado. Además, las mejoras que los arrendatarios debían realizar en las chacras quedaban en poder de los propietarios una vez finalizado el contrato. Como puntualizamos antes, los contratos tendían a restar incentivos al aumento de la productividad. Los arrendatarios trataban a la tierra del mismo modo que sus dueños los trataban a ellos, indicando, según Justo, "una agricultura de rapina".

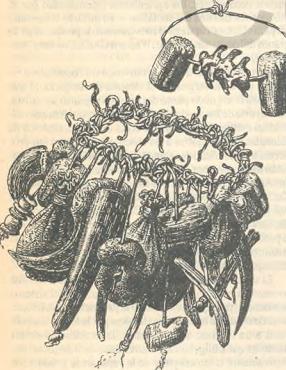
El segundo elemento principal del "Programa" estaba orientado a enfrentar los aspectos más graves del sistema de tenencia, para que mejorara la productividad. El conjunto de medidas incluía: la extensión por la ley de los contratos a un mínimo de cinco años, la prohibición de las cláusulas que obligaban a los arrendatarios a negociar exclusivamente la tercera parte de la venta de su producción o de la adquisición de los insumos y, finalmente, que los arrendatarios fueran recompensados en forma inmediata por los mejoramientos por cualquier mejora que hubieran introducido en el campo durante la ocupación de la parcela. Justo estaba interesado en especial en el incentivo a la inversión. "Es evidente que la ley e indemnización a los arrendatarios por las mejoras que dejan en los campos rurales, tendrá que desestimular las mejoras que dejan en los campos rurales", recordó Ferri. La técnica agrícola argentina, redondeándose a ésta, a medida que sea necesario y práctico, un cultivo más intensivo".¹¹

Las medidas para mejorar la suerte de los agricultores mediante la modificación de los contratos sin duda eran práticas Justo recurrió al último capítulo de *El Capital* donde se sugiere una vía agraria al socialismo. Afirmaba que la tesis estilizada visión de la historia propuesta por Ferri negaba la especificidad de la historia argentina y descartaba la posibilidad de una economía basada solamente en un capitalismo agrario. Esto existía y estaba en expansión en Estados Unidos, Canadá y Nueva Zelanda, y era en esas ex-colonias donde Justo buscaba una análoga más acorde con la Argentina: "Nuestro pun-





en lugar de los terratenientes, grandes o pequeños. La fértil llanura pampeana impulsaba y generaba el crecimiento de grandes ganancias. Justo aludió a la renta de la tierra desde sus primeros escritos, incluyendo el folleto denominado *El programa socialista del campo* de 1901. Sus ideas fueron cristalizadas en el epídice de otro folleto escrito en 1917, *La cuestión agraria*, en el que proporciona una explicación notablemente lúcida de la economía política de la renta rural y urbana. Consideraba que era tanto posible como racional distribuir socialmente la renta a través de impuestos.



La propuesta del impuesto a la renta de la tierra establece desde un principio incluida en el "Programa mínimo" del partido cuando se formó en 1896. Para Justo la renta había influido poco en el aumento de la producción y por lo tanto podía ser grande sin ocasional contracción de la misma. En la renta "no entra" el beneficio residual de la especial capacidad técnica-económica de los agricultores más inteligentes y activos". La renta de la tierra es un producto social, era el primor de todos los argentinos. Pero concentrado en las manos de unos pocos terratenientes, distorsionaba la economía, atrayendo exclusivamente la atención hacia las actividades especuladoras y debilitando los esfuerzos para promover una clase de productoresductores rurales. De modo que el impuesto a la renta redistribuía la riqueza y, al reducir el interés por la propiedad de la tierra, permitía a los pequeños productores acceder al mercado sin ser seducidos por especuladores o estancieros. El impuesto a la renta podría entonces hacer el trabajo en el que habían fracasado Rivadavia, Avellaneda, Sarmiento y otros: entregar la tierra a los productores independientes, pero en este caso mediante instrumentos fiscales indirectos.

B

DE BENEDICTIS
GALERIA DE ARTE

ARENALES 1292
42 - 8956

(1061) BUENOS AIRES

tos. Con los especuladores y los estancieros fuera del mercado de tierras, los arrendatarios y los peones podrían acceder más fácilmente a su propia parcela.

Sin embargo, la emergencia de los *farmers* no significa que esa nueva clase se apropiara de las rentas. Al igual que los grandes terratenientes, capturaron las rentas mientras la llanura fértil mantuvieron los costos de producción por debajo de los mundiales. La diferencia es que por ser más competitivos, los pequeños propietarios no se inclinaron hacia la renta, preferirán optar por el contrario estrategias de búsqueda de beneficio mediante la inversión. Pero la renta debía permanecer colectivizada.

"Necesario es que los nuevos propietarios comprendan que su derecho a la propiedad es condicional, relativo, prescriptible, que el estado conserva en principio la propiedad más o menos remota de la tierra que entrega a la explotación particular, que se conserva en todo caso una parte creciente del aumento del precio del suelo (debido a la renta -JA). Esto debe ser desde ya el gran fondo de la propiedad colectiva. Y lo será así que el pueblo adquiera la capacidad política necesaria para tomar posición de él y administrarlo".¹⁹

Probablemente la cuestión del impuesto a la renta de la tierra se debía más a sus lecturas de Justo del populista Henry George que a las de Karl Marx.

El "Programa" tenía otros aspectos menos importantes, como la mejora del salario de los trabajadores rurales y el impulso al autogobierno municipal. Sin embargo, podemos señalar al menos tres elementos sobre las propuestas de Justo. Estaban orientadas a reducir la extorsión por medio de cooperativas y condiciones de tenencia más justas. Estaban proyectadas para promover una más eficiente utilización de los recursos. Y en el largo plazo, estaban diseñadas para transformar la agricultura en una actividad intensiva basada en una nueva clase de productores como la que existía en Norteamérica, un sector que servía a la totalidad de la sociedad entregando al Estado el componente social de la riqueza generada por la tierra, la renta.



mercancías a los trabajadores rurales y urbanos, es decir, capitalistas decentes. Justo nunca creyó en el conflicto entre el campo y la ciudad. El capitalismo argentino necesitaba integrarlos en su proyecto coherente.

La perspectiva de una alianza entre characeros-pequeños capitalistas galvanizó el discurso socialista en el período previo a la Primera Guerra Mundial. Conforme a su gradualismo y a su visión de que el capitalismo argentino no sólo estaba incompletamente desarrollado sino más bien crecientemente estancado, el proyecto de Justo era un reclamo por reformas que aumentarían el bienestar de los trabajadores al mismo tiempo que estimularían la profundización del crecimiento capitalista. El enemigo era el *rentista*: "Qué lejos del taller y del campo están, entre tanto, el rentista y el parásito oficial, devorando en calma el producto del trabajo ajeno".²⁰

Las propuestas de Justo eran compartidas por muchos de sus contemporáneos. Enrique Dickmann, Nicolás Repetto, Antonio de Tomasso y muchos otros escribieron ocasionalmente sobre agricultura, a menudo sólo parafraseando aquello que Justo ya había dicho. Compartían si-

miles objetivos reformistas y modernizadores. La alianza propuesta por Justo, cuyo eje era la reforma agraria, coincidía con la apreciación de que el camino del socialismo argentino no podía ser una continuación del europeo.

Sin duda, el plan tenía contradicciones internas. Un punto del programa reclamaba un incremento de los salarios rurales y un mejoramiento de las condiciones de trabajo para los peones. Pero jodían los characeros simpatizar con esas concesiones si ellos mismos eran los principales empleadores de los peones? Las incoherencias del programa permanecieron a pesar de los años de frustrados intentos por movilizar al sector rural.

La apreciación de Justo del problema del capitalismo en la Argentina y de las medidas progresistas alternativas no carecía de originalidad. Poco veces tomó a Europa como un modelo para el desarrollo socioeconómico, excepto en el amplio sentido de la pertenencia de la Argentina a la esfera de la civilización "occidental" y "europea". La Argentina debería arribar a su propia solución. Pero esa solución debía ser democrática y realizable.

El fracaso de los socialistas en las zonas rurales, al que me refiero en otro trabajo²¹, no se debió a su incapacidad para reconocer la "naturalidad" específica de la sociedad argentina. Los proyectos gradualistas y reformistas encontraron obstáculos en esta sociedad. El proyecto de Justo era uno de los más indicados para el país y no deberíamos interpretar las dificultades que él tuvo para poner en práctica sus ideas como una razón para rechazar su mensaje.²²

* Agradeczo a José Arioto y a Juan Carlos Portantiero por sus comentarios a la versión preliminar de este trabajo.

NOTAS

¹ *La Vanguardia*, 7.1.1894.

² Juan B. Justo, *La teoría científica de la historia y la política argentina* (Buenos Aires 1898). Justo realiza una apretada síntesis de la histo-

ria argentina del siglo XIX en *El socialismo argentino* (Buenos Aires 1910).

³ Justo sostiene una interpretación mecanicista de la causalidad histórica en todos sus escritos y confirma una gran importancia a la fuerza autónoma de la tecnología. Para una aproximación general a sus visiones sobre el cambio histórico véase su obra *La teoría y la práctica de la historia* (Buenos Aires 1915).

⁴ *Justo, La teoría científica*, p. 35.

⁵ Juan B. Justo, *La cuestión agraria* (Buenos Aires 1917), p. 27 y "La ciudad y el campo", *Revista Socialista* II: 20, enero de 1922, p. 11.

⁶ Justo, *El programa socialista del campo* (Buenos Aires 1901), p. 23.

⁷ Hay un intercambio de opiniones fascinante en *La Vanguardia* del 22 de diciembre de 1908, en el que Eliseo Taquin, un agricultor socialista de Longuitum, en el territorio de La Pampa, describe cómo 53 miembros de una comunidad arrendaron 2600 hectáreas destinadas a agropecuario en tanto pregonó en esa manera una organización rural más racional, socialista. En su réplica, Justo abrió los conceptos de Taquin y argumentó que los mismos correspondían a una forma de organización de la producción todavía esencialmente extensivo, no intensivo, y en consecuencia las potencialidades tecnológicas del sector agrícola permanecían intactas. Retiró su confianza en 1902 y notablemente, la primera Cooperativa obrera de Consumo en 1902 y notablemente, la primera Casa del Pueblo de Sudamérica en 1905. Durante toda su residencia en Justo defendió el autor del hospital social, el que había fundado.

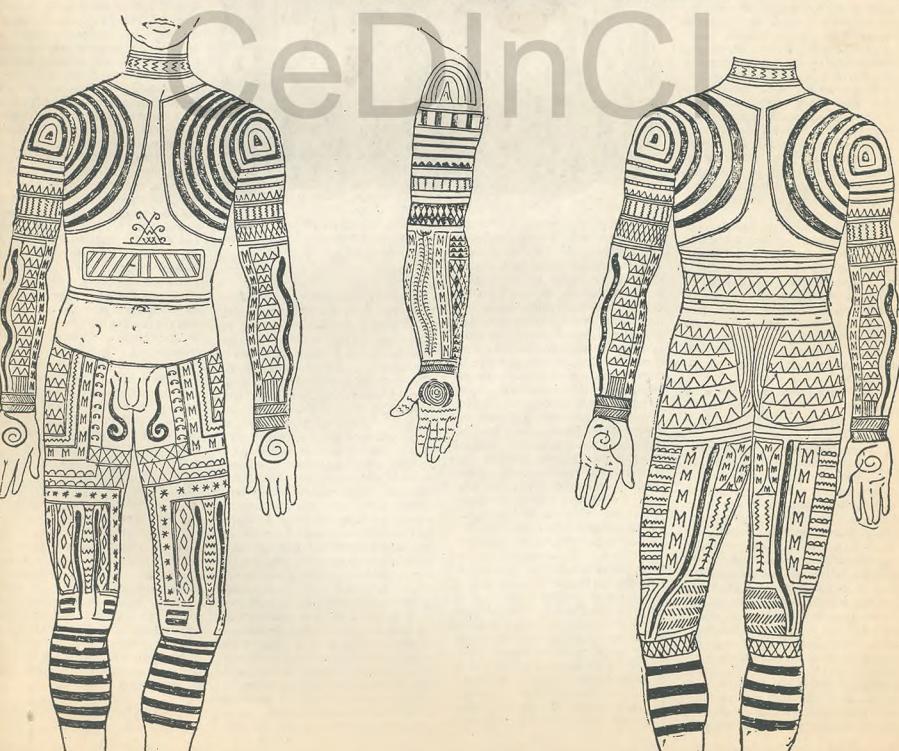
⁸ Para una hermosa descripción de esa experiencia, véase Nicolás Repetto, *Mi paso por la agricultura* (Buenos Aires 1910).

⁹ Es tentador comparar a Justo con Karl Kautsky, quien se ocupó seriamente de la cuestión agraria. Al igual que Justo, Kautsky participó en el debate dentro de la social demócrata alemana sobre el papel de los pequeños productores en la transición al socialismo. En lugar del conflicto entre latifundistas y characeros, los alemanes se enfrentaban a la cuestión entre los campesinos medianos y los campesinos de la tierra (pequeñas unidades productivas). Justo había leído *La cuestión agraria*, pero en las citas se refiere sólo a las observaciones empíricas de Kautsky sobre la agricultura europea. Sólo en parte era deudor de las visiones teóricas de Kautsky debido a las diferentes circunstancias y al hecho de que este último rechazaba la posibilidad de la participación de los pequeños propietarios en la transición al socialismo.

¹⁰ La ley 11.170 aprobada en 1921 fue un endeble imitación del programa socialista que tendía a regular los contratos (terrenales y arrendatarios).

¹¹ Este punto era tanto el fundamento de su aversión a las políticas del Partido Radical, como de sus posteriores críticas a la revolución bolchevique de 1917. En ninguno de los dos casos, los protagonistas principales eran los campesinos medianos y los campesinos de la tierra (pequeñas unidades productivas).

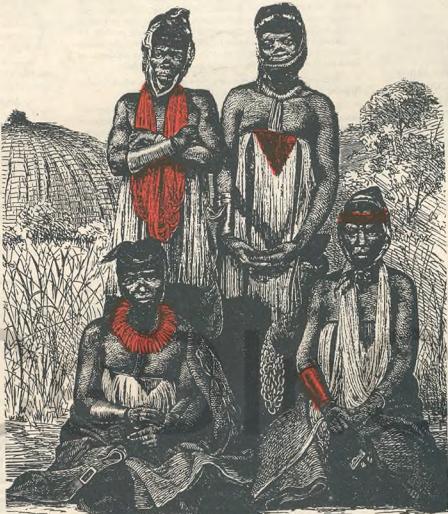
¹² Jeremy Adelman, "A Harvest yet to Reap: the Socialist in the Argentine Countryside before the First World War", mimeo, Instituto de Estudios Histórico-Sociales.



Componentes salvajes del individualismo

El signo Menem

Antonio Marimón



Leemos en *Autobiografía de Federico Sánchez**: "la defensa del equipo adverso no hacia nada para impedirle a Fidel Castro encestar una y otra vez (...) era divertido e interesante ver manifestarse el culto a la personalidad en un partido de baloncesto". Este aguafuerte irónico de Jorge Semprún que retrata al caudillo cubano en una noche de básquetbol, frente a una sorprendida delegación de intelectuales europeos, allí por los '60, tendrá que ser ampliado en varias páginas si se abordara la vocación por exhibir desezas corporales del actual presidente argentino, Carlos Saúl Menem, a los 59 años, es cencerrado de la selección de fútbol campeona del mundo y juega al lado de Diego Maradona, es *playmaker* del equipo nacional de básquetbol, encestando triples y dando pases de hilo; es compañero en el doble mixto de la medalla de tenis Gabriela Sabatini. Y hay más: poltevaciones de coches, coches, automóviles de carretera—comprados en el pasado los varios rallyes—, baña garbosamente el tan go y también danzas folklóricas. Todo esto, conviviendo en imágenes con la granza, multiplicado por la televisión, integra e incunava un estilo donde es fundamental la comunicatividad. Menem rompe continuamente el protocolo para saludar hasta al más humilde partidario; Menem habla casi a diario para los medios, e incluso es él, a veces, quien busca a los reporteros en la Casa Rosada; Menem, aun cuando lo incomoda una pregunta, sonríe con una mezcla de humildad, paciencia y simpatía antes de responder.

Desde luego que el mundo de la política ha conocido muchos "grandes comunitarios", eso no constituye novedad; tampoco será algo nuevo que el jefe de Estado ocupe la escena, hable y seduzca al público por todo lo opaco que aparecen frente a los medios quienes colaboran con él, pero aquello que sí vale la pena observar como inédito es la exposición del cuerpo a la manera de un signo que se afilade al mensaje político, y que empleado como sistema apunta a ser una clave en el vínculo del líder con ese interlocutor general que él denomina "pueblo".

Varios temas se abren de ahí en adelante, y uno de ellos, en pocas ocasiones discutido, creo que consiste en la susceptible relación que se extiende entre las formas de la democracia —y las formas de la política— con su ejercicio concreto en la cotidianidad de la vida cívica de un país. La susceptibilidad surge de cómo no se encuentra un punto de equilibrio, que no se refugie ni en la distancia sospechosa del periodismo, ni en un juego de violaciones que destroza las pautas formales hasta quitarles sentido, cosa —esta última— que implica riesgos en una sociedad con débiles tradiciones democráticas. Tales formas que hacen a la convivencia, al debate entre diversos y a la lucha codificada de proyectos, cuentan con muchos adversarios. En la Argentina, un adversario es y ha sido la cultura del populismo, con sus particulares sistemas de mensajes y vías de legitimación po-

ellos, sor por ciertas horas mágicas uno como ellos. Claro que si ya no hay, como en la edad de oro del primer peronismo, una fiesta distributiva, todo esto, con la máquina representadora inmensa que es la TV, constituye un show asistencial que busca reproducir el aura mística de ese tiempo sin retorno. La cultura del populismo no sería tal sin deslizarse sobre dicha memoria.

La trama originada alrededor del cuerpo-signo del jefe de Estado, al menos en este período, parece carecer de límites morales, estéticos o políticos: Menem tanto realiza cualquier prueba que tome parte de este show como expande el escenario a los lugares clásicos de un jefe de gobierno: las Naciones Unidas, Washington, la plaza pública, hasta el remoto Medio Oriente. Asimismo divorta las palabras de los actos libremente, pues no se le piden cuentas. Se despliega entonces una especie de deliberada táctica de presencia que es digna del asombro: ya asiste a los programas televisivos paroaficialistas de Neustadt y Grondona, ya concurre a una embajada, ya ejerce el habla —siempre ante cámaras y grabadoras— en el sitio más insólito, ya abre o participa del acto social o deportivo del día. Nada le es impropiado, como a Dio. Y vale admitir que en los primeros cien días aún no hay saturación ni redundancia, ese estilo posee capacidad de sorpresa: ¡hasta cuándo? es una buena pregunta. Pero los interrogantes de interés recién empiezan, porque el verdadero problema reside en saber hasta qué grado soportan la institución presidencial y las formas democráticas ese comercio simbólico con la cultura popular, y si el signo Menem, creado desde el exceso y el apartamiento de las formas —sobre la idea de que todo es posible— no halla su correlato en otras situaciones. Por ejemplo, en el diseño de adecuación al mercado mundial sin que temble el pulso para dejar a 10 millones de personas fuera del consumo, a los sectores obreros en 80 dólares de salario promedio, a las capas medias empobrecidas, como lo propone el plan de Bunge y Born; por ejemplo, en el indulto a los genocidas de los '70 y a los belicistas de Malvinas —que equivale a borrar con el codo la reparación de la memoria—, o en la intención de extender la hegemonía peronista al Poder Judicial.

Viene así a cuenta dudas legítimas y, en el fondo, una más poderosa que el resto: sobre si las posibilidades dinamizadoras contenidas en todo proyecto de vinculación del país con el mundo no corren el riesgo de ser neutralizadas por tales componentes salvajes, aventureras, los cuales renacen de distintos modos, pero con igual constancia, en cada ciclo histórico argentino. Finalmente, es de suponer que algo o mucho de salvajemente individualista, de escaso apego por las formas colectivas ha de vivir en el imaginario profundo de la sociedad que cobija el fenómeno.

* Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta.